

LA NOVELA ILUSTRADA

II ÉPOCA — PERIÓDICO SEMANAL DE NOVELAS. — NÚM. 140

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

TOMO SEGUNDO

POR R. ORTEGA Y FRIAS



¡Socorredme, socorredme! exclama la angustiada madre.

35 CTS.

600/17

EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

AC
ice

OBRAS PUBLICADAS POR "LA NOVELA ILUSTRADA,"

- 1.—RENATA MAUPERIN, por J. y E. Goncourt.
- 2.—¡CONTINUA, ALBERTA!, por Matilde Serao.
- 3.—LOS MIL Y UN FANTASMAS, por A. Dumas.
- 4.—EL HIJO DE LA PARROQUIA, por C. Dickens.
- 5.—CARMEN, por Próspero Mérimée, y COHAZÓN DE TORERO, por Teófilo Gautier.
- 6.—HÉRCULES EL ATREVIDO, por A. Dumas.
- 7.—EL DOCTOR RAMBAU, por Jorge Ohnet.
- 8.—HUMO, por Iván Turguenef.
- 9.—EL PESCADOR DE ISLANDIA, por Pierre Loti.
- 10.—RAFFLES EL ELEGANTE, por E. W. Hornung.
- 11.—LA SAVELLI, por G. Agustín Thierry.
- 12.—AMOR DE ESPAÑOLA, por J. B. d'Aureville.
- 13.—FUERTE COMO LA MUERTE, por G. Maupassant.
- 14.—LA DAMA VESTIDA DE BLANCO, por W. Collins.
- 15.—CRIMEN Y CASTIGO, por F. Dostoyewsky.
- 16.—MIS MEFISTÓFELES, por Fergus Hume.
- 17.—EL SOMBRERO DEL CURA CIRILO, por Marchi.
- 18.—TIEMPOS DIFÍCILES, por Carlos Dickens.
- 19.—LAS AGUAS DEL MONTE ORIOL, por Guy de Maupassant.
- 20.—EL HOMBRE DEL ANTIFAZ NEGRO, por E. W. Hornung.
- 21.—VENGANZA CORSA, por Próspero Mérimée.
- 22.—PADRE Y FISCAL, por Francisco Copé.
- 23.—EL ILUSTRE CANTASIRENA, por G. Rovetta.
- 24.—EL LADEÓN NOCTURNO, por E. W. Hornung.
- 25.—EL ÍDOLO DE LOS OJOS VERDES, por P. Brebner.
- 26.—LOS BUSCADORES DE ORO, por E. Conscience.
- 27.—LA BOHEMIA, por Enrique Murger.
- 28.—LA PEÑA DEL MUERTO, por Quiller Couck.
- 29.—LOS CAVALEROS DEL BOSQUE, por J. Sand.

Colección Conan-Doyle.

- 31.—SABER EN MANO.
- 32.—AL GALOP.
- 33.—LA BANDERA VERDE.
- 34.—LA TRAGEDIA DEL KOROSKO.
- 35.—EL MILLÓN DE LA HEREDERA.
- 36.—EL VENDEDOR DE CADÁVERES.
- 37.—EL ROBO DEL DIAMANTE AZUL.

Colección Víctor Hugo.

- 38.—BUG-JARGAL.
- 39.—HAN DE ISLANDIA.
- 40.—EL NOVENTA Y TRES.
- 41.—EL HOMBRE QUE RÍE (2 tomos).
- 42.—LOS TRABAJADORES DEL MAR.
- 43.—NUESTRA SEÑORA DE PARÍS.
- 44 y 45.—LOS MISERABLES (2 tomos).

Colección Tolstoi.

- 46.—RESURRECCIÓN.
- 47.—LA GUERRA Y LA PAZ.
- 48.—LA SONATA DE KRUTZER.
- 49 y 50.—ANA KARENINA (2 tomos).

Colección Rocambole, por Ponson du Terrail.

- 51.—LA HERENCIA DE LOS DOS MILLONES.
- 52.—EL TONEL DEL MUERTO.
- 53.—EL CLUB DE LOS VEINTICUATRO.
- 54.—EL RIVAL DE BACCARAT.
- 55.—LA ESTOCADA DE LOS CIEN LUISSES.
- 56.—EL JURAMENTO DE LA GITANA.
- 57.—LAS DOS CONDESAS.
- 58.—EL TRIUNFO DEL MAL.
- 59.—ROCAMBOLE TIENE MIEDO.
- 60.—EL ESPECTRO DE LA GUILLOTINA.
- 61.—LOS CAVALEROS DEL CLARO DE LUNA.
- 62.—LA SOMBRA DE DIANA.
- 63.—EL PACTO DE LAS TRES MUJERES.
- 64.—EL HOMBRE DE LAS GAFAS AZULES.
- 65.—EL NÚMERO CIENTO DIEZ Y SIETE.
- 66.—LA CÁRCEL DE MUJERES.
- 67.—LOS LOBOS DE LA NIEVE.
- 68.—EL TELEGRAMA FALSO.
- 69.—LAS GARRAS DE COLOR DE ROSA.
- 70.—LA TABERNA DE LA MUERTE.
- 71.—EL FANTASMA DE LAS CADENAS.
- 72.—LAS CANTERAS DEL CRIMEN.
- 73.—EL CADÁVER DE ORO.
- 74.—LA VIUDA DE LOS TRES MARIDOS.
- 75.—LAS TIERRAS DE LA SELVA.
- 76.—EL BARRIL DE PÓLVORA.
- 77.—LOS TRES VERDUGOS.
- 78.—EL MOLINO SIN AGUA.
- 79.—EL PLAN DEL HOMBRE GRIS.
- 80.—EL CEMENTERIO DE LOS AJUSTICIADOS.
- 81.—UNA CITA DE AMOR.
- 82.—LOS DOS DETECTIVES.
- 83.—EL REO DE MUERTE.
- 84.—LA CUERDA DEL AHORCADO.
- 85.—LA NIÑA MUDA.
- 86.—EL SECRETO DE LA CARTERA.
- 87.—LA CASA DE LAS ROSAS.
- 88.—LOS PAPELES DEL ASESINO.
- 89.—EL RAPTO DE UNA MUERTA.
- 90.—EL HILO ROJO.

Colección Dumas.

- 49 y 50.—LOS TRES MOSQUEROS (2 tomos).
- 51 a 53.—VEINTE AÑOS DESPUÉS (3 tomos).
- 54 a 59.—EL VIZCONDE DE BRAGELONNE (6 tomos).
- 60 a 63.—EL CONDE DE MONTECRISTO (4 tomos).
- 64 y 65.—ASCANIO (2 tomos).
- 66 a 68.—LAS DOS DIANAS (3 tomos).
- 69 y 70.—EL PAJE DEL DUQUE DE SABOYA (2 tomos).
- 71.—EL HORÓSCOPO.
- 72 y 73.—LA REINA MARGARITA (2 tomos).
- 74 a 76.—LA DAMA DE MONSIEUR (3 tomos).
- 81 a 83.—LOS CUARENTA Y CINCO (3 tomos).
- 120 a 125.—MEMORIAS DE UN MÉDICO (6 tomos).
- 126 a 129.—EL COLLAR DE LA REINA.

Colección Ortega y Frías.

- 130 a 138.—EL TRIBUNAL DE LA SANGRE (9 tomos).

LA NOVELA ILUSTRADA

R. 43-450



EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

ó

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

NOVELA HISTORICA ORIGINAL

POR

R. ORTEGA Y FRIAS

TOMO SEGUNDO

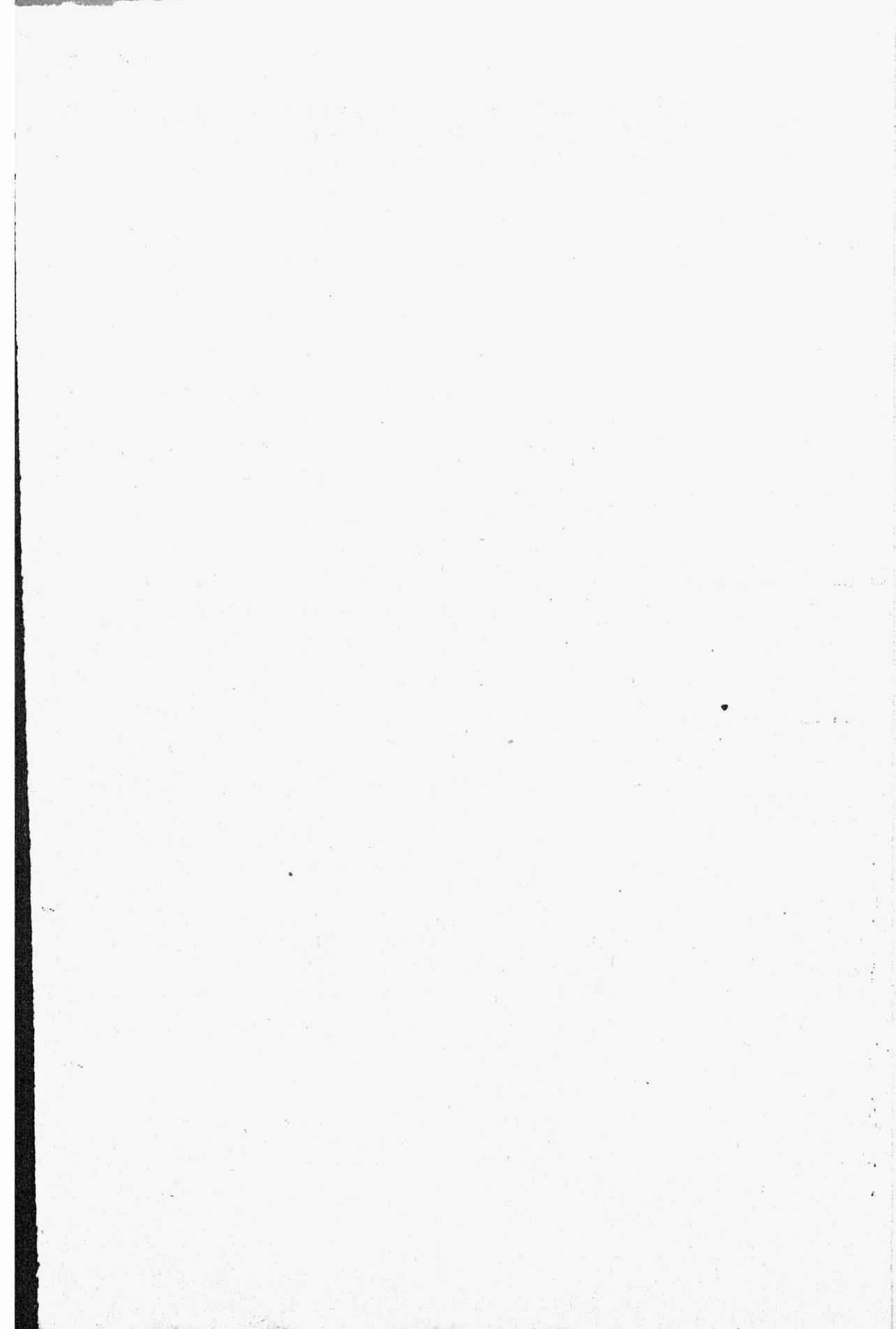


LA NOVELA ILUSTRADA

Director literario: Vicente Blasco Ibáñez.

Oficinas: Mesonero Romanos, 42.

MADRID



EL SIGLO DE LAS TINIEBLAS

O

MEMORIAS DE UN INQUISIDOR

CAPITULO PRIMERO

TRABAJO PERDIDO

Con la ayuda de su puñal logró Jacobo levantar dos tablas que estaban mal sujetas en sus extremos con pequeños clavos.

El espacio que quedó abierto era suficiente para que pudiera pasar una persona.

El fugitivo colgó el candil al borde de una de las vigas, de modo que el aposento quedó perfectamente iluminado.

Luego asomó la cabeza, miró á todos lados, y dijo:

—La fortuna me favorece. Esta habitación debe estar destinada al jesuíta solamente, y se conoce que nadie sino él entra aquí. Puedo, por consiguiente, bajar con todo descuido.

No se detuvo.

Descolgóse por la abertura y se dejó caer sobre la mesa, bajando inmediatamente al suelo y deteniéndose para escuchar.

No percibió el más leve ruido.

¡Cuán ajeno estaba de que el jesuíta, desde su escondite, le observaba con la más escrupulosa atención!

Aunque no temía ser sorprendido, por lo que pudiera suceder, quiso Jacobo aprovechar el tiempo.

Dió algunos pasos, cogió con mano trémula una de las anillas que servían de asidero al pesado arcón, y lo separó de su sitio como lo había hecho la noche anterior el astuto padre Fulgencio.

Arrodillóse en seguida y bien pronto encontró el ladrillo que cubría la caja, y el cual levantó fácilmente.

—¡ Ah! —exclamó al ver brillar el objeto que con tanto peligro buscaba.

Y sus negros ojos brillaron como dos carbunclos.

—¡ Dios mío! —murmuró mientras sacaba la caja—, protejedme algunos minutos más, y será mío este tesoro, con el que quizá podré salvar á mi familia.

Sus manos temblaban convulsivamente.

Por instantes crecía su agitación.

A pesar de lo mucho que le interesaba salir de allí cuanto antes, volvió á quedar inmóvil para escuchar, porque temía ser sorprendido.

Hsta el ruido de su violenta respiración le puso más de una vez en cuidado, pareciéndole que era rumor de pasos que se acercaban.

Bajo cualquier punto de vista que se examine el proceder de Jacobo, resulta siempre que era un abuso inexcusable lo que estaba haciendo.

Así se lo decía su conciencia, y por más que él no quisiese escucharla en aquellos momentos, experimentaba la intranquilidad que experimentamos siempre que ejecutamos una mala acción.

Si Camila, anciana y débil como era, se hubiese presentado entonces, habríamos visto que Jacobo, á pesar de todo su valor, temblaba como el más cobarde.

¿ Qué pensaba hacer el jesuíta?

Permanecía inmóvil debajo de la cama, concretándose á mirar.

Jacobo colocó el ladrillo y el arca en su lugar, y sujetando como mejor pudo la caja entre su jubón, volvió á subirse en la mesa.

Entonces comprendió que había cometido una torpeza imperdonable, porque después de levantar los brazos no podía llegar con las manos al techo.

—¡ Oh! —exclamó desesperadamente—. ¡ Soy un estúpido!

—¿ Cómo salir de aquí?

La puerta estaba cerrada con llave y era bastante fuerte.

No podía levantar la voz para pedir

ayuda á María, porque antes que ésta, la viuda Camila ó su hijo lo hubiesen oído.

Una y otra vez levantó los brazos el infeliz, como si no quisiera convencerse de que su perdición era cierta.

El padre Fulgencio continuaba inmóvil, y había concluído por encontrar muy divertida la escena.

El esposo de Isabel miró á todos lados sin saber lo que buscaba.

Dejó la mesa y recorrió el aposento.

Su desesperación se aumentaba por instantes, revelándose en su rostro pálido y contraído, y en su sombría y terrible mirada.

Probablemente, cuanto más sufría él, más gozaba el padre Fulgencio.

—¿Y he de quedarme aquí hasta que lleguen y me cojan, burlándose de mí como del ratón que cae en la ratonera?... ¡Vive Dios!... antes me mataré.

Volvió á subir en la mesa y á levantar los brazos para probar si saltando podría conseguir asirse de las tablas.

Al fin le ocurrió un medio que creyó seguro.

Para llegar al techo, le bastaba como unos dos palmos más, y creyó que una silla sería suficiente para salir del apuro.

No se concibe cómo no imaginó semejante traza; pero hay que tener en cuenta su trastorno.

No perdió un instante.

Colocó sobre la mesa una silla, subió en ésta y así consiguió llegar con las manos al techo.

Más tranquilo ya, le fué preciso ocuparse de lo que después sucedería.

—Es preciso—murmuró—que no quede señal alguna de cómo se ha penetrado aquí, y esta silla hará pensar en el techo, y después en los desvanes, y últimamente en la infeliz que me ha dado albergue con tan buena voluntad. No, no quiero que la pobre María pague mis culpas.

Reflexionó algunos instantes.

—¡A muerte ó vida!—exclamó.

Y al levantar el cuerpo, dió con un pie en la silla, haciéndola caer al suelo.

El ruido que esto produjo pudo despertar á los habitantes de la casa; pero Jacobo prefería ser sorprendido á que otros padeciesen por él.

Cuando se encontró en el desván, quedó inmóvil y escuchó, decidido á presentarse si entraba gente en la habitación.

Transcurrieron algunos minutos sin que percibiese el más leve ruido.

—Dios me favorece—dijo.

Ocupóse entonces de colocar las tablas en su sitio, asegurándolas como mejor pudo.

Ya nada tenía que temer.

Tomó la luz y volvió al desván de la casa de María.

Estaba impaciente por conocer la importancia de los papeles que había robado.

Sentóse y abrió la caja.

No pudo contener un grito de sorpresa, de rabia y de desesperación.

Ya sabemos que la caja estaba vacía.

¿De qué le había servido arriesgarse en tan peligrosa empresa?

El rostro de Jacobo, que había enrojecido como si fuese á brotar la sangre, se tornó lívido y se desfiguró.

Después del primer arrebato de su ira, dejó caer los brazos como si se hubiesen agotado sus fuerzas.

La caja se escapó de sus manos.

Inclinó tristemente la cabeza sobre el pecho.

Su frente estaba empapada en frío sudor.

Todas sus halagüeñas esperanzas se habían desvanecido.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó.

Peró esta pregunta no podía ser más cándida ni más importuna.

¿Qué había de hacer más que alejarse de allí apenas se esparciese la claridad del alba?

Se encontraba en la misma situación que antes de poner en práctica su loco intento.

Ya la enferma no necesitaba sus cuidados.

Al cabo de media hora, el desdichado hizo lo posible para sacudir su abatimiento.

Llamó á María y le devolvió la luz, anunciándole que partiría al amanecer, á menos que la enferma se sintiese peor.

Quiso dormir; pero le fué imposible.

Si no echaban de menos los papeles, advertirían que faltaba la caja.

¿Adivinarían por dónde se habían introducido en la habitación del jesuita?

Todo era posible.

Jacobo se sintió horriblemente atormen-

tado por el temor de lo que pudiera suceder á María.

Mil veces se arrepintió de lo que había hecho; y como ya no podía deshacerse, sufrió como pocas veces había sufrido en su vida.

¿Qué hacía entre tanto el padre Fulgencio?

¿Por qué había dejado escapar á Jacobo?

CAPITULO II

LO QUE HIZO EL PADRE FULGENCIO

No habiéndose llevado los papeles, ¿qué le importaba al jesuíta que el ladrón saliese de allí?

Mucho le interesaba saber quién era aquel hombre, y por qué con tanta seguridad se había dirigido al sitio en que se ocultaba la caja.

Empero el astuto religioso contaba con medios de apoderarse de Jacobo, y además, mientras estaba debajo de la cama, había trazado un plan el más ingenioso que puede imaginarse.

Apenas Jacobo volvió á colocar las tablas, el jesuíta se apresuró á salir de su escondite, vistióse en un abrir y cerrar de ojos, y se dirigió hacia la puerta.

Aunque estaba á obscuras, conocía perfectamente toda la casa, y estaba seguro de no tropezar.

Con el mayor cuidado abrió, salió y siguió andando sin dejar de tentar las paredes y como si se encaminara á la puerta de la calle.

Pero antes de llegar á ésta se detuvo, dió tres ó cuatro golpecitos, y dijo, reconvenciendo la voz:

—Hermana Camila, levantaos inmediatamente.

—¿Quién es?—se oyó preguntar.

—Soy yo... Salid á la calle...

—¡A la calle!—exclamó la viuda mientras se levantaba.

—Sí, á la calle, donde os esperaré... Procurad no hacer ruido.

Y siempre á tientas, avanzó nuevamente el jesuíta.

No tardó en encontrarse fuera de la casa.

Su mirada se fijó en la vivienda de María.

Pocos minutos después, Camila, á me-

dio vestir, agitada y dejando ver en su rostro la sorpresa y el miedo se presentó.

—¿Qué sucede?—preguntó con voz alterada.

—No habléis tan alto—replicó á media voz el padre Fulgencio.

—¡Dios mío!

—¡Tranquilizaos, que no hay que temer ninguna desgracia! sino que, por el contrario, la fortuna se nos declara decidida protectora.

—Estoy aturdida.

—Sosegaos.

—Si vuestra merced quiere explicarse...

—Ahora no puede ser.

Camila, con los ojos extremadamente abiertos, miraba unas veces á su alrededor y otras al jesuíta.

—Entrad—dijo éste—, despertad á Juanillo, y decidle que venga.

La viuda obedeció maquinalmente.

El padre Fulgencio permaneció inmóvil y con la mirada fija en la vivienda de Bonifacia.

Cinco minutos después salió el taimado mozo no menos sorprendido que su madre.

—Escúchame, hijo, escúchame—le dijo el jesuíta con dulzura.

—Ya escucho á vuestra merced—respondió Juanillo.

—¿Quieres casarte con María?

—¡Casarme!...

—Si deseas de veras que tu boda se realice, colócate aquí, mira á la puerta de tu vecina, y si saliese un hombre, procura detenerlo mientras gritas pidiendo socorro.

—No entiendo una palabra de lo que dice vuestra merced.

—¿Y no te basta saber que de esto depende que te cases con María?

Juanillo se restregó los ojos como si creyera que soñaba y se esforzase para despertar.

—No estás dormido.

—¡Un hombre ahí!...

—Sí, un hombre que bien puede ser un ladrón, ó para hablar con más exactitud, que es un ladrón, á quien no debe dejarse escapar.

—Entonces pediremos ayuda á los demás vecinos, entraremos...

—No.

—Pues no lo entiendo.

—¿Y qué te importa?

—Cuando vuestra merced lo dice...

—Si te empeñas en saber más de lo que puedo decirte, vete y renuncia á la dicha que tanto deseas.

Cualquiera que fuese el significado de aquella situación extraña, fuese el que fuese el propósito del jesuita, Juanillo creyó que no debía mirar otra cosa más que el dote que se le había ofrecido con la mano de María.

Si le daban quinientos ducados, ¿qué le importaba lo demás?

Bien hubiera querido que le explicasen lo del ladrón, que supuso ser una mentira; pero ya que entonces no querían satisfacer su curiosidad, decidió obedecer, puesto que en último resultado sería dueño de una gran fortuna, que era lo que más le interesaba.

El padre Fulgencio no pronunció una palabra más y volvió á entrar en la casa, donde la viuda le esperaba con impaciencia.

Con ésta podía en aquellos momentos entrar el jesuita en más explicaciones, y así lo hizo, dándole á conocer, si no todo, al menos una buena parte de su extraño plan.

Entretenidos en esta conversación, dejaron correr las horas, que para ellos pasaban con mucha lentitud.

Ninguno de los tres se sintió dominado por el sueño, porque les interesaba demasiado estar despiertos, y tenían mucho y de mucha importancia en qué pensar para que les fuera posible dormir.

Por fin las tinieblas empezaron á disiparse y brillaron los resplandores de la aurora.

—No debo esperar más—dijo el jesuita.

Y salió de la casa, dirigiéndose á la de María mientras preguntaba á Juanillo:

—¿Hay novedad?

—Ninguna, padre.

—Estás seguro de que nadie ha salido.

—Ni una mosca.

—Bien, ya puedes ir á descansar.

El mozo entró en su casa.

Aún no se habían dejado ver los primeros rayos del sol.

El jesuita se detuvo junto á la puerta de la morada de María, y escuchó.

Nada oyó.

—¿Dormirán?—dijo—. No importa.

Llamó.

No tuvo que esperar, porque á los pocos

segundos se abrió la puerta, presentándose la joven, que miró sorprendida al reverendo.

CAPITULO III

UNA ALTERNATIVA HORRIBLE

El padre Fulgencio fijó en la joven una mirada melancólica y dulcísima, y con acento cariñoso le dijo:

—Bendígaos Dios, pobre niña.

—Padre mío—murmuró María con voz entrecortada.

Y bajó sus magníficos ojos sin acertar á decir otra cosa.

—Por vuestra vecina—repuso el jesuita—he sabido la horrible desgracia de la enfermedad de vuestra madre.

—Parece que Dios ha querido salvarla.

—Sin embargo, yo deseaba dirigiros palabras fortificantes y consoladoras.

—Gracias, padre mío.

—Y además, tengo que hablaros de otros asuntos bastante graves...

—¡Asuntos graves!...

—Sí.

—Entrad, padre mío, entrad y sentaos.

Quiso María llevar al religioso á la habitación donde estaba la enferma; pero el jesuita se acomodó junto al hogar, diciendo:

—Mejor estaremos aquí, porque hemos de hablar bastante y podríamos incomodar á vuestra madre.

La joven permaneció en pie y en actitud respetuosa, y si al fin se sentó, fué porque el reverendo se lo mandó varias veces.

Pasaron algunos minutos sin que ninguno de los dos pronunciase una palabra.

El padre Fulgencio, sin apartar su mirada penetrante de María, dijo:

—Vuestra virtud, que es de todos conocida, y vuestra belleza, han cautivado á un hombre honrado también y que puede haceros dichosa.

Las mejillas de la joven se tiñeron de púrpura.

—Vuestro rubor—añadió el jesuita—es una prueba más de la pureza de vuestros sentimientos.

—Me favorecéis demasiado, padre mío.

—Os hago justicia.

—Vuestras palabras me sorprenden...

—¿No adivináis quién es el hombre que aspira á ser vuestro esposo y que me ha

rogado que pidiese vuestra mano y os protegiere?

—No lo adivino—respondió María, cuyos miembros se agitaban convulsivamente.

—No ha sido precisamente el interesado sino su madre quien me ha suplicado que interponga en su favor la respetabilidad de mi carácter.

—Aún no comprendo...

—Se trata del hijo de vuestra vecina Camila.

—¡Juan!

—Sí, Juanillo, como le llamamos todos.

—¡Qué quiere ser mi esposo!...

—Eso es.

—¡Ah!...

—¿Qué os sorprende, hija mía?

—No sé... es que... decíais...

—Digo que el mejor día quedaréis desamparada—repuso el padre Fulgencio—; que Juanillo es trabajador y honrado; que os ama mucho...

—¡Que me ama!...

—Mucho, repito.

María inclinó más la cabeza y guardó silencio.

—¿Qué decidís?—preguntó el jesuita.

La infeliz se puso alternativamente pálida y roja, y no sin hacer un grande esfuerzo, dijo:

—Yo creo que una mujer no debe casarse sin amar al que ha de ser su esposo, y como yo no amo á Juanillo...

—No es preciso sentir una de esas pasiones violentas que trastornan la razón.

—Es que yo no siento nada...

—Con el tiempo, con el trato...

—No—interrumpió vivamente María.

Y cerrando los ojos y apretando los puños, añadió:

—No me casaré con ese hombre.

—Respondéis con mucha ligereza—dijo con calma el jesuita.

—Es mi última resolución.

—No hablemos más entonces de semejante asunto, porque yo deseo vuestra dicha lo mismo que la de Juan.

La aldeana no se atrevió á levantar la cabeza ni á pronunciar una palabra.

El jesuita prosiguió diciendo.

—El otro asunto es mucho más desagradable, y me es imposible evitaros lo que habéis de sufrir.

Tampoco entonces respondió María.

—Veamos—dijo el padre Fulgencio—: ¿quién hay en vuestra casa?

—Mi madre y yo—respondió la joven, cuyo rostro se tornó lívido.

—¿Y quién más?

—Nadie.

—Ahora mentís.

—Padre mío...—exclamó aterrada la doncella.

—Sí, estáis mintiendo.

—¡Ah!...

—En vuestra casa se oculta un criminal, ¿lo entendéis bien? un criminal, y vuestras negativas prueban que sois su cómplice, porque si inocentemente le hubiéseis dado asilo, no ocultaríais la verdad.

Eran demasiado terminantes las palabras del jesuita, y sobre ser terminantes, convenían demasiado bien á las circunstancias del fugitivo.

Este debía haber sido espiado y descubierto.

Así lo creyó María.

Sin embargo, dejándose llevar de los nobles impulsos de su corazón, decidió seguir negando por si de este modo podía salvar la vida del que había salvado la de su madre.

Lo que en aquellos momentos sintió María es imposible hacerlo comprender.

Creyó que ella, solamente ella, era la causa de la perdición del fugitivo.

Si éste no hubiera permanecido allí más que una sola noche, si hubiese continuado su marcha cuando quería, sin atender á la vida de la enferma, sus perseguidores habrían llegado tarde.

La infeliz joven se acusó por lo que entonces creyó ser efecto de su egoísmo.

—Sois demasiado inocente—dijo el jesuita después de algunos segundos—y no comprendéis que vuestras negativas sólo servirán para hacer más peligrosa vuestra situación y la de vuestra madre. Si no declararéis la verdad, llamaré, acudirán los que están prevenidos y prontos á obedecerme, y se registrará la casa; pero tened entendido que si este caso llegare, me será imposible protegeros. Pensadlo bien; aún es tiempo de que vosotros quedéis libres de toda responsabilidad.

Convencióse María de que las negativas eran completamente inútiles, y trastornada por el dolor, sin saber qué conducta seguir, cayó de rodillas, cruzó las

manos y exclamó con acento de súplica desgarradora:

—Padre mío, padre mío tened compasión de mí!

Y un torrente de lágrimas se escapó de sus ojos.

No era posible mirarla sin sentirse profundamente conmovido.

—¡Pobre criatura!—murmuró el padre Fulgencio—; levantaos, recobrad la calma y habládme con sinceridad. Como prueba de mi buen deseo, tenéis el paso que doy, arvirtiéndoos el peligro para que podáis evitarlo. Yo estoy convencido de vuestra inocencia, profundamente convencido...

—Entonces, padre mío, me protegeréis.

—Pero una cosa es mi convencimiento y otra las apariencias. Mi opinión no es una prueba para los tribunales, mucho menos para un tribunal tan escrupuloso como el del Santo Oficio. Las apariencias os condenan, son tan fatales para vosotras, que no se necesitan más pruebas. Y bien mirado, hija mía, habéis delinquido porque sabéis muy bien que no solamente os está prohibido proteger á un criminal, sino que estáis obligada á delatarlo. A pesar de todo esto, yo os protegeré en cuanto me sea posible; pero es menester que vos me ayudéis siguiendo mis consejos: porque de otro modo, ¿qué he de hacer?... Sentaos, pues, y habládme como se habla, no al juez severo, sino al amigo cariñoso.

María empezó á tener esperanza de salvar á Jacobo, y después de volver á sentarse, dijo:

—La situación en que me encuentro no puede ser más crítica.

—Ya lo veo.

—Ignoráis lo principal.

—Decid.

—Es verdad que en mi casa se oculta un hombre que está perseguido por la Inquisición; pero yo no le he dado asilo porque mi voluntad sea protegerlo.

—¿Ignorábais quién fuese?

—Llegó cuando mi madre agonizaba, la vió, me aseguró que tal vez con la ayuda divina podría salvarla, y efectivamente, en pocas horas mi buena madre mejoró hasta el punto de que ya su existencia no peligraba.

—¿Y luego?

—Quiso partir; pero yo lo detuve con mis súplicas, y entonces fué cuando me

dijo que la Inquisición lo perseguía, aunque jurando por la vida de su hija que era buen católico, y que su conciencia estaba limpia de toda culpa.

—Puede ser; pero mientras esté acusado, es nuestro deber ayudar á la justicia.

—Fuí débil, padre mío, lo confieso: no pensé más que en la vida de mi madre, y á trueque de que el fugitivo acabara su buena obra, le ofrecí ocultarlo. No sé por qué la voz de ese hombre me llegaba al alma, ni sé por qué sus palabras me convencían hasta el punto de que no dudé de su inocencia. Su proceder no ha podido ser más noble y generoso, puesto que por salvar á mi madre se quedó con riesgo de la vida.

—Efectivamente, es una acción muy noble.

—¿No estoy obligada á dar por ese hombre la existencia?

—Sí.

—Vos me comprendéis, padre mío.

—Todo, absolutamente todo debéis sacrificarlo por el que ha salvado la vida á vuestra madre, doblemente cuando el hacer este beneficio podía costarle á él mismo la existencia.

—Ya lo veis—repuso la joven, recobrando toda su energía—, yo no puedo entregar á ese hombre, y no lo entregaré; para llegar adonde se encuentra sería preciso que antes me mataran.

—¡Gran corazón!

—Ayudadme, padre mío; os lo pido en nombre de mi madre infeliz, en nombre de Dios que nos manda ser generosos y agradecidos...

—Me pedís demasiado.

—Padre mío...

—Yo no tengo ninguna deuda de gratitud con ese desdichado, sino un deber de conciencia, que me es forzoso cumplir.

—¡Ah!...

—Con dejaros matar, no libertaríais á ese hombre, ni conseguiríais más que hacer mucho daño á vuestra madre, y habéis de pensar que vuestros deberes de hija son antes que todos los deberes.

María inclinó tristemente la cabeza y quedó silenciosa.

El padre Fulgencio añadió después de algunos instantes:

—Para conseguir lo que deseáis se accesaría contar con la influencia de uno de esos personajes á quienes no se les niega

nada, y esto no lo podríamos obtener más que por un solo medio, que vos rechazáis.

—Todo lo aceptaré, todo, menos la deshonra.

—Líbreme Dios de proponeros nada que pueda empañar vuestra pureza.

—Decid, padre mío.

—Hay un hombre muy rico que desea proteger y asegurar la suerte del hijo de vuestra vecina; pero quiere hacerlo de modo que su beneficio aproveche á más de una persona, á toda una familia.

—No os comprendo.

—La persona á quien me refiero, que no quiere darse á conocer, ha destinado la cantidad de quinientos ducados para dote de la que se case con Juanillo, siempre que sea una mujer virtuosa y cristiana. Como es natural, si vos os casaseis con Juanillo, vuestro protector no se contentaría con dar el dote, sino que emplearía su influencia para que la Inquisición no se ocupase de si habíais dado asilo á un hereje, y en tal caso, éste podría seguir su camino y vos ser dichosa y proporcionar á vuestra madre lo que tanto necesita en su vejez.

María fijó en el fraile una mirada de profunda extrañeza.

—Tal vez en este momento—añadió el jesuíta—no comprenderéis bien lo que acabo de deciros; pero decidíos á ser esposa de Juan, y yo os respondo de lo demás.

—¡Esposa de Juan!...

—Sí.

—Pero...

—A nada os obligo.

—Y casándome con el hijo de Camila...

—Tendréis un dote de quinientos ducados...

—¿Qué me importa el dote? Yo no vendo mi corazón, padre mío.

—No os propongo vender el corazón, sino comprar la vida del que ha salvado la de vuestra madre.

—¡Oh!...

—Si no os conviene, dejadlo. Por mi parte, me es imposible sacaros del apuro sin la influencia de ese hombre poderoso.

—Y si me niego á casarme...

—Dentro de pocas horas el acusado, vos y también vuestra madre estaréis en las cárceles secretas de la Inquisición.

—¡Mi madre!—exclamó con terror María.

—Sin que el estar enferma le valga, por que debéis saber que esto no es excusa para el Santo Oficio.

—¡Dios mío!...

Si vuestra madre no tiene fuerzas para ir por su pié, la llevarán en un carro...

—Eso es una crueldad horrible...

—Eso es justicia severa, es la verdadera justicia, que en nada repara, con nada transige, ante nada se detiene.

—No, no es posible tanto horror...

—Preguntad, y sabréis que más de una vez se ha llevado á los calabozos del Santo Oficio á un enfermo que ha expirado á los pocos días ó á las pocas horas.

María exhaló un grito y se cubrió el rostro con las manos.

El jesuíta no exageraba.

Muchas veces la Inquisición encerró en sus calabozos á enfermos que estaban próximos á la agonía, y que murieron antes de que se les llegara á decir por qué se había cometido con ellos tan horrenda crueldad.

Y esto era doblemente criminal y espantoso, puesto que algunos de aquellos cómplices fueron después de su muerte declarados inocentes.

Por supuesto que todo esto se hacía en nombre de Dios, en nombre de la justicia divina y para esplendor y bien de la religión católica.

Si la iglesia católica pudiera concluir antes que el mundo; si fuera posible, que no lo es, el descredito ó el desprestigio de la santa doctrina del Hijo de Dios, la Inquisición, en vez de acabar con los herejes y la herejía, hubiera bastado y sobrado para que no quedase un solo católico sobre la faz de la tierra.

Pero, afortunadamente, la verdad y la justicia siempre triunfan, y aquella época de tinieblas y crímenes pasó para no volver.

Largo rato pasó sin que ni el padre Fulgencio ni María pronunciasen una palabra.

La alternativa en que se encontraba la joven no podía ser más espantosa: ó tenía que entregar á sus perseguidores al que había salvado la vida á su madre, y aun exponer á ésta á ser tratada como criminal, ó había de hacer el sacrificio de unirse á un hombre cuya sola presencia le hacía experimentar un sentimiento invencible de repulsión.

Para un alma tan noble como la de María la elección no debía ser dudosa.

Antes de sacrificar á otro, se sacrificaría ella cien veces.

Antes de ser ingrata con el hombre á quien tanto debía, era preferible morir.

—¿Os habéis decidido?—preguntó al fin el padre Fulgencio.

—Sí—respondió la joven con acento breve.

—¿Y cuál es vuestra resolución?

—Me casaré.

—¿Lo prometéis así?

—Lo prometo.

—Tened entendido que si luego os arrepentís...

—Yo sé cumplir mis promesas.

—¿Consentirá vuestra madre?

—Sí, consentirá, porque yo le diré que amo á Juan con todo mi corazón.

—Sois un tesoro, hija mía.

—¿Qué más debo hacer para salvar á ese hombre?

—Nada más.

María se puso en pie, significando que-ría concluir aquella conversación que la atormentaba.

El jesuita hizo lo mismo, mientras decía:

—Llevadme donde está ese hombre.

—¿Qué intentáis?

—Cumplir lo prometido.

—Pero...

—Tengo que hacerle algunas advertencias, porque sino, al salir de esta casa caería en manos de los alguaciles del Santo Oficio.

—¡Ah!...

—Tranquilizaos: ya os he dicho que se salvará.

—¿Le ocultaréis el sacrificio que hago por él?

—Sí.

—Entonces, venid.

—Veo que tenéis fe en mis promesas.

—Como vos en las mías.

—No os arrepentiréis.

—Así lo espero.

—Vamos.

María llevó al religioso á la habitación por donde se entraba al desván y llamó á Jacobo.

Este, que empezaba á impacientarse porque avanzaba el día, se asomó, quedando mudo de terror y sorpresa al ver al jesuita.

—Nada temáis—le dijo la aldeana—, bajad.

De todos modos era ya imposible ocultarse, y Jacobo, recobrando su valor, se puso de un salto en el aposento.

—Dejadnos—dijo entonces el padre Fulgencio á María.

Esta obedeció.

CAPITULO IV

UN CONVENIO INEXPLICABLE

Lo primero que pensó Jacobo es que se había echado de menos la caja, y que, reconocido el techo, habíase adivinado cómo y por quién pudo cometerse el abuso.

Sin embargo, la joven le había dicho que nada tenía que temer, y sobre la buena fe y discreción de María no debía dudar.

Cualquiera que fuese el significado de aquella inesperada situación, era preciso arrostrar las consecuencias, y Jacobo, en su actitud y en su mirada, demostró que no era un hombre vulgar y que estaba dotado de un alma grande y enérgica.

Para conocerlo así le bastó al jesuita una mirada.

Bien pronto debían entenderse aquellos dos hombres, porque ambos poseían igual inteligencia.

—Supongo—dijo el padre Fulgencio—que me conocéis.

—Ignoro quién sois.

—Pero no es esta la primera vez que me veis.

Jacobo dudó un instante; pero luego respondió con voz segura:

—No, no es la primera vez.

—Yo también os he visto anoche cuando entrásteis por el techo en mi dormitorio y os llevásteis la caja donde creáis que estaban aún los papeles que yo había guardado.

El esposo de Isabel fijó una mirada penetrante en el jesuita.

—No he venido—añadió éste con calma—para perder el tiempo en afirmar lo que vos neguéis, ni para haceros confesar lo que ya sé; pues para mi gobierno me es de todo punto indiferente que declaréis ó no la verdad.

—¿Qué queréis?

—Hace dos noches, por entre las tablas del techo me observásteis, ó más bien nos

observásteis, porque éramos dos, y decidisteis apoderaros de los documentos á que dimos tanta importancia, porque, efectivamente, la tienen.

—Todo eso es verdad.

—Lo que habéis hecho prueba una de dos cosas: ó que sois moral enemigo del abate Florentin, ó el mejor de sus amigos.

—Ni lo uno, ni lo otro.

—Hoy he tenido pruebas de que sois lo primero.

—Os equivocáis.

—Reconozco que no me he explicado con bastante exactitud.

—Entonces...

—Escuchadme: no sé si con razón ó sin ella, la Inquisición os persigue.

—¿Y qué deducís de eso?

—Si sois inocente...

—Lo soy.

—No podéis, pues, ser amigo de los que son injustos con vos.

—No, yo no soy amigo de los miserables.

—Sin embargo, podéis ser su cómplice cuando os convenga.

—Padre...

—Tened calma.

—Concluid.

—En vuestra situación os conviene ser dueño de un arma que pueda hacer temblar al abate Florentin, cuya influencia en el tribunal de Madrid y aun en el Consejo de la Suprema es de todos conocida; porque así le diríais: «Haced que la Inquisición deje de perseguirme, ó con estos documentos os arrancaré la máscara y os aniquilaré.» ¿Me equivoco?

Jacobo se convenció de que en la situación en que se encontraba era inútil todo disimulo, y decidido á concluir, respondió:

—No os equivocáis.

—Bien—repuso tranquilamente el jesuita—; ahora, aunque parece innecesario, os advertiré que me basta dar un solo grito para que se apoderen de vos.

—No me hago ilusiones sobre este punto.

—Así probáis que no sois un hombre vulgar.

—Creo que ya nos conocemos, padre.

—Me parece que sí.

—Proseguid.

—Antes tendréis la bondad de decirme si sois inocente.

—Se me acusa con tanta justicia como

se acusó á vuestro padre Ignacio de Loyola.

—¿Os atreveríais á jurarlo?

—Lo juro por la salvación de mi alma, por mi vida y por la hija que me ha dado el cielo.

—¿De qué se os acusa?

—Según me podido entender, de hereje, de hechicero, de nigromántico y no sé de cuantos crímenes más.

El padre Fulgencio desplegó una sonrisa.

—¿Y no sabéis en qué se fundan vuestros delatores? Porque supongo que declaraciones habrá.

—Me he dedicado al estudio de la medicina, y muy particularmente al de la Física y la Química. Tengo en mi casa un pequeño laboratorio y un esqueleto humano.

—Comprendo.

—Sé que mis vecinos hacen comentarios sobre los rojizos ó azulados resplandores que algunas noches han visto á través de mis ventanas, y tengo además motivos para creer que una mirada indiscreta se ha fijado en el esqueleto.

—No es menester más.

—Con la ayuda de Dios y con mi ciencia he salvado la vida á más de un moribundo, y no ha faltado quien asegure que esto no he podido hacerlo sino con la ayuda de Satanás.

—Basta, basta.

—Tenéis sobrada inteligencia para necesitar más explicaciones.

—¿Me diréis cómo os llamáis?

—¿Qué inconveniente he de tener en decíroslo si estoy en vuestro poder?

—Es verdad.

—¿No hemos convenido en que sería una necedad malgastar el tiempo?

—Sí.

—Me llamo Jacobo de Tordesillas, estoy casado con Isabel de Linares y tengo una hija de cuatro años que se llama lo mismo que su madre.

—Perdonad—dijo el jesuita.

Y sacó un papel y un lápiz, trazando unos signos, cuya representación nadie hubiera podido conocer, pero que sin duda equivalían á las letras que componían los nombres que acababa de oír.

—¿Dónde—preguntó luego—tenéis vuestra vivienda?

—En Madrid. arrabal de San Ginés,

una casa aislada, y para cuya edificación se aprovecharon los restos de una antiquísima fortaleza.

—¿Huisteis cuando iban á prenderos?

—Un amigo me advirtió el peligro, y abandoné mi familia.

—¿Adónde os dirigís?

—A Francia.

—¿Hace muchos días que emprendisteis vuestra marcha?

—Quince.

—¿Y sabéis si han dejado en paz á vuestra esposa?

—Lo ignoro.

—Supongo que la infeliz estará en los calabozos de la Inquisición.

—¡Oh!—exclamó Jacobo apretando los puños.

Y de sus negros ojos se escaparon dos centellas.

—Debéis pensar—repuso el jesuita—que el Santo Oficio ha de considerar á vuestra esposa como cómplice vuestra, ó que al menos la acusará por no haberos delatado, puesto que semejante omisión es, según los edictos, un crimen igual al que se oculta.

—¡Dios mío!

—Y aun cuando los inquisidores no acusasen á vuestra mujer, la encerrarían y le aplicarían el tormento para obligarla á declarar dónde os encontráis. ¿Acaso no sabéis que esta es la costumbre del Santo Tribunal?

—Mi esposa habrá huido también.

—Era su única salvación.

Las observaciones del jesuita renovaron los temores de Jacobo.

Olvidóse del peligro que corría, se arrepiñtó de haber huido y pensó volver á Madrid para averiguar lo que había sido de su esposa y de su hija.

—Estáis meditando una locura—dijo el padre Fulgencio—; sin embargo, si yo tuviese completa confianza en vuestra sangre fría, no me tomaría la molestia de haceros desistir de vuestro propósito, y aun tal vez os aconsejaría que lo pusieseis en ejecución.

—¿Qué creéis que medito?

—Correr en busca de vuestra familia.

—No os equivocáis.

—Ya es tarde, porque en quince días debé haberse decidido la suerte de vuestra esposa.

Jacobo no respondió.

—Nos hemos entendido—añadió el jesuita—, y podemos seguir hablando con franqueza.

—Sí, sí.

—Aunque hubierais conseguido apoderaros de los papeles que me entregó el hermano Alfonso, nada podríais hacer ahora, yo os la aseguro; pero cuando transcurra algún tiempo, la cuestión habrá cambiado y entonces estos documentos serán un arma terrible contra el abate.

—¿Qué me importa, si yo no los tengo?

—Hagamos un trato.

—¡Un trato!...

—Sí.

—No se me alcanza...

—Tal vez me sea posible proteger á vuestra esposa y á vuestra hija.

—¡Ah!...

—Se las defenderá.

—¿Qué decís?

—Y en cuanto á vos, puedo hacer de modo que lleguéis á Francia sin que nadie os incomode.

—¿Pero todo eso?...

—Debe ser á trueque de algo.

—Tal supongo.

—Algún día volveréis á España, y entonces seréis mi aliado...

—Comprendo.

—Trabajaremos, no para satisfacer una venganza, sino para conseguir la justicia que merecéis.

—¡Oh!...

—Para reparar en cuánto sea posible los perjuicios que os hayan hecho sufrir.

—Lo que me proponéis...

—No tiene nombre—replicó el jesuita, sonriendo maliciosamente.

—¿Y si no acepto?

—Peor para vos.

—¿Me haréis prender?

—No.

—Esa generosidad...

—Un capricho.

Jacobo meditó.

—Acepto—dijo después de algunos instantes—, aunque con una condición.

—Decid.

—No se me exigirá verter sangre humana, ni despojar á nadie de lo que sea suyo.

—No se os exigirá ningún crimen, no se os exigirá nada que no sea legítimo y bueno, porque, tenedlo entendido los discípulos de Ignacio de Loyola no son criminales.

—Perdonad.

—Hemos concluído.

—¿Y ahora?...

—Esperad un momento.

El jesuíta volvió á sacar su lápiz y un trozo de papel, trazó unos cuantos signos y luego dijo:

—Tomad: con esto os presentaréis á un hombre que se llama Lucas Perales y que vive honradamente en el primer pueblo adonde habéis de llegar, siguiendo el camino que os indicaré.

—¿Y luego?

—Llegaréis á Francia sano y salvo, ya os lo he dicho. Tomad vuestra capa y vuestro sombrero y seguidme.

Jacobo, sin darse cuenta de lo que hacía, obedeció.

Después de dirigir á María algunas frases de cariño y de consuelo, salió de la casa con el jesuíta.

Pocos minutos después se alejaba de la aldea sin que fuera posible que sospechase cuán cara había pagado la joven la protección del jesuíta.

CAPITULO V

NUEVA RESOLUCIÓN DE JACOBO

Jacobo, completamente aturdido y sin poder darse cuenta exacta de lo que acababa de sucederle, caminó hasta el medio día, hora en que dió vista al pueblo designado por el padre Fulgencio.

Entonces se detuvo, se sentó sobre una piedra y dijo:

—Reflexionemos.

Reflexionar en la situación en que se encontraba no era otra cosa que pensar en los dos queridos seres de quienes se había separado y cuya suerte ignoraba.

Ya sabemos que las palabras del jesuíta habían aumentado los temores del fugitivo, y no continuó su marcha sino como el que, contra su voluntad, obedece á una fuerza superior á la suya.

Más de una vez se había preguntado si su fuga no era una cobardía y un olvido de sus sagrados deberes de padre y esposo.

Sentíase atormentado por la conciencia, sin que le tranquilizara la idea de que, permaneciendo en su casa, hubiera caído en poder de los inquisidores, haciéndose

doblemente penosa la situación de su familia.

¿Qué había sido de Isabel?

La duda es muchas veces peor que la más horrible realidad.

En los quince días que habían transcurrido, Jacobo, en su afán de huir y de ocultarse, no se había dado cuenta exacta de la situación: pero desde el momento en que se creyó seguro, sus ideas fueron distintas y acabó por pensar si debía cambiar de resolución.

No tardó mucho en suceder así.

Antes de media hora decidió arrostrarlo todo y volverse á Madrid.

—Así—dijo—no faltó á mi promesa, puesto que el jesuíta no desaprobaba mi regreso, sino que solamente temía que me faltase la calma. De todos modos seré leal y no ocultaré mi resolución.

No meditó más.

Púsose en pie y entró en la aldea, encontrando fácilmente á la persona á quien buscaba, y que era un viejecillo flaco y amarillento como un pergamino, sucio y casi haraposo, á pesar de que, según era fama, tenía sobrados recursos con que vivir muy decentemente.

Después de examinar atentamente á Jacobo y de saludarlo con frialdad, le preguntó:

—¿Qué se os ofrece?

El esposo de Isabel por toda respuesta le presentó lo que podríamos llamar misterioso salvoconducto.

El viejecillo sacó una cajita de hojalata, y de ésta unos anteojos, que se colocó al extremo de su puntiaguda nariz, mirando luego por todos lados el papel y diciendo con la misma calma y frialdad que antes:

—Sentaos y decidme lo que necesitáis.

—No sé hasta qué punto—respondió Jacobo—se os darán explicaciones en este papel.

—No os pido ninguna.

—Mi objeto era entrar en Francia para ponerme á cubierto de la persecución del Santo Oficio...

—Perdonad—interrumpió el aldeano; —pero no solamente son inútiles vuestras explicaciones, sino que me haréis un favor con no dárme las.

Tordesillas lo miró con extrañeza.

—Es que tal vez—dijo—se os pedirán

noticias más, y es menester que sepáis que en vez de seguir mi camino hacia la frontera, he decidido volver á la corte para saber lo que ha sido de mi familia.

El viejo se encogió de hombros y replicó:

—Decidme lo que necesitáis, y que Dios os proteja.

—Pero...

—Os persiguen, según indicais.

—Sí.

—¿Es un disfraz la ropa que ahora lleváis?

—No.

—Entonces os daré uno para que no seais conocido.

—Bien.

—¿Lleváis dinero?

—Ninguno.

—Vais muy mal.

—Soy pobre...

—Esperad.

Jacobo estaba casi aturdido por la sorpresa y guardó silencio.

El aldeano se levantó, sacó de una alacena algunas viandas y un jarro con vino, y poniéndolo todo en una mesa junto al esposo de Isabel, le dijo:

—Comed mientras saco vuestro disfraz y dinero. Esa ropa me la dejaréis, porque podrá servir para otro.

Y salió del aposento.

El fugitivo, mientras se entregaba á sus tristes pensamientos, comió maquinalmente.

¿Qué relaciones había entre el jesuita y el aldeano? ¿Qué significaban los misteriosos signos estampados en el papel?

Al cabo de un cuarto de hora, Jacobo había comido y su huésped le presentaba un traje completo de aldeano y un sambenito.

—¿Qué significa esto?—preguntó el esposo de Isabel, mirando con profundo disgusto aquel signo ignominioso.

—Esto significa que habéis sido acusado de herejía, que habéis abjurado vuestros heréticos errores, se os ha reconciliado por el Santo Oficio y se os ha castigado con la confiscación de vuestros escasos bienes, imponiéndoo la obligación de llevar toda su vida el sambenito: miradlo bien y veréis que no es el de los relajados, sino el de los reconciliados. Cuando os encuentren los que os buscan, no se cuidarán de vos y os dejarán seguir vuestro camino. Esto es una precaución

por lo que pueda suceder, puesto que en Zaragoza, si es que allí queréis entrar, ó en Calatayud, adonde es más prudente vayáis, encontraréis otro hermano que os proteja y con el cual trataréis si es conveniente nuevo cambio de disfraz.

Y poniendo sobre la mesa algunas monedas de oro y plata, añadió el viejecillo:

—Ved si necesitáis más dinero, porque os daré todo el que me pidáis.

—Aun me sobra—respondió Jacobo, á quien la sorpresa tenía cada vez más aturdido.

Era inútil hacer ninguna observación.

El aldeano había dicho que no quería que se le diesen más explicaciones, lo cual podía ser con objeto de no verse obligado él á darlas, en cuyo caso debía respetarse su reserva.

—¿Tengo que agradecer algo á este hombre?—preguntó Jacobo.—Nada, porque según parece no hace más que obedecer.

Sin detenerse, se despojó de su ropa, vistió la del aldeano, colgó á su cuello el sambenito, no sin estremecerse y que palideciera su rostro, y guardando las monedas se dispuso á marchar.

La despedida fué tan fría y reservada como la presentación.

—El cielo os proteja—le dijo el anciano.

Y cerró la puerta de su pobre morada.

Jacobo se alejó de la aldea y volvió á sentarse donde antes había descansado.

Entonces necesitaba meditar más que nunca: entonces quería á toda costa darse explicaciones claras sobre su situación, extraña hasta lo inverosímil.

No era muy difícil esto.

Para comprenderlo todo le bastaban algunos minutos de reflexión, porque hay que tener en cuenta que Jacobo conocía bastante el mundo.

Una hora después había conseguido desaturdirse.

Vió entonces con más claridad los peligros á que se exponía con su nueva resolución; pero no por esto pensó cambiarla.

A toda costa quería saber lo que había sido de su esposa y de su hija, y no retrocedería ante ningún peligro, por grande que fuese.

Concluyeron sus vacilaciones.

Emprendió otra vez su marcha y al fin,

como siempre se acogen con ansiedad las ideas que nos halagan, creyó que con su disfraz y el misterioso papel estaba completamente seguro.

No tenemos para qué seguirlo paso á paso: solamente debemos decir que en Calatayud encontró otro protector tan misterioso como el primero, y que después, en cuantas poblaciones tenía que descansar, el papelito del padre Fulgencio era

Su mirada se fijó con insistencia en un objeto.

¡Contemplaba su pobre vivienda!

—¡ Ah! —exclamó con voz ahogada—; ¿estarán allí las criaturas á quien tanto amo?

Y como si hubieran de responderle, añadió:

—¡ Isabel, hija de mi alma!...



No pudiendo contener un grito de sorpresa de rabia y de desesperación, (Pag. 6.)

como una varita mágica, ante cuya virtud se allanaban las dificultades y se vencían todos los obstáculos.

Ya no era Jacobo el fugitivo que, implorando la caridad, tenía que sufrir todas las privaciones, atormentado unas veces por el hambre, otras por la sed y muchas por la necesidad de dormir.

Por donde quiera que iba se le daban buenos alimentos y hospitalidad, ofreciéndole además dinero sin tasa.

Ocho días después llegó á las cercanías de Madrid.

Lo que sintió es imposible hacerlo comprender.

El desdichado tuvo que detenerse, porque le faltó el aliento.

Sintió el corazón oprimido.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que corrieron por sus pálidas mejillas.

Empero el silencio más absoluto siguió á sus palabras.

Había empezado á ocultarse el sol.

Sus últimos rayos iluminaban el pardo torreón donde los vecinos del arrabal creían que moraba Satanás.

A pesar de los vivos deseos que Jacobo tenía por llegar á su morada, no se atrevía á seguir su marcha.

Una voz secreta le decía que iba á experimentar el más horrible de los dolores, y que ya era tarde para defender ni salvar á las dos inocentes criaturas que había dejado allí.

En aquellos momentos faltóle la resolución que hasta entonces le había dado fuerzas.

—¿Qué será de mí?—se preguntó—. ¿Qué será de mí si llego tarde?

Y sus miembros temblaron á impulso del más profundo terror.

Largo rato permaneció inmóvil, contemplando los sombríos muros de su morada.

Luego exhaló un suspiro, arrodillóse, levantó al cielo los ojos y oró con todo el fervor de un alma dolorida.

Ocultáronse los últimos rayos del sol, y no se vieron más que los dorados resplandores del vespertino crepúsculo.

—Ya es hora—murmuró el infeliz.

Y haciendo un esfuerzo sobrehumano, púsose en pie y adelantó hacia el arrabal.

Nunca se había encontrado en tan inminente peligro.

A pesar de su disfraz, al llamar á su casa sería reconocido por cualquier vecino que observase.

Como á nadie había de encontrar en su antigua morada, era natural que intentase hacer averiguaciones, y esto sería causa de su perdición.

No, no pasarían muchas horas sin que el desdichado estuviera en poder de sus perseguidores, no pasarían muchas horas sin que de su vida pudiera disponer el abate.

Un cuarto de hora después, y cuando ya no había más que esa luz dudosa, que es el último adiós del día y el primer saludo de la noche, Jacobo llegó junto á la tapia que ya hemos dicho se levantaba tras de su vivienda.

Allí se detuvo.

Oyóse el metálico sonido de las campanas que daban el toque del Angelus.

El esposo de Isabel descubrió su cabeza y rezó devotamente.

CAPITULO VI

DE CÓMO JACOBO ENTRÓ EN SU CASA Y LO QUE HIZO

No tardó en cerrar la noche.

Jacobo buscó afanosamente un rayo de luz que se escapase por las rendijas de las ventanas de su vivienda.

Empero nada vió.

Acercóse más y escuchó, sin percibir tampoco el más leve ruido.

Un sudor copioso y frío inundó su frente.

A otras horas, aquella obscuridad y aquel silencio no le hubiesen infundido

tanto cuidado; pero entonces no era posible que su esposa hubiese salido.

Sus dudas y sus temores le atormentaban como nunca.

¿Qué conducta aconsejaba la prudencia en aquella situación?

Afortunadamente, pensó Jacobo que no debía llamar á la puerta ni preguntar á ningún vecino.

No necesitó mucho tiempo para decidir.

Dió algunos pasos, miró á su alrededor y, seguro de que nadie le observaba, trepó la tapia y de un salto se puso en el corral.

Pero entonces le ocurrió que nada le sería posible hacer sin luz, y para obtenerla en aquel tiempo era preciso vencer muchas dificultades.

Jacobo reflexionó.

—Conozco el interior de la casa y podré entrar y salir á obscuras, luego me será fácil encontrar lo necesario para encender, porque sé el sitio donde está.

Fiado en esto, se acercó á una puerta y la empujó. El paso quedó libre.

Jacobo entró y, á tientas, anduvo por espacio de tres ó cuatro minutos.

—Aquí, la escalera—murmuró deteniéndose.

Como si aún abrigase alguna esperanza, volvió á escuchar.

Pero ni el más leve rumor llegó á sus oídos.

Dió un paso más.

—¿Qué es esto?—preguntó parándose otra vez.

Había puesto las manos sobre el esqueleto, que aun permanecía donde lo dejó Simón.

Ya no tuvo duda alguna el fugitivo de que algo extraordinario había tenido lugar allí, y este algo no podía ser más sino que los inquisidores hubiesen invadido la casa.

¿Pero se habían salvado Isabel y su hija?

¿Habían tenido tiempo de huir?

Jacobo se sintió desfallecer y tuvo que permanecer inmóvil largo rato.

Por fin subió la escalera y llegó adonde debía encontrar lo necesario para encender luz.

Excepto la osamenta, todo lo demás estaba en su sitio.

Bien pronto pudo examinar con la mirada la habitación.

Sin detenerse, buscó cuanto podía revelar la suerte de su familia.

Estaba en su lugar toda la ropa de Isabel.

Las ropas del lecho se encontraban perfectamente arregladas; pero no así las de la cuna, cuyo desorden era claro indicio de que la niña se había levantado sin que su madre pudiera después ocuparse de otra cosa que de huir precipitadamente, puesto que no había tenido tiempo ni aun para tomar las prendas más necesarias del equipaje de ninguna de las dos.

En esto, como saben nuestros lectores, no se equivocaba Jacobo; pero ¿significaba aquella una fuga ó la falta de todo respeto y consideración de los esbirros del Santo Tribunal?

Esto era imposible adivinarlo.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó desesperadamente Jacobo.

Y elevó al cielo una mirada, que lo mismo podía ser una impía reconvencción que una súplica desgarradora.

Imposible es pintar la borrasca espantosa que en aquellos momentos agitó el alma de Tordesillas.

—¿Y mi hija, y mi hija?—gritó con voz ronca.

Y rugiendo como un león, recorrió todas las habitaciones.

Del dolor y el abatimiento había pasado á la ira, á una ira reconcentrada, profunda, rabiosa.

No pasó menos de media hora en semejante estado.

Luego agotadas las fuerzas, se dejó caer de rodillas junto á la cuna, besando las sábanas con una ternura infinita.

Dios tuvo piedad del infeliz.

Por su lívido rostro volvió á correr el llanto.

Su dolor era mortal; pero más que su dolor era su anhelo de salvar á su esposa y á su hija.

Esto no era posible conseguirlo dejándose llevar de los transportes de la desesperación.

En semejante estado, la razón de la criatura está perturbada; pero Jacobo era padre, y al pensar en su hija le sobraron fuerzas y valor para dominarse y pudo reflexionar.

Al cabo de un cuarto de hora entreabrió los labios para sonreír con expresi-

ón de amargura, de una amargura profunda, horrible.

Había recobrado toda su energía.

—¡Oh!—exclamó—. Es preciso que el noble león se convierta en tigre astuto... Tigre seré ¡por Dios vivo!... No hay ofensa que yo no perdone; pero si hieren mi corazón de padre... ¡Oh!...

De sus negros ojos se escaparon dos llamaradas.

Luego con más calma, pero una calma verdaderamente terrible y espantosa, volvió á recorrer todas las habitaciones, fijando la atención hasta en lo que parecía más insignificante.

Meditó.

—He aquí—dijo volviendo á sonreír irónicamente—, como se me proporciona seguro asilo donde pasar la noche, porque no será aquí ciertamente donde vengán á buscarme, si es que temen ó sospechan mi regreso.

Efectivamente, Jacobo podía permanecer allí con todo descuido.

El Santo Oficio había cerrado y sellado la puerta de la casa, después de hacer un inventario de cuanto en ella había; pero como nada de valor habían encontrado allí podía tenerse por cierto que los inquisidores no volverían.

Jacobo apagó la luz, bajó al corral y salió, volviendo á saltar la tapia.

Embozado hasta los ojos y con el sombrero calado hasta las cejas, dió algunos pasos mirando á los muros del edificio y sin reparar que una mujer se le acercaba, diciendo con voz desagradable:

—Sí, buen hombre, esa es la casa, esa misma. No sois el primero que viene á verla por curiosidad. Que digan ahora que la Inquisición se mete en lo que no le importa.

Jacobo miró á la mujer, que era una vieja, y replicó:

—Me han dicho que aquí vivía gente sospechosa...

—¡Ya lo creo... Un condenado mágico y su mujer, que era otra tal, y su hija que no era ni más ni menos que un retoño de Lucifer.

—¡Un mágico!...

—Desgraciadamente á él no han podido cogerlo.

—¿Y á ella?—preguntó Tordesillas sin poder contenerse.

—Dicen que ya está en los calabozos del Santo Oficio, y así debe ser, porque una mañana vino uno de los señores del tribunal con el notario y algunos alguaciles, entraron en la casa y luego sellaron la puerta.

—¿Pero no se sabe de fijo?...

—No tardará en saberse, porque si á ella la han cogido, la quemarán viva con el retoño en el primer auto de fe, y os aseguro que si Dios me da vida iré á verla.

Jacobo hacía esfuerzos inauditos para dominarse.

—Me han asegurado algunos vecinos, que la noche antes vieron por allí muchos bultos negros, y mi compadre maese Blas jura que por una de las ventanas salió volando un demonio, también negro como la pez.

—Todo eso no significa nada.

—¡Qué no significa nada!... Bien se conoce que no os han enterado de todo. Los que aquí vivían eran hechiceros y muy hechiceros, y yo puedo asegurarlo, porque tengo pruebas.

—¡Pruebas!

—Mirad, una hija mía, que es la moza más guapa del barrio, estuvo muriéndose la primavera pasada. Los médicos dijeron que no había salvación, y cuando ya iban á sacramentar a la pobrecita, vino el señor Jacobo, trajo unas hierbas, las coció y no sé qué más puso allí ni qué palabras diabólicas dijo; pero es lo cierto que mi pobrecita Ramona empezó á revivir y á los ocho días se levantó.

—Si ese hombre es médico—se atrevió á decir Tordesillas.

—¡Médico!... Sí, lo mismo que yo.

—Pero...

—Ahora estamos en observación, no sea que al medicarla le metiera los diablos en el cuerpo á la pobrecita, aunque afortunadamente hay sacerdotes que conjuren los malos espíritus, y algún día tendré el gusto de ver como arde ese condenado y su mujer y su retoño.

A juzgar por las palabras de la vieja, Isabel debía estar en los calabozos de la Inquisición.

Así lo pensó Jacobo, y sin poder ya dominarse se alejó de aquella mujer, que quedó sorprendida de no haber sido escuchada con más atención.

¿Adónde iba?

No hubiera sabido decirlo.

Algunos amigos tenía de la más completa confianza; pero el más noble y mejor de todos ellos lo hubiese delatado porque la amistad, tenía por límite la conciencia.

Según el edicto de las delaciones, que se publicaba solemnemente en un domingo de cada Cuaresma, se imponía la pena de excomunión *lata* á todo el que tuviese noticia de donde se encontraba algún hereje, ó siquiera acusado de herejía, y no lo delatase inmediatamente al Santo Oficio.

No había, pues, amistad á prueba de excomunión, mucho menos en aquella época de fanatismo y de ignorancia.

Para cualquiera, por inclinado que fuese á hacer un bien, era antes que todo la salvación de su alma, y de aquí, según ya tenemos indicado, que hasta los hijos se convirtiesen en delatores de sus padres.

¿Cómo había de confiar Jacobo en ningún amigo?

Erale forzoso recurrir á las casualidades, por si éstas le proporcionaban las noticias que tanto interesaban á su corazón.

Después de haber andado algunos minutos, detúvose, y mirando el ignominioso escapulario que formaba parte de su disfraz, dijo:

—Ahora esto puede servirme más bien de estorbo que de protección.

Miró á todos lados sin ver á nadie.

Quitóse el sambenito y lo arrojó lejos de sí.

—¡Dios mío, ayudadme!—exclamó.

Y envolviéndose en su capa, entró por el Postigo de San Martín; tomando á la derecha para buscar las calles que desembocan en la plaza de Santo Domingo.

Su intención era dirigirse á la de la Inquisición, por si en aquellos sitios encontraba, como junto á su vivienda, algún curioso charlatán que le hablase de lo que le interesaba tanto.

A semejante hora y en aquel lugar, debían ser pocos los transeuntes; y sin embargo, Jacobo se sorprendió al ver que en la calle donde estaba el Santo Tribunal, había mucha gente agrupada, advirtiéndose gran confusión y movimiento y oyéndose el ruido de muchas voces.

—¿Qué sucede?—se preguntó el fugitivo.



En otro sitio cualquiera no se hubiera cuidado de averiguar lo que pasaba; pero allí todo tenía para él un interés vivísimo, y adelantando se confundió entre los grupos que obstruían la calle.

Para que se comprenda lo que hemos de referir, es preciso que retrocedamos y demos á conocer los sucesos que habían

supuesto tesero, creyendo que era legítimo hacerlo así cuando se trataba de salvar á dos infelices víctimas del mismo Claudio?

Tal vez, extraviado en fuerza de los sufrimientos, extraviado su juicio como le había sucedido más de una vez, el infeliz jorobado intentaba faltar á sus debe-



Padre mío tened compasión de mí. (Pág. 10.)

tenido lugar desde el día que abandonamos la corte.

CAPITULO VII

DAVID OBSERVA

Dejamos á David desesperado y buscando inútiles medios de averiguar el paradero de la hija de Isabel y salvar á ésta.

Después de mucho reflexionar, acabó el pobre jorobado por convencerse de que al asesino le sobraba razón en cuanto á que era imposible adelantar nada sin tener mucho dinero.

La curiosidad de David con respecto á los tesoros del abate llegó, pues, á ser un asunto quizá el más importante en aquella situación.

¿Había decidido poner la mano en el

res, en la falsa creencia de que favorecía la justicia y castigaba al criminal.

De cualquier modo que fuese, David, después de una noche de febril delirio, tomó una resolución, y no era fácil, ni quizá posible que retrocediera ante ninguna consideración ni obstáculo.

Desde aquel momento espío cuanto pudo al abate, y cuando éste después de cenar se entraba en su dormitorio, aquel, en lugar de acostarse, pasaba hora tras hora en observación, colocado en el pasillo y mirando por las rendijas de la puerta.

Unas noches leía Florentín hasta las once ó después, y luego apagaba la luz y se acostaba, y otras se ocupaba en escribir.

Cuatro días transcurrieron sin que otra cosa hiciese.

David empezaba á perder la esperanza

de averiguar nada que tuviese relación con el dinero de que le había hablado el asesino.

—No perderé la paciencia—se dijo el huérfano—: de todos modos continuaré ocupándome de los preparativos para la fuga de Isabel.

Y á la quinta noche, según costumbre, después de haber cenado y rezado, preguntó á Florentín:

—¿Tienes algo que mandarme?

—Nada, hijo mío, puedes acostarte y descansar.

—Dios nos dé buena noche.

—Así sea—respondió Claudio.

Y tomó un libro disponiéndose á leer.

David fué á su dormitorio, se desnudó y apagó la luz; pero en vez de acostarse, volvió á salir y con el silencio que se arrastra una culebra, deslizóse por el pasillo hasta el sitio donde acostumbraba colocarse todas las noches.

La puerta no estaba completamente cerrada, y por consiguiente, por el claro, aunque estrecho, que quedaba entre la hoja y el marco, pudo el huérfano mirar mejor que otras veces.

El abate permanecía junto á la mesa y parecía seguir leyendo.

David miró afanosamente y esperó.

Cinco minutos transcurrieron.

Florentín cerró el libro, apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos y quedó inmóvil.

Después de otros cinco minutos se puso en pie.

Las arrugas de su frente eran más profundas.

Su mirada era más sombría.

Todo su rostro estaba contraído, y sus pupilas brillaban como dos carbunclos.

Acercóse al arca de que hemos hecho mención, arrodillóse, la abrió y empezó á sacar y á dejar en el suelo toda la ropa por cierto mala y escasa, que guardaba allí.

Esto lo miró David con más sorpresa que interés, porque no era posible que sospechase que tenía ninguna importancia semejante operación.

Sin embargo, siguió observando muy atentamente.

Cuando el abate hubo sacado toda la ropa, se inclinó aun' más sobre el mueble y metió en él los brazos.

Oyóse entonces un ruido como el que produce la madera al crujir.

—¿Qué hace?—se preguntó el jorobado.

Y desde entonces miró y escuchó con más interés.

Bien pronto percibió otro ruido que en nada se asemejaba al primero, porque era un sonido metálico.

—Dinero—pensó David—; es oro... ¡Ah!... Simón no se equivocaba.

El ruido cesó en breve.

Claudio se puso en pie sin cerrar el arca ni guardar la ropa.

En sus manos tenía, no el oro que había sonado, sino algunos papeles.

Volvió junto á la mesa, sentóse y se puso á leer.

En el espacio de media hora no movió más que las manos para desdoblar y doblar los papeles, que parecían absorber toda su atención.

Fué otra vez á colocarse junto al arca, guardó aquellos papeles, que debían ser de una importancia incalculable, crujió la madera en el fondo del mueble, puso la ropa donde antes estaba y cerró, dejándole la llave sobre la mesa como siempre hacía.

De este modo, es decir, dejando aquella llave á disposición de David, quitaba toda importancia al arcón, alejaba toda sospecha de que allí pudiera guardarse objeto alguno de valor que excitara la codicia ni picara siquiera la curiosidad.

Ya no había duda; en un doble fondo de aquel mueble se encontraba el tesoro.

Pero éste, ¿en qué consistía?

¿Eran los papeles ó el dinero lo que tenía más importancia?

Para el huérfano no era difícil averiguarlo, porque le sobrarían ocasiones en que examinar los papeles y ver si el oro era mucho.

Florentín con los brazos cruzados y la cabeza inclinada, empezó á pasear mientras decía:

—¿Dónde está, dónde está—...—¡Oh! ¡Y no puedo encontrarlo; de nada me sirven los grandes medios de que dispongo!

La violencia de sus movimientos revelaba la agitación de su espíritu, y no podía dudarse que alguna contrariedad terrible le hacía sufrir mucho.

Algunos minutos después se paró y

apretó los puños como quien está desesperado.

—¿Dónde está, dónde está?—volvió á decir—. ¡Y esto es lo único que me faltaba para ver cómo en pocos meses, tal vez en pocos días, mis sueños se convertían en realidad!

¿Qué buscaba el abate?

¿Qué era lo que necesitaba para realizar sus sueños, ó lo que es igual, para ver completamente satisfecha su ambición?

Y decimos su ambición, porque de ambición eran sus sueños, sus ilusiones y sus esperanzas.

No era posible que lo adivinase ni el mismo David que tantos secretos de su señor conocía.

Claudio repitió muchas veces las frases que antes había pronunciado; pero no dijo una sola palabra que aclarase sus misteriosos pensamientos.

Al fin se le vió recobrar la calma, porque ya sabemos cuán fácil le era dominarse; pero no se le vió sonreír, lo cual probaba que había meditado en vano, que no había logrado acertar con un medio seguro de realizar sus deseos.

Indudablemente el jorobado había visto todo cuanto de importancia había de observar aquella noche, y alejándose silenciosamente, volvió á su dormitorio y se dejó caer en su cama.

Florentín se desnudó, apagó la luz y se acostó también.

La noche acabó de pasar en completa calma y silencio.

A la mañana siguiente almorzaron y fueron al tribunal.

—Si has de aburrirte aguardando mucho, puedes ir á pasearte—dijo Claudio á su protegido—, porque hoy he de trabajar bastante, y tal vez á las doce no me sea posible salir.

—Haré lo que dispongáis—respondió el jorobado con fingida indiferencia.

—Lo que sea de tu gusto: licencia tienes hasta el medio día.

—Entonces daré un paseo, volveré, y si aún seguís ocupado, iré á casa á preparar la comida.

—Adiós, hijo mío.

Entró el abate en el sombrío edificio.

David siguió calle arriba.

Luego tomó paso entre paso por la de Convalecientes, y decidiéndose al fin á aprovechar aquella buena ocasión, dijo:

—Ahora no debo temer que me sorprenda.

Volvió á la izquierda, entróse por la calle de la Garduña, y pocos minutos después se entró en su vivienda.

CAPITULO VIII

EN QUÉ CONSISTÍA EL TESORO DEL ABATE

En efecto, David no debía temer que lo sorprendiera el abate, porque éste no había de volver hasta después de las doce.

—Sin embargo, el huérfano tembló al encontrarse junto al arca.

Su rostro, antes pálido, se tornó lívido.

Abriéronse sus ojos y se iluminaron con extraño fuego.

Palpitó con violencia su corazón, y sintió como si su sangre se hubiera convertido en una corriente de fuego.

Por primera vez en su vida sintióse poseído de terror.

—¿Qué es lo que me sucede?—se preguntó con voz alterada.

No era otra cosa que su conciencia, que se levantaba para acusarlo.

Riesgos mayores había corrido sin temblar, porque nunca tiene miedo quien en fuerza de sufrir acaba por considerar la existencia como una carga pesada.

Largo rato pasó el desdichado huérfano sin acertar á moverse.

Al fin hizo un esfuerzo verdaderamente sobrehumano, y dijo:

—¿Por qué me detengo? ¿Acaso se detienen ante nada los miserables que me han destrozado el corazón?

Y como impulsado por una sacudida nerviosa, extendió los brazos y sus manos trémulas se apoderaron de la llave.

Ya no debía detenerse.

Sentíase abrasado por ese ardor febril que trastorna el cerebro y no da lugar á meditación.

Como el avaro no quiere convencerse de que no le han robado su tesoro, abrió el arca.

Miró hacia la puerta y escuchó.

No percibió ruido alguno.

—Adelante, adelante—murmuró con ronca voz.

Sacó la ropa y examinó el fondo del mueble.

No se veía ningún asidero ni resorte.

¿Cómo podía levantarse la tabla que constituía el falso fondo?

En fuerza de mirar con un afán indescriptible, encontró una pequeña hendidura, donde introdujo una de sus uñas, tirando violentamente.

La tabla se levantó, girando sobre ejes ó goznes invisibles.

David no pudo contener un grito: acababa de ver una porción de monedas de oro.

Estas, sin embargo, no eran tantas que debieran considerarse una riqueza, pues á lo sumo representarían cien ducados.

—No—dijo el huérfano—, esto no es un tesoro; puede ser el principio de una fortuna, pero nada más.

Era evidente que el abate, más que al dinero que allí había, daba importancia á los papeles que se encontraban junto á las monedas.

El jorobado, no se cuidó, pues, de éstas y se apoderó de aquellos.

Antes de examinarlos corrió á la puerta y volvió á escuchar.

Su pálida frente estaba empapada en frío sudor.

Le sobraba tiempo, y sin embargo, él creía que no podía disponer más que de algunos instantes.

Sus manos, cada vez más trémulas, desdoblaron los papeles.

Lo primero que vió fué una carta, cuya fecha demostraba haber sido escrita la víspera de la célebre batalla de Villalar.

Su contenido era el siguiente:

«Mi buen Martín: En estos momentos pende de un hilo el honor y la felicidad de nuestra pátria: Dios tenga misericordia de nosotros, que aunque pecadores, le rogamos con fe, como espero que tú lo hagas por mí y por todos los que como yo defenden la santa causa de nuestros fueros, de nuestras libertades.

»El señor Gil Pérez de Tordesillas estaba para escribirte sobre el negocio de su caudal; pero ha tenido que partir apresuradamente para Villalar, de donde no volverá hasta mañana, y me ha rogado que para que puedas cumplir lo que te encargó de palabra y lo que se trata en los demás papeles que van unidos á esta cuenta, te diga que la persona con quien debes entenderte y cuyo nombre ignoras todavía, es fray Benito de San Lorenzo, de la comunidad de San Francisco de Madrid.

»Nada más te digo, porque todo lo sabes: de fray Benito y de tu lealtad depende la suerte de una familia.

»Ruega al cielo por nosotros que mucha falta nos hace la protección divina.»

Después de esto no había más que la firma con el nombre de Alfonso de Lara.

Algo empezó á traslucir el huérfano, y con el afán que era consiguiente, empezó á leer los otros manuscritos.

Dos de estos había ya recorrido su mirada, y tal vez no necesitaba más para comprenderlo todo; pero no queriendo que nada se le quedase oculto, decidió continuar la lectura.

Un ruido, cuya causa no era posible adivinar, llegó en aquel instante á los oídos de David.

El desdichado dejó escapar un grito de terror, y de un brinco se puso junto al arca.

Oyóse otra vez el mismo ruido.

El huérfano estaba tan turbado que creyó que abrían la puerta de la casa, y sin perder un instante dejó en su escondite los papeles, cerró el secreto fondo del arca, puso en esta la ropa con toda la precipitación que el caso requería, y cerrando, dejó la llave sobre la mesa.

Todos sus miembros temblaban convulsivamente.

Su rostro estaba contraído y desfigurado.

Escuchó; pero nada oyó.

Mientras se esforzaba, si no para tranquilizarse, para aparecer tranquilo, salió del aposento y fué hasta la puerta que daba á la calle.

Luego recorrió toda la casa.

Ni vió á nadie, ni encontró nada que debiera infundirle temor.

El ruido que le había puesto en tan grave cuidado debió ser uno de tantos como durante el día suenan en todas las casas.

El huérfano debió sacar los papeles otra vez y continuar la lectura; pero dudó si tenía tiempo bastante para hacerlo así.

¿Qué hora era?

No lo sabía.

A él le pareció que había transcurrido un siglo desde que entró en la casa; y sin embargo, aún no hacía hora y media que se encontraba allí.

No había tocado el dinero, y en cuanto

a! secreto que había sorprendido, podía ser suyo lo mismo que de otro cualquiera; pero la verdad es que su intención había sido cometer un abuso de confianza, un verdadero crimen.

El criminal es siempre cobarde, vacila, tiene miedo y donde quiera ve fantasmas que lo detienen.

Como si no estuviera seguro de haber

ciones que el encargo llevaba consigo. ¿Quién es esta persona? He ahí lo que busca el abate, porque encontrar al depositario es encontrar el tesoro, y con cincuenta mil escudos no hay ambición que no pueda satisfacerse.

Así era la verdad; en la posición del abate y con mucho dinero todo podía conseguirse, porque es menester que se



—Esto significa que habéis sido acusado de herejía. (Pág. 16.)

registrado bien, volvió á recorrer la casa.

—Qué haré?—se preguntó—. Me conviene acabar de leer y aun tomar algunos apuntes, si bien es verdad que ya todo lo comprendo. Se trata de una fortuna inmensa, de cincuenta mil escudos en oro que pertenecen á una familia, tal vez sumida en la miseria: este dinero fué depositado en manos de un fraile de San Francisco; y por lo que he podido ver, el fraile estaba encargado de entregar el depósito á los herederos de Gil Pérez, cuya familia habrá desaparecido á consecuencia de las persecuciones que siguieron á la batalla de Villalar.

David reflexionó.

—El fraile—añadió luego—, debió morir hace bastantes años, y al dejar de existir entregaría el depósito á persona de su confianza, instruyéndole sobre las obliga-

sepa que en aquellos tiempos el oro era rey mucho más poderoso y absoluto que en nuestros días.

Hoy, dando pruebas de una ignorancia lastimosa, se nos acusa de no conocer otro móvil que el dinero, y se nos presenta como ejemplo que debemos seguir la pureza de nuestros antepasados.

Si hubiéramos de creer á los llorones panegiristas de aquella época, borrón de la historia y de la humanidad, nos avergonzaríamos de las condiciones morales de nuestra generación.

Pero afortunadamente es todo lo contrario.

Entonces, los que se encontraban en cierta posición, siquiera cerca de los que gobernaban, consideraban como suyo lo que era de todos, y en pocos años se le-

vantaban fortunas verdaderamente fabulosas.

En nuestros tiempos se cometen abusos; pero no con la frecuencia ni el descaro que en aquella época.

Todo entonces se vendía, absolutamente todo, y nunca como entonces se especulaba con la conciencia.

Esto nos sería muy fácil probarlo, y lo probaríamos si la indole de esta obra no nos señalase límites que no podemos traspasar.

Con su indulgencia, su astucia y su conocimiento del corazón humano, sin conciencia ni escrúpulos de ningún género y con cincuenta mil escudos, el abate Florentín podía ser casi dueño del mundo.

David perdió lastimosamente el tiempo, haciendo reflexiones que en su situación eran completamente inútiles.

Y á medida que pasaban las horas, se aumentaban sus temores de ser sorprendido.

No se atrevió, por consiguiente, á sacar otra vez los papeles: pero si decidió aprovechar las ocasiones que se le presentasen.

Más tranquilo, porque acabó por estar seguro de que el abate nada sospecharía, salió el huérfano de la casa y fué al tribunal.

Allí conoció su error.

Aún no eran las once.

—Aprovecharé el tiempo—dijo para sí.

Ya sabemos que nadie se cuidaba allí del pobre jorobado, y que éste á su antojo entraba y salía, hablaba ó callaba sin llamar la atención.

Al decir que pensaba aprovechar el tiempo, debe suponerse que algún otro proyecto traía entre manos desde el día en que lo vimos conferenciar con Simón.

Por más que David hubiese perdido la esperanza de salvar á Isabel, ó que su esperanza fuera muy débil, no podía resignarse y dejar correr los días sin hacer nada, porque esto no estaba en armonía con su carácter.

¿Qué era lo que intentaba ó proyectaba?

No lo sabemos; pero lo veremos bien pronto.

Después de cruzar algunas palabras con los que encontró á su paso, empezó David á vagar de uno en otro aposento, deteniéndose algunas veces como para meditar.

Así recorrió una buena parte del inte-

rior del edificio, y cuando se encontraba en una habitación donde ningún mueble se veía, murmuró:

—Creo que por aquí es más fácil.

Entonces se asomó á una ventana que daba á un patio donde nadie había, y pareció meditar con la mirada la altura á que estaba colocada ésta.

Más de un cuarto de hora permaneció en aquel sitio.

Al verlo, no se hubiera creído sino que distraídamente se había puesto allí como pudiera haberse detenido en otra parte.

Sin embargo, sus negros ojos solían brillar con extraño fuego, y su frente se contraía con frecuencia.

Para un observador astuto, David revolvió en su mente pensamientos de mucha importancia.

No era en aquellos momentos el hombre que espera, se aburre y mira á su alrededor distraídamente y sin darse cuenta de lo que ve: era el hombre que medita y que con profunda atención examina cuanto le rodea.

Separóse de la ventana, fué en busca de los porteros y preguntó si el abate seguía trabajando.

Respondieronle afirmativamente, y entonces, aparentando la mayor indiferencia, salió del edificio para ir á preparar la comida.

Aquel día, lo mismo que había hecho los anteriores, fué David á ver á Simón, separándose de éste á los diez minutos.

No podemos decir otra cosa sino que el asesino parecía muy preocupado al despedir al huérfano.

Llegó la noche, cenaron protector y protegido y fueron á la Inquisición, porque Claudio tenía que trabajar.

Antes de salir de su casa el jorobado había entrado en su dormitorio.

A las diez, hora que en aquellos tiempos era muy avanzada, y después de haber hablado alegremente con unos y otros, David, lo mismo que por la mañana, empezó á vagar de aposento en aposento, llegando al fin á los que estaban desiertos y á obscuras, y colocándose bien pronto junto á la ventana de que hemos hecho mención.

Una vez allí, dejó caer la capa y el sombrero, y á favor de la escasa claridad de la luna, cuyos resplandores parecían resistirse á penetrar en aquel recinto de horro-

res, pudo verse cómo el huérfano desenvolvía una cuerda con muchos nudos, sujetaba uno de los extremos de ésta al marco de la ventana y dejaba pendiente el resto hacia la parte exterior.

—Si no me equivoco—dijo para sí—, habré dado un paso más, y con la ayuda de Simón, sólo me faltaría dar el último, que si bien es el más peligroso, hará cesar toda incertidumbre y resolverá de una vez la situación.

Escuche, mientras sus ojos, lucientes como dos luciérnagas, se revolvieron en sus órbitas dirigiéndose á todos lados.

—Adelante—murmuró.

Y poniéndose sobre el marco de la ventana, se asió de la cuerda y se deslizó rápidamente hasta encontrarse en el patio.

Arrimado á una de las paredes de éste, anduvo con el silencio de una sombra hasta llegar á una puertecilla que se encontraba abierta y por la que penetró en un pasillo muy estrecho.

A tientas siguió avanzando.

A los pocos minutos percibió claridad y encontró otro patio no menos solitario y silencioso que el primero.

Tampoco allí el resplandor de la luna iluminaba más que una parte de los muros, donde no se veía ninguna ventana.

El suelo estaba muy húmedo, tanto que en algunos sitios se hundían los pies en la tierra hecha blando barro.

Donde esto se advertía más se detuvo David.

Inclinóse y se movió de un lado para otro como si reconociera el terreno.

—Aquí—dijo después de algunos segundos.

Puso en el suelo las manos, que bien pronto sintió mojadas.

—No me equivoqué—añadió.

Y luego, mientras sus negras pupilas relumbraron como nunca, exclamó:

—¡ Ah!... Se acerca el día.

Sin duda había encontrado lo que buscaba, porque ya no se detuvo, y retrocediendo, llegó donde estaba la cuerda.

Subió con una agilidad que hubiera envejecido al mejor gimnasta.

—Dios me proteja—dijo.

Quitó la cuerda, la dobló y la guardó bajo su jubón con el mismo cuidado que se guarda un tesoro.

En seguida fué á esperar al abate.

Aún tardó éste cerca de media hora en salir.

El huérfano había tenido tiempo de sosegar y nada podía sospecharse por su aspecto.

CAPITULO IX

EL JOROBADO ACABA DE PREPARARSE

Tres días pasaron, durante los cuales David se ocupó en hacer sus observaciones y preparativos.

Después de comer, y mientras el abate iba á visitar á uno de los consejeros de la suprema, el huérfano se encaminó á la vivienda del asesino, encontrando á éste con semblante de mal humor.

—¿ Qué te sucede?—preguntó el huérfano como si ignorase lo que al otro le inquietaba.

—¡ Rayos y truenos!—exclamó el gigante—. ¡ Eso me preguntas, cuando tienes la culpa de que yo esté desesperado!...

—Cálmate, que el enredo toca á su fin.

—¡ Dios de Dios!...

—Ésta misma noche...

—¡ Por Satanás!

—¿ Tienes ya lo que necesito?

—Sí, míralo, y permita el diablo que la madre y la hija desaparezcan del mundo, para que yo quede tranquilo.

—La madre ha de darnos ya poco que hacer—repuso David, mientras tomaba y examinaba una piqueta que había en un rincón.

—Pero nos queda la chiquilla.

—Que es preciso encontrar, ya lo sabes.

—¡ Por el infierno!... Eres demasiado testarudo y te empeñas en que se hagan imposibles.

—¿ No es mucho más difícil lo que yo estoy haciendo?

Sin duda el asesino encontró la razón muy convincente, porque inclinó la cabeza y guardó silencio.

—Escúchame—dijo el jorobado, que á toda costa quería poner de buen humor á su amigo.

—¿ Qué tienes que decirme?

—Empiezo á creer que no te equivocas.

—¿ En qué?

—En lo del tesoro del abate.

—¡ Vive Dios!...

—He observado ciertas cosas que van.

convenciéndome de que el buen Florentín guarda algunos miles de ducados...

El rostro de Simón cambió de expresión repentinamente, y acercándose al huérfano, le dijo con toda la dulzura de que era susceptible su voz:

—Vamos á ver, monigote, explicate.

—No puedo decirte más, y creo que es bastante.

—Con que opinas...

—Que tiene dinero.

—¿Y dónde lo guarda?

—Eso es lo que ignoro.

—Te advierto que no he pensado en este negocio para aprovecharme yo solo de él.

—¿Qué quieres decir?

—Que partiremos como buenos amigos.

—Nada quiero: ya sabes que miro el dinero con indiferencia.

—Y eso es verdad...

—¿Lo dudas?

—Tú lo aseguras...

—Te daré una prueba.

—Está visto—replicó Simón, encogiéndose de hombros—: los más tontos son los que tienen más entendimiento.

—Dejemos este asunto.

—¿Que lo dejemos!... ¡Mil legiones!... Precisamente el dinero del abate me interesa mucho más que la rubia, aunque es una de las mujeres más bonitas que he visto.

—Pues por ahora me es imposible darte más noticias ni hacer más que repetirte lo que te he dicho, que voy creyendo que Florentín es un avaro y que guarda algunos miles de escudos.

—¿Y en qué te fundas para creerlo así?

—En mucho y en nada.

—No te entendiò.

—Ni es menester.

—¿Y no sospechas dónde tiene el dinero?

—He registrado hasta el último rincón de la casa sin encontrar un solo maravedí.

—Algún escondite...

—Ninguno puede haber oculto para mí. Simón quedó pensativo.

David volvió á examinar la piqueta y la dejó.

Como se comprenderá, no había pensado el huérfano favorecer los deseos criminales de su amigo, sino alentarlos con aquellas palabras que ningún valor tenía y de las cuales nada podía deducirse.

Empero el ladrón encontró motivo para

tomar una resolución y desde luego empezó á meditarla.

—¿En qué piensas?—le preguntó el jorobado después de algunos minutos.

—En lo que va á suceder.

—¿Te refieres?...

—A lo que has de hacer esta noche.

—Ahora—repuso David—no me llevaré la piqueta.

—¿Piensas volver esta tarde?

—No.

—Entonces...

—A las siete te situarás en la entrada

—Lo que yo hago será por mi cuenta y allí...

—Entiendo.

—Si tardo...

—Esperaré.

—Una, dos, tres horas.

—Ya sabes que tengo paciencia cuando es menester.

—Adiós, pues.

—Adiós, pues.

—Esperad un momento.

—¿Qué quieres?

—Supón que algún día se me antoja hacer algo con el abate.

—¿Simón!—exclamó el huérfano, fijando en el asesino una mirada escudriñadora.

—Lo que yo hago será por mi cuenta y para mi conveniencia, ¿lo entiendes?

—Pero...

—¿Por Satanás!... ¿No soy dueño de mis acciones? Si el abate fuera un hombre á quien tú quisieras mucho, no extrañaría que lo defendieses; pero tu mayor fortuna sería que se me pusiese en la cabeza retocer el pescuezo á ese bribón. Mientras tú no me ayudas, mientras no lo consientas ni lo apruebes, puede estar tranquila tu conciencia, ya que tienes una conciencia tan escrupulosa.

—¿Qué intentas? Quiero saberlo—dijo David con imperioso tono.

—¿Sabes que me dan ganas de no hacerte caso?... ¡Truenos y centellas!... Que el diablo me lleve si nadie creería que un hombrecillo como tú me manda y me amenaza sin que yo le haga echar los hígados por la boca: no, esto no es creíble, ¡rayos de Satanás!

—Pero ello es que así sucede y que tú me has obedecido y me obedecerás.

—Porque me tienes cogido por las orejas.

—Déjate de observaciones importunas y respóndeme con claridad.

—Pues bien; para que no te coja de susto te diré que el día que menos lo imagines iré á buscar los escudos del abate.

—No los encontrarás.

—Tendré paciencia, porque en último caso no será el primer golpe en falso, y lo mismo que me he resignado otras veces me resignaré entonces.

Hablar sobre este asunto era perder el tiempo.

Así lo comprendió David, y como además había cosas que le interesaban doblemente que los escudos de Claudio, despidióse del asesino, salió de la casa, y bien pronto se perdió entre las estrechas y tortuosas calles de la Morería.

Llegó la noche.

Quando dieron las siete en el reloj que



En el espacio de media hora no movió mas que las manos para doblar los papeles. (Pág. 22.)

—Si llegan á descubrirte...

—Ya sé lo que me sucederá: iré á los calabozos de la Inquisición, que es á lo único á que tengo miedo.

—Sí, porque un atentado contra cualquier individuo dependiente del Santo Tribunal, aunque sea contra el último alguacil, contra un barrendero, se considera una herejía.

—No lo ignoro.

—Mira bien lo que haces.

—Me consuela que en semejante caso tú me protegerías.

—Te equivocas: si desprecias mis consejos y vas á la Inquisición...

—Harás los imposibles para sacarme: te conozco bien.

—Simón...

—Ya no puedes decir que te oculto nada.

con admiración y orgullo de los habitantes de la coronada villa había entonces colocado en una de las torres que coronaban la puerta de Guadalajara, un hombre se detuvo junto á una de las esquinas de la calle de Convalecientes.

Era Simón.

Aun no brillaba la luna, ni quizá en toda la noche brillaría, porque algunas nubes empezaban á encapotar el horizonte.

El asesino permaneció inmóvil como una estatua.

Muy cerca de media hora pasó.

Un buho negro se vió salir de la calle de la Inquisición y aproximarse al que aguardaba.

Nadie pasaba por allí en aquellos momentos.

—¿Eres tú?—preguntó Simón al ver al otro.

—Sí—respondió el jorobado.
 —Ya ves con cuánta exactitud acudo á las citas.
 —¿Traes la piqueta?
 —La traigo.
 —Dámela.
 —¿Estás seguro de poder dar el golpe hoy mismo?
 —No hay ningún inconveniente.
 —¿Y no te echará de menos el abate?
 —Tiene que trabajar, y no podrá salir hasta media noche.
 —Pero si no puede salir, ¿cómo sales tú?
 —Porque trabaja en el Tribunal, donde acabo de dejarlo.
 —¡ Ah!...
 —¿Por qué me haces tantas preguntas?
 —Ya sabes que te quiero y me intereso por ti.
 —Gracias.
 —Si crees que puedo serte útil...
 —No te necesito.
 —De todos modos, no me alejaré de aquí: lo que va á suceder producirá un gran alboroto, habrá mucha confusión, y...
 —Entiendo: piensas aprovecharte de la ocasión...

—Veremos.
 —Dame la piqueta.
 Bajo la capa de Simón sonó un ruido como el que producen al chocar dos trozos de hierro.

David, que estaba muy preocupado, no se apercibió de esta circunstancia.

Tomó la piqueta, la ocultó, despidióse del asesino y se alejó, encaminándose al Santo Tribunal.

No podían verse las facciones de David, pero sí sus ojos, que brillaban cada vez con más intensidad.

Su respiración era desigual y violenta.

¿Tenía miedo?

Sí; pero no por él, sino por la desdichada madre, cuya suerte iba á decidirse.

¿En qué consistía el plan del jorobado?

Vamos á verlo en seguida; pero entretanto no tememos equivocarnos al decir que el intento era demasiado peligroso y que para devolver la libertad á Isabel se la exponía á perder la existencia.

Sí, el plan del huérfano era uno de esos planes que produce el cerebro candente, la imaginación febril del que ha llegado al último grado de la desesperación; era un acto de extravío, una locura.

En su situación no podía suceder otra

cosa, y era muy probable que él también se perdiese, sin salvar á la inocente víctima de Florentín.

El huérfano atravesó rápidamente el anchuroso portal del edificio, subió la escalera principal y se detuvo en una habitación donde había tres ó cuatro alguaciles esperando órdenes.

David los saludó sin detenerse, haciendo lo mismo con cuantos encontraba.

Nadie extrañó esto, porque no era la primera vez que sucedía.

¿Quién se cuida del perro ajeno cuando se muestra pacífico?

El jorobado, ya lo hemos dicho, era considerado como un perro del abate Florentín.

Tenía necesidad de aprovechar el tiempo, porque tal vez pasarían muchos días sin que se le presentase una ocasión tan oportuna.

Cinco minutos después se encontraba junto á la ventana por donde la noche anterior lo vimos bajar al patio.

Allí se detuvo, quedando inmóvil como una estatua.

Si hubiera sido tan profunda la obscuridad en aquel sitio, hubiera podido verse el rostro del jorobado lívido y descompuesto; pero sólo se veía el brillo de sus ojos, que era más intenso cada vez.

CAPITULO X

DAVID PONE EN EJECUCIÓN SU PLAN

A pesar de la prisa que mostraba David por terminar su empresa, dejó pasar algunos minutos sin moverse.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó al fin con voz ahogada.

No pudo articular una sílaba más.

Escuchó, y creyéndose seguro de una sorpresa, arrojó al suelo la capa y el sombrero, sujetó á un cinturón la piqueta, y sacando un cordel, lo ató á la ventana.

Hecho esto, se arrodilló, levantó la cabeza y volvió á invocar el santo nombre del Omnipotente.

En su acento se revelaba su profunda conmoción.

Entonces no brillaban sus ojos, que debían estar llenos de lágrimas.

—Madre mía, madre de mi alma—murmuró el infeliz con ternura infinita—. Mírame transido de dolor, solo en el mun-



do... ¡ Ah!... Ruega á Dios por mí, ruega como lo hace una madre, siquiera porque una madre desdichada voy á proteger. Calló.

De su palpitante pecho se escaparon algunos suspiros penosos.

¡ Cuánto debía sufrir!

Destrozábale el alma la sola idea de que Isabel pereciese en lugar de salvarse.

Aun pasó largo rato sin que pudiera dominarse y recobrar la energía de que tanto necesitaba.

Empero al fin aquel espíritu privilegiado llegó á ser lo que siempre había sido.

Sus negros ojos relumbraron nuevamente como dos luces fosfóricas.

—¡ Oh! — exclamó—. Veremos, señor abate, veremos quién de los dos vale más.

Ya no vaciló, ya no se detuvo.

Saltó sobre la ventana, se agarró á la cuerda y en pocos instantes se encontró en el patio.

No llegaba allí otro ruido que el lúgubre y pavoroso de los gemidos y lamentos de algunos desdichados que desde el interior de sus calabozos llamaban en su auxilio al Omnipotente.

David, á pesar de que estaba acostumbrado á oír aquellos gritos desgarradores, se estremeció.

Una misma causa produce entre nosotros distintos efectos, según la situación en que nos encontramos.

En aquel momento no hubiera vacilado el joven en hacer por cualquiera de los presos lo que hacía por Isabel.

—Esperad—murmuró,— alguno de vosotros podrá tal vez aprovecharse de lo que hago por ella, y quizá ella sucumba mientras vosotros os salvais.

Entró en el pasillo y salió al otro patio.

Allí era más densa la obscuridad, y David se vió obligado á buscar con las manos lo que era imposible encontrar con los ojos.

Empuñó la piqueta.

¿ Qué le hubiera sucedido si en aquellos momentos hubiera sentido caer sobre su cabeza la mano del abate?

Estando entre inquisidores era posible y hasta probable que sucediera así.

—En nombre de Dios—dijo.

Y dejó caer la piqueta, sin producir más que un leve y sordo ruido, porque, según advertimos, la tierra estaba allí convertida en barro.

Descargado el primer golpe, no se hicieron esperar los demás.

Antes de tres minutos la piqueta sonó como si hubiese chocado con un cuerpo más duro que la tierra. David dejó escapar un grito de alegría.

Arrodillóse y siguió trabajando con ardor.

—¡ Ya está! — exclamó pocos momentos después.

Levantóse y retrocedió algunos pasos.

En el suelo se dibujó un círculo argentado y brillante que se extendía con rapidez.

Bien pronto, y á pesar de las tinieblas, pudo verse que del pavimento se escapaba una cantidad de agua muy considerable.

Lo que acababa de hacer David no era otra cosa que romper una cañería formada por tubos de barro.

Con ojos centelleantes contempló David el cristalino líquido, calculando el tiempo que debería pasar para que el patio se convirtiese en una laguna.

—Media hora — murmuró —, después otra por lo menos, y luego otra media... Bien, bien... Mi obra toca á su fin... ¡ Dios mío, Dios mío!

Dejó la piqueta y salió, llegando en breve al otro patio, agarrándose á la cuerda y subiendo á la ventana.

Tomó la capa y el sombrero y abandonó aquel sitio precipitadamente.

Cuando llegó á un aposento donde la luz de un farol esparcía sus rojizos rayos, se dejó caer en una banqueta.

No era menester más que mirarlo para comprender lo que pasaba en su alma.

Afortunadamente, nadie acertó á pasar por allí.

El pobre jorobado respiraba con dificultad.

Sus ojos giraban con algún desconcierto.

Por su rostro lívido y desfigurado, corría en abundancia el sudor.

Sus miembros se agitaban convulsivamente.

—¿ Me faltará el valor? — dijo—. No, no es debilidad, es miedo... ¿ Qué será de Isabel? Empieza á llenarme de espanto mi propia obra.

Como si se hubiesen agotado sus fuerzas, permaneció recostado sobre la pared.

Media hora pasó.

El agua, que seguía saliendo abundantemente, había inundado el patio.

La agitación de David había empezado á calmarse.

Oyéronse pasos.

Entró en el aposento un alguacil que, mirando al huérfano, le dijo con alegre tono.

—¿En qué pensáis, señor David?

—En nada—dijo maquinalmente el jorobado.

—Eso significa que aguardáis y os aburrís.

—Sí, esta noche cada minuto me parece un siglo.

—Siento no poder detenerme y hablar un rato con vos—repuso el esbirro.

—Luego nos veremos.

—Sí, porque esta noche creo que nos tendrán aquí hasta muy tarde.

—¿Pues qué sucede?

—Hay prisa de sentenciar, porque ya sabéis que no tardaremos en tener un auto como pocos se han visto—respondió el alguacil, y se alejó.

—Sí—murmuró el huérfano con voz ronca—, pronto algunos infelices inocentes perecerán en la hoguera.

Cruzó los brazos, inclinó sobre el pecho la cabeza y volvió á quedar inmóvil.

Siguió pasando el tiempo con lentitud cruel.

Cada media hora sonaba la campana de un reloj que había en una habitación inmediata.

—¡Las nueve y media!—exclamó el jorobado.

Y como movido por un resorte se puso en pie.

Atravesó varios aposentos, subió una estrecha escalera, dejó atrás un largo pasillo y se encontró en medio de la obscuridad.

Allí no llegaba ruido alguno.

Sacó David un eslabón, pedernal y yesca, que encendió, sirviéndose de aquel fuego para comunicarlo á una mecha de azufre de que iba prevenido.

Esparciose una claridad azulada y pudo verse que el joven se encontraba junto á un desván ó camaranchón, en cuyo interior había amontonados algunos muebles inútiles y rollos de estera.

—Sea—dijo.

Y adelantando hacia el camaranchón arrojó la mecha entre los muebles, añadiendo:

—Si no consigo salvarla, moriré.

En pocos minutos la luz prendió en el esparto, tomando incremento con rapidez.

Ya no se apagará—dijo el huérfano.

Retrocedió, buscó la escalerilla, bajó con ligereza y no se detuvo hasta que llegó á sus oídos la voz de algunos hombres que hablaban.

En situación como la suya la voluntad despliega unas fuerzas inconcebibles.

Era preciso que nadie advirtiera la alteración de David, y tales esfuerzos hizo su voluntad, que en pocos segundos acabó por aparecer bastante tranquilo para no llamar la atención de nadie.

Una sonrisa irónica entreabrió sus labios.

—Ahora—dijo—, que averigüen la causa de la inundación y del fuego y que busquen al criminal; así tendrán ocasión de dar una prueba de su sagacidad, con que tanto se envanecen.

Pasó al inmediato aposento, encontrando á seis ó siete dependientes del Tribunal que hablaban como quien no tiene que hacer otra cosa.

—¡Hola, señor David!—dijo uno de ellos con tono un tanto burlón—, ¿qué habéis hecho del arpa?

—Aquí la llevo—respondió alegremente el joven señalando á su joroba.

Todos soltaron la carcajada, y no atreviéndose á burlarse del que se burlaba de sí mismo, alabaron la despreocupación y la feliz respuesta del huérfano.

La conversación se animó, y de este modo pasó más de un cuarto de hora.

De repente todos callaron.

—¿Qué sucede?—dijeron algunos.

—Corren...

—Gritan...

—¿Qué pasa, qué pasa?

CAPITULO XI

AGUA Y FUEGO

Efectivamente, en la planta baja del edificio sonaba gran ruido de precipitados pasos y voces.

¿Qué acontecimiento turbaba el silencio y quietud de aquel recinto?

Nadie más que David comprendió la causa.

—Veamos lo que sucede—dijeron algunos.

Y en compañía del jorobado corrieron á

la escalera, bajaron y se dirigieron al sitio donde sonaban las voces.

He aquí lo que había sucedido.

Recordará el lector que en uno de los aposentos del piso bajo había tres ó cuatro carceleros y que por este aposento se entra y bajaba á una parte de los subterráneos, en que había varios calabozos, entre éstos el de Isabel. Pues bien, cuando los carceleros estaban más descuidados y hablaban tranquilamente, abrióse la puerta que á los sótanos conducía y uno tras otro salieron todos los demás guardianes que, según dijimos, se encontraban en distintas habitaciones y separados los unos de los otros.

Los rostros de todos estaban pálidos y contraídos, revelándose en ellos y en su agitación el miedo y la sorpresa.

—¿Qué sucede?—les preguntaron los otros, sorprendidos también.

—La casa se inunda—respondieron mirando atrás como si temieran que los siguiese un enemigo.

—¿Estáis loco?

—Bajad y veréis.

—Pero...

—Avisemos, pidamos socorro...

—No, no os moveréis de aquí porque habéis salido sin licencia.

—Cuando el agua llegue aquí, saldremos, y vosotros también.

—¿Queréis explicaros?

—Escuchad...

—Sí, un ruido particular...

—El ruido del agua.

—¡Vive el cielo!

—Yo estaba medio dormido en mi banqueta cuando me despertó un frío que me neblaba los huesos; miré y vi que la habitación se había convertido en un estanque y que el agua me llegaba á los tobillos.

—¿Qué agua?

—La que entraba por la ventanilla que da al patio chico y por debajo de la puerta.

—Y nosotros, que habíamos cenado más

que de costumbre y dormitábamos también, sentimos ruido y nos encontramos como Tomás, en una laguna.

—Yo llamé entonces para que estos me abriesen la puerta, y cuando me dejaron salir...

—Hicimos lo mismo que todos...

—Y yo también, aunque en mi habitación entraba el agua por la ventana y salía por la puerta sin encharcarse.



Miró hacia la puerta y escuchó. (Pág. 23)

—Los calabozos deben estar inundados.

—Y algunos presos se habrán ahogado ya.

—Y lo peor es que los que hay encerrados por allí son todos herejes de los que deben ir al quemadero, y por consiguiente, si se ahogan, la pérdida será mayor, porque no podrá llevarse á la hoguera más que sus estatuas.

—Si al menos fueran de los que han de ser reconciliados...

—¿Qué hacemos aquí?

—Avisemos, avisemos.

Y el modo de avisar fué empezar á correr en todas direcciones, pidiendo á gritos socorro y repitiendo:

—¡El agua, el agua!... ¡Se ahogan, se ahogan!

Estas voces se repitieron en todos los ángulos del edificio, y David llegó cuando también llegaban algunos inquisidores y empleados.

Bien pronto se reunieron en aquel sitio cuantos se encontraban en la casa.

Todos preguntaban, sin que respondiera ninguno.

Aumentábase la confusión por instantes y acabaron por no entenderse.

Iban y venían sin saber adónde, y gritaban sin saber que lo hacían.

Entretanto el agua seguía penetrando en los sótanos, cuyas bóvedas repitieron con ecos lúgubres los lamentos de los infelices que estaban encerrados y que pedían socorro.

Florentín pensaba en Isabel, cuyo calabozo debía ser uno de los inundados.

La fatalidad iba á arrebatarse su víctima, trastornando sus planes.

Intentaron algunos inquisidores restablecer el orden para acudir á los presos; pero no pudieron conseguirlo tan pronto como era menester.

—¡Quietos!—gritó entonces el abate. No más que algunos se detuvieron.

—¡Silencio!—añadió.

Tampoco callaron más que algunos.

Era menester una amenaza terrible, y Claudio, esforzándose para que todos lo oyesen, exclamó:

—Pena de excomunióón lata al que se mueva ó hable y al que no obedezca.

Estas palabras produjeron el resultado apetecido.

El ruido cesó repentinamente, y todos quedaron tan inmóviles como si se hubieran petrificado.

El abate aprovechó aquellos momentos para decir:

—Inmediatamente los llaveros abrirán los calabozos y con ellos entrarán á sacar los presos cuantos me escuchan, sin distinción de clases ni categorías, exceptuándose solamente los señores del Tribunal, notarios y fiscales, en la inteligencia de

que será considerado hereje relapso y contumaz el que no obedeciere.

Oyóse un murmullo sordo, cuyo significado era fácil comprender.

Todos aquellos miserables tenían miedo de entrar en los sótanos, aunque el peligro no era muy grande, ni muy difícil salir en caso de apuro.

—¡Cobardes!—gritó David.

Y arrebatando á uno de los carceleros el manajo de llaves, se lanzó al pasillo que conducía á los sótanos.

—¡Bravo, David!... ¡Bien, hijo mío!... —exclamó el abate—. Ya véis, un niño que os da ejemplo... ¿No os morís de vergüenza?

Más que el pundonor, el miedo á doscientos azotes ó tal vez á ser ahorcados, decidió al fin á aquella canalla, empezando unos tras otros á entrar por la puertecilla por donde se había ido David.

Empero en aquel instante y en la parte superior de la casa, resonó otro grito más aterrador, el grito de:

—¡Fuego, fuego!

Y los que iban á entrar en los sótanos se detuvieron, y algunos de los que habían entrado retrocedieron.

Y los inquisidores, y hasta el mismo abate, pensaron en huir.

Todos los rostros se tornaron lívidos.

En todos los ojos se pintó el espanto, y los dientes de más de uno castañetearon, mientras temblaban convulsivamente sus miembros.

Hubo algunos momentos de silencio profundo y de absoluta inmovilidad.

Ni á respirar se atrevía ninguno.

Se hubiera oído el vuelo de una mosca.

Pero esto no duró más que algunos segundos.

De repente, como el barril de pólvora que estalla, resonó un grito, y en confuso tropel quisieron todos salir, aunque muchos estaban tan turbados por el miedo, que se dirigieron al lado opuesto de la puerta, y aun uno dió con la cabeza en los vidrios de la ventana, chocando fuertemente con los hierros de la reja.

Los ayes que exhaló y el ruido de los cristales al romperse y caer, aumentaron el estrépito, el terror y la confusión.

Repitieron las voces de «fuego» por los unos y de «agua» por los otros.

Y por espacio de diez minutos todos iban y venían aturdidamente, y gritaban

todos sin que ninguno acudiese al remedio que debía ponerse con tanta prontitud.

Los que salieron á la calle pusieron con sus voces en conmoción á la vecindad.

Acudió gente, y bien pronto la confusión y el ruido eran tan grandes fuera como dentro de la casa.

Las llamas habían abierto anchas brechas en el tejado, y se escapaban, menguando unas veces, creciendo otras siempre oscilando y esparciendo un resplandor rojizo, siniestro y espantable, que iluminaba el horizonte como el fuego de un cometa, permitiendo ver las negras espirales de humo que se elevaban y perdían en el espacio.

No hay nada más imponente que el fuego: aun los que no corren peligro de quemarse, se estremecen al contemplar un edificio devorado por las llamas.

En aquellos momentos fué cuando Jacobo de Tordesillas llegó á la Inquisición.

¡Cuán ajeno estaba de que el siniestro era producido por la atrevida mano de una infeliz criatura que quería salvar á Isabel!

Vista la confusión y el desorden, le ocurrió á Jacobo una idea.

—¿No podré—se dijo—, salvar á algunos de los desdichados que gimen en esos calabozos?

Perseguido como estaba por la Inquisición, era natural que esto pensase el fugitivo, porque para él sería un inmenso goce arrebatarse algunas víctimas á sus perseguidores.

Esto era casi una venganza á la par que un beneficio á los desgraciados.

Como venganza, era noble, y como beneficio no podía ser más generoso.

Jacobo no reflexionó.

No era su cabeza la que entonces le hablaba, sino su corazón, y de los impulsos de éste se dejó llevar.

La situación no permitía entrar en reflexiones.

Perder un minuto podía ser perderlo todo.

No se detuvo el alquimista más que para convencerse de que conservaba su puñal.

Estaba dotado de bastante fuerza, y codeando, empujando y atropellando sin miramiento alguno, logró abrirse paso y entrar en el edificio.

Lo que intentaba era bastante fácil en

aquellos momentos, aunque no dejaba de ofrecer peligros.

Pero el peligro es lo último en que piensa un hombre como Jacobo.

¿Y David?

Lo buscaremos.

CAPITULO XII

LO QUE HIZO DAVID

David, según vimos, se lanzó como un loco en el primer pasillo.

Los momentos eran preciosos, porque el calabozo de Isabel era uno de los inundados, y algunos minutos bastarían para que la infeliz se ahogase.

Llegó el jorobado á la primera escalerilla, que ya sabemos era muy empinada y estaba muy húmeda, y empezó á bajar precipitadamente, lo cual fué causa de que sus pies resbalasen, cayendo pesadamente y chocando su cabeza contra uno de los escalones.

El infeliz exhaló un grito de dolor y desesperación.

Aturdido por el golpe, no pudo levantarse en algunos segundos.

Al fin hizo un esfuerzo sobrehumano y se puso en pie, pasándose las manos por la frente, que sentía mojada.

Habiase herido y la sangre corría en abundancia por su rostro.

No por eso se detuvo.

Mientras se limpiaba con su pañuelo, siguió atravesando pasillos y habitaciones y bajando escaleras.

Un vértigo horrible lo impulsaba, lo animaba, comunicaba á sus miembros una energía prodigiosa, una fuerza incalculable.

No se ocupaba del peligro que corría, no se acordaba de su existencia.

Su pensamiento único era la mujer á quien debía el nombre de madre.

En algunos sitios el agua le llegaba hasta cerca de las rodillas; pero aunque hubiese subido hasta su garganta, no se le habría visto retroceder.

Bien puede decirse que en aquellos supremos instantes estaba loco.

Llegó al encierro de Isabel, abrió y gritó:

—¡Venid, venid, y salvaos!...

—¿Quién me llama?—respondió una voz angustiada en medio de la obscuridad de aquel recinto, porque allí no llegaban los débiles rayos de la luz de un

farol que había colocado en la pared al extremo de la galería.

—Soy yo, vuestro hijo; soy yo, madre mía—, repuso David extendiendo los brazos y adelantándose hacia donde sonaba la voz de Isabel.

Esta reconoció á su protector generoso y exhaló un grito de inmensa alegría.

Un momento después se habían encontrado en medio de lo que ya era una laguna.

Los miembros de Isabel temblaban violentamente, y sus dientes se chocaban con fuerza.

Ni su agitación ni su trastorno, ni las circunstancias permitían entrar en explicaciones.

—Venid, venid—dijo el jorobado, asiendo por un brazo á la desdichada.

—¡Dios mío, Dios mío!..

—Valor, madre mía, tened valor unos cuantos minutos.

No pronunciaron una palabra más.

Salieron del calabozo, y luchando con el agua que subía por momentos, llegaron al final de aquella galería, subieron una escalera y se encontraron en una de las habitaciones que tenían que atravesar.

David advirtió entonces que empezaban á faltarle las fuerzas.

Sus rodillas solían doblarse, y para sostenerse tenía que hacer esfuerzos inauditos.

Un zumbido sordo resonaba en el interior de su cabeza.

Pocos momentos después empezaron á oscurecerse sus ojos.

Tuvo que detenerse para tomar aliento. Estaban junto á un farol.

El agua era muy poca en aquel sitio.

Isabel, también muy fatigada, se apoyó en la pared y fijó la mirada en su salvador.

No pudo la infeliz contener un grito de espanto.

—¡Sangre!—murmuró acercándose al huérfano.

—No es nada—murmuró éste con débil voz.

—Os debilitáis por instantes..

—Vamos, vamos

—No, no me moveré de aquí sin haber reconocido vuestra herida y haberla verificado...

—Nos perdemos... Venid—replicó el joven haciendo el último esfuerzo.

Y arrastró tras sí á Isabel, mientras co-

locaba el pañuelo en su frente para evitar que saliese más sangre.

Ella quiso resistir; pero el brazo de David parecía de hierro y sus fuerzas eran incalculables, eran fuerzas de la fiebre y la desesperación.

—Si me veis caer—dijo el huérfano mientras adelantaban—, seguid, que no faltará quien me recoja; seguid, aprovechados de la confusión y salvados... Además de la inundación, hay fuego... todo es obra mía...

—¡Ah!...

Oyeron ruido de pasos.

Estaban en un sitio donde la luz era tan escasa, que no podían verse los objetos sino confusamente.

Isabel se detuvo poseída de terror.

—Aquí, aquí—dijo el huérfano.

Y la llevó al rincón más oscuro, añadiendo:

—Callad... dejad que pasen...

Bien pronto un hombre todo vestido de negro y con los ojos relunbrantes como dos carbunclos, atravesó rápidamente la habitación.

Era Jacobo que pensando solamente en adelantar hacia donde sonaban lamentos, no volvió la cabeza, ni pudo por consiguiente percibirse de su esposa.

Esta, por la escasez de la luz, por su turbación y por el disfraz de Jacobo, tampoco pudo reconocerlo.

¡Y desapareció el fugitivo y ella lo vio con alegría desaparecer!

¡Desdichados!

—Vamos—volvió á decir el huérfano, siempre comprimiendo su herida.

Y con vacilantes pasos, y más que con duciendo á Isabel, apoyándose en ella, subieron la última escalera, llegaron al aposento que los carceleros ocupaban

Detuviéronse otra vez.

David ya nada vió ni nada oyó.

Extendió los brazos, vaciló su cuerpo y cayó pesadamente sobre el duro pavimento.

Imposible es dar una idea de la horrosa lucha que se entabló entonces en el alma de la infeliz.

Su primer impulso fué quedarse para socorrer al joven.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó.

¿Pero qué adelantaría?

David tenía razón al decir que no faltaría quien lo recogiese, que era cuanto necesitaba.

Sin hacer nada, por éi, ella se perdería.

Era un sacrificio estéril, que hacía también inútil el generoso sacrificio del huérfano.

Isabel elevó al cielo una mirada de súplica desgarradora.

Luego se arrodilló, estampó un beso de maternal ternura en la frente ensangrentada de David, y se alejó sin saber adónde iba.

CAPITULO XIII

DE CÓMO ISABEL SE SORPRENDIÓ MUY AGRADABLEMENTE, Y MUY DESAGRADABLEMENTE FLORENTÍN

Aún no se había restablecido el orden ni se había hecho nada para atajar los efectos destructores del incendio y de la inundación.

La confusión era completa y todos se agitaban, iban y venían sin cuidarse los unos de los otros, sin que nada llamase la atención.

Esto favoreció á Isabel, que á pesar de presentarse á la vista de todos, no fué detenida por ninguno.

¿Quién había de ocuparse de una mujer, cuando otras muchas llevadas por la curiosidad andaban por allí, averiguando lo que sucedía y manifestando su opinión sobre lo que era conveniente hacer?

Verdad es que el aspecto de la desdichada esposa era muy diferente del de las demás; pero ¿quién se cuidaba de esto?

Sin más inconveniente que los que la multitud oponía á sus vacilantes pasos, Isabel, al cabo de cinco minutos, se encontró en la calle.

Su mirada se fijó afanosamente en el cielo, donde brillaban innumerables estrellas y donde la luna había empezado á resplandecer.

—¡ Libre! — exclamó sin poder contenerse.

Acostumbrada al triste silencio y á la soledad de su calabozo, el ruido y el bullicio le produjeron un efecto inexplicable.

Por algunos segundos se sintió aturdida, hasta el punto de no acertar á avanzar ni á retroceder.

Dudó si dormía y soñaba.

Se pasó las manos por la frente, se restregó los ojos y volvió á mirár á su alrededor.

No era un sueño, era una realidad.

El aire que aspiraba era el fresco y puro que Dios había creado para todos los seres.

El dulce resplandor de la luna era el reflejo de los rayos de un sol vivificante y alegre, también creado para todos, lo mismo para los buenos que para los malos, lo mismo para los ricos que para los pobres, lo mismo para los afortunados que no han tenido que hacer más que reir, que para los desheredados que han tenido necesidad de llorar á todas horas.

—¿Con qué derecho—se preguntó Isabel— se priva á una criatura de esta atmósfera, de esa luz y de la vista de ese cielo donde mora Dios, á cuya misericordia todos tenemos que acudir?

Y efectivamente, si la sociedad tiene derecho para castigar al que delinque, no puede jamás tenerlo para ser cruel, para privar á la criatura del aire y de la luz que el Omnipotente dejó al fatricida Caín y á los que desconocieron su divinidad cuando se presentó á los ojos materiales con humana forma.

No, ni de ese aire ni de esa luz, ni de la existencia tiene el hombre derecho para privar al hombre, porque la obra de Dios, sólo Dios puede anularla ó destruirla, porque en la divina obra, sólo puede ponerse la divina mano.

Isabel, á pesar de su privilegiada inteligencia, no hubiera pensado jamás en esto, si no hubiera estado encerrada en los calabozos de la Inquisición.

¡Libertad, aire, luz!...

¿Sabéis lo que esto vale?

En aquellos tiempos hubo muchos infelices que supieron apreciarlo, muchos que no vieron la luz del sol sino para morir entre las llamas de una hoguera, porque antes se habían pasado muchos meses en lo que se llamaba en la Inquisición *cárceles secretas*.

Cárceles secretas era en aquel tribunal santo, piadoso y caritativo, los calabozos abiertos debajo de tierra y donde no penetraba la luz del día ni podía renovarse el aire.

A los pocos días de estar en uno de aquellos calabozos un infeliz, la atmósfera se llenaba de miasmas deletéreos, producidos por las materias infectantes que

iban acumulándose allí como consecuencia forzosa de las funciones naturales del mismo preso, y muchos de ellos contraían enfermedades que acababan en breve con su existencia, pues hay que advertir que cuando enfermaba un preso en la Inquisición, no se le permitía ser asistido por el médico, ni se le facilitaba medicamento alguno, y lo que es más, que á pesar de que el Santo Oficio obraba en nombre de Dios y para bien de la religión católica, no se permitía tampoco á ningún acusado que confesase y recibiese el sacramento de la Eucaristía, dejándolo morir como muere un perro rabioso.

¡Y éstos eran los tiempos de santidad!...

No sabemos cuánto tiempo hubiera permanecido Isabel absorta en sus amargas reflexiones, si no la hiciera volver en sí un brusco movimiento de la multitud, que la hizo vacilar y perder el equilibrio por algunos instantes.

Era preciso aprovechar el tiempo y huir.

Pocos minutos después la habrían echado de menos, la buscarían y la encontrarían allí fácilmente.

—¿A dónde iré?—se preguntó.

No lo sabía.

Pero ante todo, era urgente alejarse de aquel sitio.

No pensó en otra cosa y se metió entre la multitud, adelantando cuanto ésta se lo permitía.

Cerca de media hora tardó en encontrar-se donde podía moverse en libertad.

Sus fuerzas empezaban á agotarse.

Sin embargo, el terror hace prodigios, y la infeliz se alejó sin mirar hacia donde se dirigía.

De lo único que se cuidaba era de huir por donde había menos gente.

Cuando llegó á lo que es hoy plaza de Santo Domingo, tomó á la derecha y bajó hacia los Caños del Peral, andando junto á la tapia de la huerta de la **Priora**.

Hasta entonces la habían sostenido las fuerzas ficticias de la fiebre; pero aquella energía de su nerviosa excitación debía concluir bien pronto.

Le faltó el aliento al fin y tuvo que detenerse.

Se apoyó en la pared.

Cruzó las manos y elevó al cielo una mirada suplicante.

Luego quedó inmóvil.

Desde aquel momento, puede decirse que ni veía ni oía.

Estaba en ese estado en que en fuerza de sentir ya no se siente.

El resplandor de la luna daba de lleno en su pálido y desfigurado rostro.

Su figura se destacaba del blanco fondo de la pared, aún más blanca por el reflejo de la reina de la noche.

Desde larga distancia se la distinguía, lo cual, como se comprende, era un peligro más.

Empero Isabel no se encontraba en estado de pensar en nada de esto.

Si le hubieran preguntado, no habría podido tal vez explicar su situación.

En el corto espacio de una ó dos horas había experimentado tantas emociones, había pasado por circunstancias tan distintas, que sin tiempo para reflexionar, era natural que se aturdiere completamente y que todo le pareciera un sueño.

Sus recuerdos eran confusos y sus ideas eran vagas, tan vagas como la sombra en medio de una tenue claridad.

Debiera haberse ocupado de lo que era preciso hacer para ocultarse y ponerse luego en relaciones con David; pero en nada pensaba más que en recobrar las fuerzas.

Verdad es que nada podía tampoco hacer.

Para acudir á los amigos encontraba los inconvenientes que había encontrado su esposo.

Tenía que entregarse al azar, esperando que la favoreciera una casualidad feliz.

¡Triste esperanza!

Si los amigos no la amparaban y protegían, ¿cómo habían de ampararla los extraños?

En vez de recobrar la energía con el descanso, se íase desfallecer.

Esta reacción era consiguiente; nada más natural sino que después de la violenta excitación por que había pasado, se enervasen sus miembros como si fuese á concluir su existencia.

¡Pobre Isabel!

Al cabo de algunos minutos ya no llo-

raba ni aun tenía fuerzas para rogar al Omnipotente.

Más de media hora pasó en tan triste estado.

Afortunadamente no era hora de que nadie transitase por allí.

Las pocas personas que estaban fuera de sus casas habían acudido al lugar del siniestro, los unos para satisfacer su curiosidad y los otros para ver con secreta alegría, cómo á los inquisidores les tocaba á su vez morir en una hoguera.

Las esperanzas de estos últimos debían quedar defraudadas, porque los señores del Santo Oficio eran demasiado prudentes y dejarían que el edificio y los presos se redujesen á cenizas antes que ponerse ellos en peligro de quemarse.

Sonaron pasos, y luego un hombre de elevada estatura llegó donde estaba Isabel, deteniéndose y mirándola con sorpresa.

Ella no se apercibió de la presencia del importuno curioso y permaneció inmóvil y tan descuidada como antes.

Ya hemos dicho que el resplandor de la luna iluminaba el pálido y bellissimo rostro de Isabel.

—¡Rayos y truenos!—exclamó el hombre después de algunos segundos y con voz ronca y desagradable.

La infeliz levantó la cabeza, lo miró y exhaló un grito de espanto.

—El diablo me lleve si no es ella... ¡Cien legiones!... Sí, sí, esa cara no puede equivocarse con ninguna...

—¡Tened piedad de mí!—exclamó al fin Isabel con acento de conmovedora súplica.

El hombre, que no era otro que Simón, se acercó más á la desdichada, y con cuanta dulzura le fué posible, le dijo:

—No os asustéis, que si no estoy equivocado, os protegeré, aunque la protección puede costarme que me cuelguen el sambenito, me encasqueten la coraza y me lleven al quemadero.

—¿Quién sois?—preguntó Isabel recorbrándose un tanto y mirando afanosamente al asesino.

—Eso es precisamente lo que vos debéis decirme, porque si no, ¡rayos del infierno! sería empezar al revés.

—Vuestro rostro...

—No es la primera vez que me habéis visto, ¿no es verdad?

—No, no es la primera vez... ¡Dios mío!... Mis recuerdos...

—Acabemos, señora, que no me conviene estar mucho tiempo aquí.

—¡Ah!... Sí, sois vos el que me ha salvado otra vez en mi casa...

—Y vos sois...

—La esposa de Jacobo de Tordesillas...

—Basta, señora, basta... ¡Truenos y venablos!... ¿Os acordáis con qué habilidad acogoté al abate?... Pues aquello no era nada para lo que sucedió después... ¡Ira de Satanás!... Hubierais reventado de risa si lo hubieseis visto patear cuando lo eché por la ventana... Pero en fin, esto pasó: ya sé que esta noche el jorobadín, que es más listo que un ratón, había de armar una de mil demonios para sacaros de entre esos tigres.

—Sí; David, á quien amo como á un hijo, lo ha arrojado todo...

—¿Pero dónde diablos se ha metido? ¿Cómo os ha dejado sola, para que al salir de las manos de Pilatos cayeseis en las de Herodes?

—David está herido...

—¡Dios de Dios!

—Pérdió el conocimiento rogándome que huyese y he llegado hasta aquí... ¿Dónde estoy?

—Ya lo veis, muy cerca del alcázar, junto á la tapia de la huerta de la Priora y no lejos de los caños del Peral.

—Protegedme, os lo suplico.

—No tenéis que suplicarme, es obligación mía; porque lo que hago por vos lo hago por David, á quien he llegado á tomar cariño. Además, estoy contento, porque acabo de hacer un buen negocio, y quiero que participéis de mi alegría.

—¿Tenéis dónde ocultarme?

—Por esta noche, en mi casa, y mañana veremos lo que se hace.

—Sí, sí.

—Lo pasaréis muy mal, porque no puedo ofrecer os más que un detestable jergón y una manta. En cuanto á cena, ya es otra cosa: tengo dinero y os obsequiaré como merecáis.

—¡Ah!... Soy muy egoísta...

—¿Qué se os ocurre?

—Sois amigo de David, conocéis sus secretos, puesto que os había confiado él su atrevido plan.

—Ciertamente.

—David debe saber lo que ha sido de mi hija...

—¡Rayos del infierno!...

—¿Dónde está mi hija?

—Eso es lo que queremos averiguar.

—¿Acaso lo ignora David?

—Lo mismo que vos.

—¡Dios mío!...

—Pero tenemos el hilo, y acabaremos por encontrar el ovillo.

—Explicaos...

—Venid y os diré todo lo que puedo decirlos.

Isabel se apoyó en un brazo de Simón, y ambos tomaron en dirección á San Nicolás.

—El jorobadín—dijo el asesino—es á veces injusto, porque exige imposibles, y vos misma veréis cómo vuestra hija me tiene en el mayor apuro.

—Nada me ocultéis.

—Nada os ocultaré.

—Ya os escuchó.

Los dejaremos alejarse mientras Simón refería lo que había pasado con la niña inocente, cuyo paradero se ignoraba.

Entre tanto había empezado á restablecerse el orden en la Inquisición, y á dominarse el incendio y á tapar la abertura hecha en la cañería.

Fácilmente se comprendió que el doble siniestro no era producido por una desgraciada casualidad, sino intencionadamente, efecto de un plan muy meditado.

¿Quién era el culpable?

No podía sospecharse en aquellos momentos; pero los inquisidores se prometían averiguarlo.

Poco después de haber salido Isabel, recogieron á David, le vendaron la herida y le hicieron recobrar el sentido, colocándolo sobre unas mantas hasta que se dispusiese una camilla para transportarlo á su vivienda.

El abate mostró grandísimo interés por la salud de su protegido y mandó que inmediatamente se fuera en busca de un médico.

David era presa de una intensa fiebre y empezaba á delirar, no pudiendo, por consiguiente, dar explicaciones sobre su caída.

A las doce de la noche estaba completamente apagado el fuego, y podía transitar, aunque con trabajo, por los sótanos,

Entonces pudieron ver que las puertas de muchos calabozos estaban abiertas.

Unos presos habían sido encerrados en otras habitaciones, otros se encontraban casi sin vida en medio del agua, y tres que debían ser quemados en el primer auto solemne, habían tenido la fortuna de ahogarse.

Entre estos últimos había dos mujeres jóvenes; pero sus rostros estaban mutilados, sin duda por efecto de la lucha que habían sostenido, y fué imposible reconocerlas. Lo único que pudo verse era que una de ellas tenía los cabellos rubios.

¿Era Isabel?

He ahí la duda que atormentó al abate.

Los tres ahogados habían sido arrastrados por el agua fuera de sus encierros.

¿De qué calabozo había salido la rubia?

No se sabía; y por consiguiente no era posible hacer ninguna deducción.

Contáronse los presos y faltaron cinco: tres hombres y dos mujeres.

Con la fuga ó la muerte en la inundación, se habían salvado, pues, ocho víctimas, y entre éstas se contaba la esposa de Jacobo de Tordesillas.

El abate se inclinó á creer no solamente que Isabel se había salvado, sino que la inundación y el incendio eran obra del misterioso protector de la desdichada madre.

El traidor no se descubría; pero sí daba señales de su existencia.

¿Quién era?

—Aquí—pensó Claudio—, aquí debe estar, entre nosotros... ¡Oh!... Yo lo encontraré, sí, lo encontraré y le haré pagar caras su traición y su osadía.

Por fortuna no pensó Florentín en el pobre jorobado, cuya herida era una prueba de su celo por la Inquisición.

Los curiosos fueron alejándose.

Quedó la calle desierta y silenciosa.

El médico había declarado que la herida de David no era grave por sí, pero mucho por sus consecuencias, puesto que en el paciente empezaban á observarse alarmantes síntomas de una enfermedad que podía llevarlo al sepulcro en pocas horas.

Mostróse muy afligido Florentín, y á las dos de la madrugada volvió á su vivienda con cuatro alguaciles, que llevaban en una camilla al pobre jorobado.



Sacó Florentín la llave, abrió la primera puerta y entraron en el portal; pero al abrir la segunda, ésta giró sobre sus goznes antes de que la llave acabara de entrar en la cerradura.

Claudio dejó escapar un grito de sorpresa y terror y quedó como petrificado.

Los alguaciles dejaron la camilla, dieron un paso atrás y sacaron las espadas.

—¿Estáis seguro de haber cerrado al salir?—preguntó uno de los esbirros.

—Sí—respondió el abate con voz sorda—. Yo mismo cerré.

Y levantando la linterna vió que la cerradura estaba arrancada.

La puerta había sido, pues, forzada con una palanqueta.

—¡Ladrones!...

—Sí, ladrones...

—Entremés—dijo uno de los alguaciles.

—¡Entrar!—eplicó otro—.

¿Y si no se han ido?

—Tanto mejor—añadió un tercero—, por que así nos apoderaremos de ellos.

—¿Y si son tres ó cuatro?

—Cuatro somos nosotros.

—¿Y si son seis, ocho, diez ó doce?

—Eres muy cobarde.

—Adé ant.—dijo entonces Florentín—. Es preciso salir de dudas.

Entraron, olvidándose del enfermo, y después de escuchar y no percibir ruido alguno, decidieron reconocer primero el dormitorio de Florentín.

Bien pronto salieron de dudas, porque vieron el arca abierta y las ropas por el suelo.

El terror del abate creció hasta el punto de que en largo rato no pudo articular una sílaba.

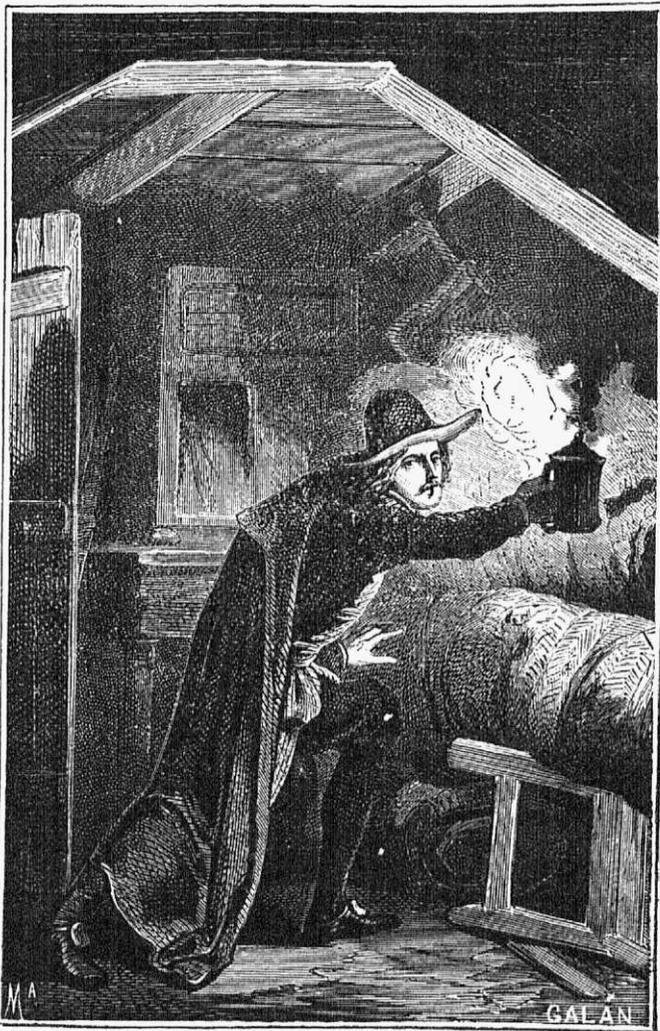
Su rostro estaba pálido, desfigurado y cubierto de frío sudor.

Hizo al fin un esfuerzo, y exhalando un

gemido, dió algunos pasos y miró al fondo del arca.

La segunda tapa estaba levantada también y habían desaparecido las monedas y los papeles.

—¡Oh!—exclamó.



En pocos instantes la luz prendió en el esparto, tomando incremento con rapidez. (Pág. 32.)

Y tuvo que apoyarse en el respaldo de una silla, porque le faltaron las fuerzas para sostenerse.

—Afortunadamente—dijo uno de los alguaciles—vuestra señoría no es rico y no han podido llevarse dinero.

—Pero es extraño—añadió otro—que hayan dejado la ropa: era lo único que tenían que robar.

—No habrán tenido tiempo bastante.

—O creerían que iban á encontrar un tesoro, y se han ido desengañados.

—A Dios gracias, no tenemos que lamentar más que el susto.

—Idos—interrumpió el abate con débil voz.

—¿Y el señor David?

—Entradlo, ponedlo en su cama y dejadnos.

—Será prudente que se quede alguno de nosotros...

—Bien, quedaos uno al lado de David.

—Nos quedaremos dos.

—Lo que os parezca.

—Tranquilícese vuestra señoría...

—Sí, ya estoy tranquilo.

—Verdad es que no se han llevado dinero, y por consiguiente...

—¿Pero y el susto?

—Y además, si los ladrones aprenden el camino, podría suceder que se aficionasen á estas visitas.

—¡Lástima que ya se hubieran ido!...

—Esto no es nada, no es nada—dijo el abate.

—Vuestra señoría tiembla, está pálido...

—La sorpresa... dejadme, dejadme.

Los alguaciles llevaron al huérfano á la cama, quedando allí dos de ellos y yéndose los otros.

Florentín cerró la puerta de su cuarto y se dejó caer en una silla, ocultando entre las manos el rostro.

Lo que sufría era imposible hacerlo comprender.

El oro que le habían robado era para él una pérdida horrible; pero lo que más le atormentaba era que con el oro se hubiesen llevado los papeles.

¿Era esto casual?

¿Cuál de las dos cosas buscaba el ladrón?

Aún entrevió el abate un rayo de esperanza, creyendo que quizá los papeles estarían entre la ropa que había dejado en el suelo.

Los buscó; pero inútilmente, porque habían desaparecido, lo mismo que las monedas.

¿Era aquello obra de la misma mano que había roto la cañería, había prendido fuego y había arrojado á Florentín por la ventana de la casa de Jacobo?

—Sí, sí—murmuró—; la misma mano, el mismo traidor, que debe estar muy cer-

ca de mí para sorprender todos mis secretos.

No hay que decir que Simón era el autor de aquel robo.

CAPITULO XIV

EL ABATE SOSPECHA Y SIMÓN SE DECIDE

A pesar de que había recobrado la libertad, si es que libertad puede llamarse la del fugitivo que tiene que ocultarse y vive con el constante temor de que lo descubran, á pesar de que había empezado á recobrar los alientos con la risueña esperanza de encontrar á su hija y poder reunirse á su esposo, Isabel pasó una noche horrible, sin que calmaran su agitación los cuidados y el respeto con que Simón la trataba.

A la mañana siguiente el asesino preguntó á la infeliz:

—¿Qué tal, habéis recobrado las fuerzas?

—Ya estoy bien, gracias á vos, amigo mío.

—No me llaméis amigo, porque no soy digno de tanta honra.

—Me habéis salvado...

—He servido á David.

—No quiéis el mérito á vuestra acción.

—Preciso es que sepáis que soy un miserable, un ladrón, un asesino de oficio, y...

—Tenéis un corazón grande: tal vez vuestros extravíos son consecuencias de vuestra educación...

—A mí no me han educado nunca, ni he conocido padres, ni he tenido más amigos que los que me han enseñado á robar.

—Ya lo veis...

—No hablemos de eso ahora.

—¿Por qué?

—Por la sencilla razón de que tenemos que ocuparnos de otras cosas más interesantes.

—Mi hija...

—Eso, después.

—Y David...

—Procuraré averiguar como se encuentra, aunque por lo que me habéis referido, su herida no debe ser cosa de cuidado.

—Pero había experimentado grandes conmociones.

—Veremos, veremos.

—Además deseo saber si han descubierto que él ha sido el autor de lo que ha pasado anoche.

—Descuidad, que aunque muy joven, es astuto como una zorra, y todo lo habrá hecho de modo que no se sospeche de él.

—Sin embargo, no estoy tranquila.

—Antes que de David, tengo que ocuparme de vos.

—Primero de él y de mi hija.

—Eso es una locura.

—Me encuenro bien aquí.

—No podríais estar mucho días en mi casa sin que os descubriesen.

—¡Oh!...

—Ahora voy á traer os el almuerzo, porque sin comer no sirve uno para nada, y necesitáis fuerzas y valor, porque no sabemos lo que puede suceder.

—Sí, quiero fuerzas para encontrar á mi hija y reunirme con mi esposo.

—¡Mil diablos!... Por ahora es preciso que olvidéis á vuestro marido, porque él no ha de venir ni vos podéis ir á buscarlo. ¡Emprender un viaje!... ¡Voto al infierno! Eso sería una locura, sin contar con que no tenéis medio para hacerlo.

—Pero mi hija...

—La buscaremos, ya os lo he dicho, y entretanto viviréis con una mujer de toda mi confianza; pero á la que no diremos una palabra de verdad sobre vuestra situación, porque el asunto es muy delicado, y en tratándose de la Inquisición, no puede uno fiarse ni de su camisa. Dejaréis esa ropa, que aunque mala, huele desde lejos á la persona de clase. Afortunadamente me sobra el dinero, porque ya os dije anoche que venía de hacer un buen negocio.

Isabel se estremeció.

—¿Tembláis porque adivináis la verdad?—añadió Simón—. Tranquilizaos, que no he quitado el pan á ninguna familia: donde estuve anoche fué en casa del abate, y aunque con mucho trabajo, pude dar con un escondite, donde tenía en oro de buena ley más de mil escudos... ¡Rayos y truenos!... guardé el oro y unos papeles, porque sospeché que cuando tan ocultos los tenía, debían de ser de importancia, y ya que David no acepta una parte del dinero, le daré los papelotes, por si le sirven de algo.

Si Isabel no hubiera estado tan preocupada por la suerte de su hija, habría mostrado deseos de ver aquellos papeles, cuyo valor no era posible que Simón apreciara,

porque no sabía leer; pero la pobre madre no fijó la atención en esta circunstancia y guardó silencio.

El asesino salió, volviendo al cabo de un cuarto de hora con el almuerzo, y yéndose otra vez para preparar el alojamiento de la fugitiva y ver si le era posible averiguar algo con respecto á David.

Isabel hizo un esfuerzo para comer, porque á toda costa quería conservar la existencia para buscar á su hija y consolar á su esposo.

Dos horas pasaron antes de que volviera Simón.

—¿Me traéis algunas noticias?—le preguntó afanosamente Isabel.

—Sí.

—Sepamos.

—Por los vecinos he podido averiguar que el pobre David está enfermo de gravedad.

—¡Dios mío!...

—Según parece, tardaremos muchos días en volver á verlo.

—Proseguid.

—Lo demás que me han contado no tiene para vos ninguna importancia, puesto que todo ello se refiere al robo, ó al intento de robo, porque nadie cree que el abate tenía dinero.

Isabel inclinó tristemente la cabeza y dejó correr sus lágrimas.

—Vuestra nueva habitación—añadió el asesino—, está preparada ya, y hoy mismo, ó á más tardar mañana, empezaré decididamente á buscar á vuestra hija.

—¡Dios es premiado!...

—No me faltaba más que dinero, ahora lo tengo en abundancia, y me atreveré á llegar á ese bribón de Crispín, proponiéndole el negocio.

—Pero si ese hombre fuera leal...

—¡Bah!... No hay lealtad que se resista á al dinero, y yo pienso ofrecerle una cantidad respetable.

—Si algún día...

—¡Voto al diablo!—interrumpió el gigante—. Nada me debéis, señora. En conciencia la mitad del dinero del abate corresponde á David, y por consiguiente debo gastarlo en su servicio.

Muchas observaciones hubiera hecho Isabel á los planes de Simón; pero esto hubiera sido vanilar y su egoísmo de madre le impuso silencio.

Dueño de más de mil escudos, el asesino se creyó más poderoso que el mismo rey.

No se equivocaba al creer que la lealtad de Crispín era más débil que su codicia; pero si cometía la torpeza de no pensar en que el esbirro obtendría mayor recompensa delatando al que le propusiera vender el secreto del paradero de la niña.

Aquella noche, la desdichada Isabel se trasladó á la morada de una mujer que aparentaba vivir con el producto de los rosarios, escapularios y medallas que vendía á la puerta de los templos cuando en éstos había solemnidades religiosas que atraían á los fieles.

Por ahora no debemos dar á conocer á la especuladora: lo haremos más adelante.

Como habían dicho á Simón, la vida del jorobado peligra.

El abate Florentín pasó todo el día triste y preocupado, y cuando se le preguntaba qué era lo que tenía, contestaba sin vacilar:

—Ya sabéis que casi he criado á David: por lo menos, le he dado educación, le he formado su alma, puede decirse, y como él ha correspondido á mi cariñoso afán, he concluido por amarlo como se ama á un hijo. David vale mucho, está dotado de una inteligencia elevada y de un grande corazón; su cuerpo deforme es como el arca tosca donde se encierra un tesoro.

—¿Pero teméis por su vida?—le replicaban.

—Sí—decía el abate, exhalando un suspiro—: si se salva, será un milagro, porque los médicos declaran que la enfermedad es mortal y que lo que no haga la naturaleza no pueden hacerlo ellos.

Así encubría Florentín la causa verdadera de su preocupación, y que no necesitamos decir era la pérdida de sus papeles y el no haber podido descubrir al traidor.

Hay un refrán que dice, «que tanto va el cántaro á la fuente, que al fin se rompe», y una cosa parecida debía suceder al jorobado; es decir, que en fuerza de dar golpe tras golpe á su protector, éste debía concluir por sospechar quien era el traidor.

Florentín, dotado de un talento analítico admirable y de una astucia prodigiosa, empezó á reunir detalles y antecedentes,

que para nadie más que para él hubieran tenido valor.

Un día se dijo:

—Desde la prisión de Isabel he visto á David preocupado, y parece que desde entonces también se ha enfriado su odio contra la sociedad.

Luego añadió:

—Nadie más que David sabía que había de prenderse á Isabel; por consiguiente nadie pudo presentarse á protegerla.

Tras estas reflexiones, hizo las siguientes:

—El que ha prendido fuego y roto la cañería debe tener libre entrada en el edificio y conocer perfectamente hasta el último rincón. Isabel se ha salvado, no me cabe duda; David estaba herido, y antes había corrido hacia los calabozos con un entusiasmo inexplicable; en el manejo de llaves que se llevó, estaba la del encierro de ella... ¿Fué casualidad esto?... ¡Oh!... Desde la prisión de Isabel, parece que David ha intentado espiarme, y en cuanto al tesoro de mis papeles nadie más que él podía conocerlo. Creo que tengo ya en punto de partida. Observaré.

Y así pasaron cuatro días.

David continuaba entre la vida y la muerte.

Con frecuencia la fiebre le había delirar, y entonces sus palabras eran escuchadas afanosamente por el abate.

No necesitaba más para la perdición del huérfano.

Más ó menos tarde, sería descubierta su traición.

—¿Quién le protegería entonces?

La suerte que le aguardaba, según todas las probabilidades, no podía ser más espantosa.

En su situación su mayor fortuna hubiera sido que la enfermedad acabase con su mísera existencia.

Emporo un nuevo acontecimiento debía complicar la situación, y por entonces al menos salvar á David.

El mismo día que Florentín se hizo las últimas reflexiones sobre la lealtad del jorobado, Simón, con una rectitud de conciencia sorprendente en él, se dijo:

—El pobre David está muriéndose, nada puede hacer contra mí, pero por lo mismo, sería cometer una cobardía el engañarlo. Tengo dinero, que es cuanto necesito, y esta misma noche daré á Crispín

la primera acometida. ¡Por los cuernos de Satanás!...

Es preciso acabar este enredo.

Y después del toque de oraciones, se caló el sombrero, se embozó en su capa, y con los bolsillos llenos de oro, salió de su vivienda.

CAPITULO XV.

DE CÓMO EL ASESINO DIÓ EL PRIMER PASO

Simón conocía perfectamente las costumbres de Crispín, y sabía que todas las noches este iba á una taberna que por aquel tiempo había á la entrada de la calle del Factor.

Allí pasaba el esbirro una hora por lo menos saboreando un vinillo de Chinchón, que según era fama, no tenía igual.

A este vino, cuyas buenas cualidades ponemos desde luego en duda á pesar de su reputación, debía tal vez el dueño de la taberna los numerosos parroquianos que lo enriquecían.

Crispín se situaba siempre en el más apartado y obscuro rincón, y se entregaba solo á sus libaciones.

Muchos de los parroquianos habían mostrado su disgusto porque concurriese allí un dependiente del Santo Oficio, pues durante aquella hora, no había nadie que se atreviese á hablar con libertad.

Quejéronse algunos á maese Fidel, dueño de la taberna, proponiéndole que en vez de vino diese vinagre á Crispín para hacerle perder la afición al establecimiento; pero maese Fidel se mostró inflexible, diciendo que, sobre ser esto un abuso rechazado por su conciencia no quería exponerse á las iras del esbirro, quien con la mayor facilidad podía pagar el vinagre con una delación.

Simón fué á la taberna, y vió á Crispín, como de costumbre, en un rincón medio obscuro, y sin más compañía que la de un jarro y el vaso ó cubilete de estaño en que bebía.

Con el mayor desembarazo, como quien se acerca á un amigo, acercose el gigante al alguacil, que lo miró con sorpresa y desagrado.

—Ya sé que no me conocéis, señor Crispín—dijo Simón mientras se sentaba y apoyaba los brazos en la mesa, pero esto

no es una razón para que dejéis de escuchar lo que tengo que deciros sobre un asunto de mucha importancia, doblemente cuando ha de resultaros un beneficio.

—No, no os conozco—se concretó á decir el esbirro.

—Si me lo permitís, pediré vino; tengo seco el paladar, y si no lo remojo no podré explicarme.

Que el recién llegado era un criminal, no podía ocultársele á Crispín.

Cualquiera que fuese el motivo de la conducta de Simón, convenia escucharlo, porque para desembarazarse de él, siempre había tiempo.

—Haced lo que mejor os parezca—dijo el alguacil.

—Muchas gracias.

Pidió vino el gigante, y cuando se lo trajeron, y bebió, dijo:

—Señor Crispín, tenéis un enemigo muy temible y que está resuelto á daros una puñalada.

—¿Qué decís?—replicó el esbirro estremecciéndose y fijando una penetrante mirada en Simón.

—Lo que estáis oyendo.

—Empezáis la conversación de un modo bien extraño.

—Permitidme brindar por vuestra salud...

Y haciéndolo como lo decía, añadió Simón:

—No hay hombre á quien, por mucho que se guarde, no pueda dársele una puñalada, y por consiguiente haríais muy mal en burlaros del peligro.

—Acabad de explicaros.

—Antes es preciso de que me deis vuestra palabra de que no habéis de mirarme con malos ojos, porque yo no soy más que un enviado de otra persona, y ninguna gracia tiene que me hagan pagar culpas ajenas.

—Os lo prometo.

—Suceden en este mundo cosas bien raras. ¡Ira de Satanás!...

—No juréis.

—Perdonad...

—Pueden oírnos—repuso el alguacil—y mi posición es muy delicada...

—Entiendo, entiendo.

Crispín bebió, apoyó los codos en la mesa y la barba en las manos, y fijó una mirada penetrante y escudriñadora en Simón.

—Ya sabéis—repuso éste—lo que dice el refrán: «que en este mundo no se sabe más que lo que no se hace.»

—Por eso mañana se sabrá que habéis hablado conmigo.

—Pero si hemos de vernos por segunda vez, lo haremos en otra parte.

—Decidme quién es ese enemigo que quiere asesinarne, y por qué me odia.

—A eso voy.

—Si he de hablaros con franqueza, empezáis á ponerme con cuidado.

—Sobra motivo para tenerlo.

—Explicaos.

—El delito que habéis cometido no consiste en otra cosa que en ser dueño de un secreto.

—¡ Un secreto!

—Sí.

—No comprendo lo que queréis decir.

—Me explicaré.

—Sí, sí.

—Voy á contaros una historia ó parte de una historia que conocéis demasiado.

—Conozco muchas.

—Esta es muy reciente.

—Las hay de todas épocas.

—Una noche fuisteis al arrabal de San Ginés para llevaros presa á la mujer de un nigromántico.

Se contrajo la frente de Crispín, pero no replicó.

Desde aquel momento la conversación tenía grandísimo interés para el esbirro.

¿Iba á saber quién era el traidor á quien inútilmente se había buscado, y por cuyo descubrimiento daría el abate la mitad de su vida?

—Lo que allí sucedió no tengo que repetir; únicamente recordaré que vos tuvisteis la fortuna de dar alcance á la mujer que había logrado escaparse. ¿No es verdad?

—Esas cosas se olvidan fácilmente.

—¿Tenéis mala memoria, señor Crispín?

—Casi puedo decir que no tengo ninguna.

—Sin embargo, tal vez recordéis que aquella mujer tenía una hija, una niña de tres ó cuatro años.

—Algo recuerdo.

—Y que esa niña, separada de la madre, quedó á vuestro cuidado y en vuestra casa hasta la siguiente noche en que vos la llevásteis...

Interrumpióse Simón y miró al alguacil. Este permaneció inmóvil, concretándose á decir:

—Proseguid.

—¿Os acordáis ó no?

—Algo, algo... Continúad.

—Hay quien se interesa por la suerte de esa niña.

—Lo supongo: tiene padre...

—Que huyó.

—Tendrá parientes.

—Lo ignoro.

—No le faltarán amigos...

—Uno por lo menos.

—¿Y ese?

—Es el que quiere asesinaros.

—¿Y qué tengo yo que ver con lo que sucede á esa niña?

—Nada, y mucho.

—Me mandan y me es forzoso obedecer.

—Es verdad.

—Además, á esa criatura no se le ha hecho otro mal que separarla de su madre; pero esto era preciso, porque ya sabéis que es la costumbre.

—Pero á esa niña se la busca sin encontrarla.

—¿Es culpa mía?...

—No lo es aún, pero lo será.

—Ahora sí que no os entiendo.

—Vos sabéis dónde está esa criatura, puesto que vos fuisteis el encargado de llevarla donde dispuso el abate.

—¿Y bien?

—Ese amigo quiere que vos le digáis dónde está la niña.

—¡Yo!...

—Si lo hacéis, os pagará generosamente vuestro servicio.

—¿Y si me niego?...

—Más ó menos tarde os dará una puñalada en el corazón.

—¡Oh!...

—Os es muy fácil echarme mano y encerrarme en los calabozos de la Inquisición; pero como no conocéis al que me envía, nada conseguiréis.

Crispín se esforzó para disimular lo que sentía.

—Bebamos—dijo.

—Sí, bebamos y acabemos.

—Vuelvo á escucharos.

—No me queda que deciros más que una cosa, haceros una advertencia para vuestro bien.

—Cuántas gustéis.
 —¿Me habéis mirado bien?
 —Sí.
 —¿Creéis que puede faltarme el valor, aunque me caiga el infierno encima?
 —No.
 —Mirad—repuso Simón, enseñando sus robustos puños.
 —Ya veo que sois un gigante.
 —¿Os parece que podré resistir las cuerdas del tormento?
 —¡Por Satanás!... Rayos y truenos!...
 —¡Oh!...
 ¡Mil legiones de condenados!...
 —Callad.
 —Me sobra corazón para sufrir todos los tormentos y morir antes de decir lo que quiero callar.
 —Lo creo, lo creo.
 —Pues bien, si para averiguar quién es el protector de la niña me lleváis á la Inquisición y para obligarme á declarar recurrís á las cuñas, á la escalera, al agua, á la cuchilla, al fuego...
 —Descuidad, descuidad—se apresuró á decir el esbirro, que de vez en cuando se estremecía poseído de terror, á pesar de que tenía por muy afortunado el encuentro con Simón.
 —Y sobre no decir una palabra en el tormento, os asesinarían más pronto si me encerráseis, y asesinarían también á Florentín, porque quien ha de hacerlo tiene alma que le sobra para eso y mucho más.
 Crispín guardó silencio y reflexionó.
 Ya sabemos que era sobradamente astuto, con lo cual no había tal vez contado el asesino.
 Transcurrieron algunos segundos sin que ninguno de los dos hablase.
 —Recapitulemos—dijo al fin el esbirro.
 —Lo que tenéis que hacer es decidiros.
 —Decidirme...
 —Sí, escoged entre el dinero ó la puñalada.
 —La elección no es dudosa.
 —Sin embargo, muchas veces uno se ofusca...
 —Si me conocéis, debéis saber que no soy tonto.
 —Lo sé.
 —Y por consiguiente debéis pensar que no he de cometer la torpeza de rechazar vuestras proposiciones, inmolándome así en

bien del Santo Oficio, al que sirvo porque me paga, pero no por afición.
 —Sois un hombre de provecho, ¡voto á Satanás!
 —Vuestros juramentos pueden comprometerme.
 —Disimulad.
 —Pues bien, como os decía, no he de cometer una necedad, que no cometería el más estúpido.
 —Entonces, bebamos y hablemos del precio del negocio.
 —¿Estáis completamente decidido?
 —Acabaré por decidirme.
 —Decidme dónde está la niña y se os darán doscientos escudos.
 —Doscientos escudos...
 —¿Os parece poco?
 —Muy poco.
 —Pero...
 —Por doscientos escudos no se vende ningún hombre que se estime en algo.
 —Verdad es que valéis mucho...
 —Y que el servicio es de importancia.
 —Sean trescientos.
 —Tampoco.
 —Trescientos cincuenta...
 —No.
 —Olvidáis la puñalada.
 —No la olvido; pero sabed que yo tampoco soy cobarde.
 —Señor Crispín...
 —No haremos nada si no subís el precio.
 —¿Cuánto queréis?
 —Quinientos escudos.
 —Quinientos...
 —No me ofrezcáis menos, porque será inútil.
 —Es una fortuna...
 —No muy grande.
 —Con quinientos escudos puede un hombre buscarse un pedazo de pan para toda la vida.
 —Precisamente eso es lo que yo quiero; porque si arreglamos el negocio, dejaré mi plaza de alguacil, me retiraré á mi pueblo y viviré tranquilo.
 —No hay más que hablar.
 —Pero es menester que me dejéis tiempo para reflexionar, porque necesito convencerme de que mi traición no puede ser descubierta. convencerme de que por huir de un peligro probable no caiga en otro seguro.
 —¿Cómo ha de descubrirse?
 —Todo puede suceder.

—No habéis de hacer más que decir dónde dejásteis á la niña, porque de lo que haya de hacerse después, yo me encargaré.

—A pesar de eso, no decidiré hasta mañana, y á condición, por supuesto, de que he de saber quién sois y quién es la persona que paga.

—Quién soy, os lo diré ahora mismo; pero la otra persona no es menester que la conozcáis.

—Ha de darme el dinero...

—Os lo daré yo.

—He de descubrirle el secreto...

—Me lo diréis á mí.

—¿Vuestro nombre?...

—Simón.

—¿Qué más?

—No sé quiénes fueron mis padres.

—¿Dónde vivís?

—En la Morería.

—¿Vuestro oficio?

—Mi oficio... ¡Rayos y truenos!... Mi oficio...

—Comprendo.

—Vivo no sé cómo, y moriré cuando al diablo se le antoje cargar con mi alma.

—Mañana os contestaré definitivamente.

—Pero si no aceptáis y vengo á buscaros...

—Nada temáis: os diré sí ó no, y después que nos hayamos separado...

—Bien, así es como hablan los hombres.

—¿No bebéis?

—A vuestra salud.

Muy poco hablaron ya.

El gigante pagó todo el gasto, cometiendo la imprudencia de sacar una moneda de oro sin evitar que las demás sonasen, cuya circunstancia no pasó desapercibida para Crispín.

—Hasta mañana—dijo éste.

—¿Aquí?

—Aquí y á la misma hora.

Salió el asesino.

Pocos momentos después hizo lo mismo el alguacil, mientras decía:

—Veamos si me engaña.

Favorecido por la obscuridad, siguió al gigante.

Este se encaminó á su casa.

Pensando en lo que acababa de hacer, le ocurrió que había sido quizá demasiado imprudente dándose á conocer, y que ha-

bía cometido una torpeza concediendo un plazo.

Cuando esto pensó, se detuvo y volvió la cabeza para ver si lo espiaban.

Pero el esbirro, acostumbrado á esta clase de intrigas, iba arrimándose á la pared y no tuvo más que hacer un movimiento para quedar oculto en el hueco de una puerta.

—De esta canalla—dijo para sí el asesino—, debo temerlo todo, y me parece que haré bien en esconder el dinero hasta ver lo que resulta.

Efectivamente, apenas entró en su casa, reunió las monedas robadas al abate, las envolvió en un trapo, y dijo:

—También los papeles, porque quizá tengan más valor que este dinero.

Luego, sirviéndose de una mesa, subió á un camaranchón, llevando el tesoro.

Cinco minutos después volvió á bajar, diciendo:

—Aunque registrasen, no lo encontrarían.

Entre tanto Crispín se alejaba convencido de que Simón le había dicho la verdad sobre su nombre y vivienda; pero no en cuanto á lo demás.

¿Había otra persona interesada por la niña y resuelta á cometer un asesinato?

Era probable que la hubiese, porque Simón no tenía trazas de protector generoso de nadie; pero lo del asesinato no debía ser más que una mentira inventada para obligar, y el que había tirado al abate por la ventana, era indudablemente Simón, porque le sobraban fuerzas y osadía para esto y mucho más.

El esbirro creyó haber encontrado un tesoro.

Se le ofrecían quinientos escudos, sin pensar que el abate daría mil por el descubrimiento del traidor á quien buscaba.

Tal vez no podría conseguirse por medio del tormento que Simón hablase; pero en último caso Florentín podría castigar al que lo había tirado por la ventana.

La lucha entre el alguacil y el gigante no era igual: en aquella situación la fuerza no servía de nada, mientras que la astucia podía conseguirlo todo.

—Decididamente—pensó Crispín—la fortuna se empeña en protegerme. No solo dinero me dará el abate, sino empleos hon-

rosos y lucrativos y cuánto se me antoje. ¡Oh!... antes de un mes seré rico.»

Apoderándose de Simón, tal vez se conseguiría averiguar si Isabel se había escapado, y dónde se encontraba.

Tras un descubrimiento debía venir otro, siguiéndose como se siguen los eslabones de una cadena.

solía considerárseles arrepentidos y ahorcarlos en vez de quemarlos vivos, ó reconciliarlos, imponiéndoles otras penas.

Crispín no volvió á la taberna ni á su casa, sino que fué á la del abate, porque el asunto no era para perder un momento.



Estampó un beso de maternal ternura en la frente ensangrentada de David. (Pág. 37.)

No debía equivocarse en mucho el desalmado alguacil.

La suerte de nuestros amigos no había estado nunca tan comprometida.

¿Y que haría el gigante cuando se viese en la Inquisición sin esperanza de que nadie lo protegiese?

Por temor á los calabozos del Santo Oficio, servía el asesino á David; pero una vez que estuviera en aquellos calabozos, ¿tendría bastante abnegación para dejar que le destrozasen los miembros y lo llevasen á la hoguera sin declarar la verdad?

Este proceder noble no era ciertamente el que debía esperarse de un hombre de alma depravada como Simón, mucho más cuando éste sabía que el único medio que las víctimas de la Inquisición tenían para librarse del tormento y la hoguera, era el confesarse culpables y acusar á muchas personas como cómplices, porque así

CAPITULO XVI

DE CÓMO SIMÓN OCUPÓ EL LUGAR DE ISABEL

Media hora después de la escena que hemos referido, el horizonte empezó á cubrirse de negras nubes, ocultando la luna y las estrellas, y al cabo de otra media hora, una lluvia menuda y espesa regaba las calles de Madrid.

Simón no volvió á salir de su casa: cenó y se acostó, quedándose profundamente dormido.

Pasaron dos, tres y cuatro horas.

Continuaba lloviendo.

Las calles estaban desiertas y tenebrosas.

Dieron las doce.

Con pasos silenciosos, como si fuesen impalpables sombras, por las estrechas calles de la Morería, uno tras otro y arri-

mados á la pared, se deslizaban doce negros bultos.

Una vieja supersticiosa hubiera creído al verlos que era una procesión de fantasmas, de espíritus infernales que se encaminaban á la cumbre que todavía se conoce con el nombre de las Vistillas, y adonde según en aquellos tiempos era fama, acudían los enviados de Satanás y aun él mismo para responder á los desesperados que querían entregarle el alma.

No eran condenados, aunque poco menos, pues eran esbirros del Santo Tribunal, que iban á cumplir su santa misión, y que adelantaron silenciosamente hasta llegar á la casa de Simón.

Entonces salieron de debajo de las capas algunas linternas, cuyas luces esparcieron trabajosamente sus rayos á través de la lluvia y permitieron ver las relucientes hojas de algunas espadas y los sombríos rostros de los alguaciles, así como el pálido y enjuto del abate Florentín, á cuyas órdenes iban.

Todos quedaron inmóviles.

—Llamad—dijo Claudio.

Y uno de los esbirros golpeó la puerta con el pomo de la espada.

Nadie respondió.

—Más fuerte—añadió el abate.

El alguacil se inclinó, buscó una piedra y con ella descargó nuevos y más recios golpes, que resonaron en toda la calle.

—¿Quién llama?—gritó entonces una voz ronca que parecía salir de las profundidades de la tierra.

—Abrid—dijo Claudio.

—¡Que abra!... ¡Mil rayos!...

—Abrid inmediatamente.

—¿Pero quién es?

—El Santo Oficio.

Estas palabras fueron contestadas con un rugido de desesperación.

No fué menester repetir la orden.

La puerta se abrió, apareciendo el asesino.

—Ese es—dijo Crispín.

—Sí—replicó Simón, cuyos ojos despedían llamaradas—; yo soy; pero...

Interrumpióse, lanzó á Crispín una mirada furiosa, y luego añadió:

—Pero aún no habéis ganado la partida, y os convenceréis de que es muy peligroso engañarme...

—Silencio...

—¡Mil legiones de condenados!...

—Callad os digo—replicó el abate.

Crispín se encogió de hombros y sonrió con expresión de triunfo.

—Bien—repuso Simón—. Callaré ahora, callaré hasta que me convenga; pero cuando hable, ¡por Satanás!...

—¿Os llamáis Simón?

—Sí.

—¿No tenéis apellido?

—Ni lo quiero, porque si lo tuviera, me estorbaría para muchas cosas.

El abate hizo una señal y dos alguaciles se acercaron al asesino y le ataron los brazos á la espalda.

—Trabajáis en balde, porque no me pasa por las mientes huir: cuando me convenga, recobraré la libertad.

—Este debe ser—murmuró Florentín, examinando las atléticas formas de Simón—; sí, era una mano de hierro como la de este miserable.

El asesino miró con insolencia á Claudio y replicó:

—¿Habláis de la noche de marras?

—Tú eres, reconozco tu voz...

—Sí, yo os cogí por el codo y os eché por la ventana.

—Y tú también, miserable, penetraste anoche en mi casa...

—No.

—Vamos, vamos—repuso Florentín, entrando en la vivienda de Simón.

Inmediatamente registraron por todas partes, sin dejar el camaranchón; pero no encontraron nada digno de llamar la atención.

Entre tanto el asesino, con la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía meditar.

Cuando hubieron concluído, salieron, cerrando y guardando la llave Florentín.

Simón no opuso resistencia ni pronunció una palabra.

En su rostro no se pintaba el abatimiento, sino la ira.

De vez en cuando lanzaba miradas terribles á Crispín, pero éste continuaba tranquilo, porque estaba seguro de que aquel no tardaría mucho tiempo en ir á la hoguera.

Claudio no podía disimular el júbilo de que estaba poseído.

Tenía esperanza de que el gigante á pesar de sus fuerzas y su valor, revelara en el tormento el nombre de la persona

á quien obedecía, si bien le había sorprendido y le desagradaba que desde luego aquel desalmado hubiese declarado ser él quien la noche inolvidable de la prisión de Isabel se había presentado tan inesperadamente.

La comitiva atravesó silenciosamente calles y calles.

Ya estaban calados hasta los huesos cuando llegaron á la Inquisición.

Simón fué encerrado precisamente en el mismo calabozo que había ocupado Isabel; pero se le puso la argolla, dejándolo así sujeto á la cadena y sin libertad para moverse más que en un pequeño espacio. —Aquí—le dijo el abate sonriendo con diabólica expresión—aquí estuvo también ella.

—Ya lo sé—respondió el gigante, dejándose caer en el montón de paja, que aún estaba empapado en agua—. No necesito que me lo digáis.

—¿Qué lo sabéis!

—Sí.

—¿Quien os lo ha dicho?

—Alguien, puesto que no soy adivino.

El abate se sorprendía más cada vez, porque las contestaciones de Simón no eran las que debían esperarse.

Los hombres tienen momentos en que hacen lo que nunca harían, y creyendo Florentín que se le presentaba una buena ocasión, repuso:

—Ciertamente no sois adivino, y averiguado está que no obráis por vuestra propia cuenta, sino que sois instrumento de otra persona.

—Está claro.

—¿Pero qué persona es esa?

—Hé ahí, señor abate, lo que por ahora no estoy de humor de decir.

—No pensáis que vuestras respuestas anteriores, dadas delante de testigos, os comprometen demasiado, y que ya os será imposible negar.

—Nunca he tenido intención de negar que os acogoté en casa de Jacobo de Torresillas.

—Y que después, valiéndoos no sé de que medios, os habeis introducido aquí, habeis roto una cañería para inundar los sótanos, habeis prendido fuego en las buhardillas, y...

—Os equivocáis; todo eso sabía yo que había de suceder; pero no he sido yo quien lo ha ejecutado, sino la persona á quien he

servido. ¿No se os alcanza que á la hora en que todos estábais aquí, me era imposible introducirme en los patios para romper la cañería y subir á los camaranchones para incendiar los trastajos viejos y las esteras? Señor abate, esta noche debéis estar muy turbado y desmentís vuestra astucia y vuestra penetración.

—Sea como quiera, ellos es que hay otra persona...

—Lo he confesado y no necesito cavilar.

—¿Y esa persona?...

—Volvemos á lo mismo, y perdonad si os advierto si habeis cometido una torpeza.

—No comprendo...

—Es muy sencillo.

—Sepamos.

—Si en vez de prenderme os hubiérais presentado solo y me hubiérais dicho: «Simón, vamos á tratar un negocio como hombres razonables...»

—¿Qué hubiera sucedido?

—Que conoceríais ya á esa persona, y en lugar de encerrarme á mí, la hubiérais encerrado á ella.

—Aún no es tarde...

—Me parece que sí.

—Figuraos que esáis en vuestra casa...

—¡Mil legiones de condenados!... No me gusta hacerme ilusiones.

—Pues bien, colocaos en la realidad...

—Señor abate, dejadme descansar, porque me habeis interrumpido el sueño y necesito dormir. ¡Vive Dios!... Mañana será otro día. Esta noche no diré más de lo que he dicho; y cuando me propongo una cosa, hay que dejarme, porque tengo la cabeza más dura que un tudesco.

Y al pronunciar estas palabras, se tendió el asesino con la firme resolución de dormir.

Dudó el abate sobre la conducta que le convenía seguir, y al fin salió del calabozo con la risueña esperanza de que todo lo averiguaría.

Después de reflexionar, creyó que con aquel hombre no era conveniente apelar á la fuerza, sino á la habilidad, y en vez de obligarlo con el tormento, sería más prudente conquistarle con el oro.

Esto parecía desprenderse de las frases del asesino.

No había delaciones escritas, no había para los demás inquisidores noticia oficial de aquella prisión, y por consiguiente Flo-

rentín podía tener á Simón encerrado, sin que nadie se mezclase en el asunto.

Si para averiguarlo todo era preciso transigir, no convenía que el fiscal presentase acusaciones, porque en este caso hubiera sido difícil conceder á Simón todo lo que pidiera.

Pasó el día siguiente sin que Claudio tomara una resolución.

En el estado de David empezaba á advertirse alguna mejoría.

El gigante, lo mismo que Claudio, continuaban meditando sobre la conducta que le convenía seguir para librarse del tormento y de la hoguera; pero su imaginación no era tan viva ni tan fecunda que lo sacase inmediatamente del apuro.

En el barrio de la Morería no tardó en saberse que Simón estaba en la cárcel del Santo Oficio, y como del árbol caído todos hacen leña, alguna vecina fanática empezó ya á pensar en presentarse á los inquisidores para declarar cómo el acusado juraba y maldecía con frecuencia, añadiendo que nadie lo había visto oír misa ni mucho menos confesar.

Una semana de encierro sería sobrado para que lloviesen las declaraciones contra Simón, apareciendo éste, no como un criminal cualquiera, á quien debían juzgar los tribunales civiles, sino como un hereje que debía ser castigado por la Inquisición.

Estas declaraciones espontáneas hubieran comprometido los proyectos del abate.

Este quiso dejar á Simón tiempo para reflexionar. Pasaron otros cuatro días.

Una mañana, al entrar en el tribunal, fray Tadeo, después de saludar á Florentín, le dijo:

—Parece que la otra noche hicisteis buena caza en la Morería. ¿Quién es el criminal?

Sintióse vivamente contrariado el abate; pero acostumbrado á disimular y fingir, respondió sencillamente:

—No es cosa de importancia.

—¡Ah!—repuso con candidez el dominico.

—Ya sabéis lo que me sucedió cuando fuí á prender en el arrabal...

—¿A la rubia?

—Sí, hermano

—Ya.

—Aquello y lo del incendio, prueban...

—Que hay un traidor entre nosotros.

—Un traidor, que á mí particularmente me odia.

—¿Y no lo habéis descubierto?

—Estoy en camino de descubrirlo, todo.

—Me alegro, hermano.

—El hombre á quien la otra noche prendimos no es un criminal; pero puede dar mucha luz, y he querido atemorizarlo, hacerle creer que está acusado de hereje, cuando no hay tal acusación, ni puede haberla, porque ni hay ninguna delación, ni él declara haber pecado.

—Entiendo.

—Sin embargo, no sé lo que puede resultar...

—Entiendo, entiendo—volvió á decir el dominico con la más completa indiferencia.

Y después de algunos instantes, añadió:

—¿Y al fin estamos en la misma duda sobre la personalidad de las mujeres ahogadas?

—La misma.

El fraile no hizo más observaciones; pero la frente de Claudio, cuando quedó solo, se contrajo.

—Es preciso concluir—murmuró—. Fray Tadeo no se olvida de Isabel, y aun me atrevería á jurar que sin interesarle tanto como á mí, ha conseguido más que yo y sabe quién es el traidor á quien busco.

Quizá no se equivocaba el abate.

Decidido á terminar de cualquier modo aquella situación, se dirigió al calabozo del asesino.

Veamos lo que sucedió entre el hombre de la fuerza y el de la astucia.

Parece que el resultado de la lucha no debía ser dudoso.

Teniendo en cuenta los antecedentes y circunstancias de cada uno de estos dos personajes, parece natural, forzoso, el triunfo de Claudio Florentín.

La fuerza no era el medio más ventajoso en aquella situación.

CAPITULO XVII

SIMÓN DA UNA SORPRENDENTE PRUEBA DE INGENIO

El abate entró en el calabozo, no como un juez severo, sino como un amigo.

Sus labios se entreabrían para sonreír, y frotándose las manos, se acercó á Simón, en tanto que fijaba en él una de aquellas



miradas penetrantes y escudriñadoras á las que nada se escapaba.

—¡Diantre!—dijo con melífluo tono—. La verdad es, Simón, que aquí no se está muy bien.

—No, no se está muy bien, porque sobre ser malo el aposento, lo dejan á uno morir de hambre.

—¿Pues qué, no te dán buena comida?

—Habas, lentejas y cosas por el estilo, mal cocidas y con poco aceite.

—Me alegro el saberlo; porque yo había encargado de que te tratasen bien, como era justo que se hiciera, puesto que á tí no debe considerártese criminal. No me mires con sorpresa, que lo que digo es exacto: hasta este momento, no hay en el tribunal ninguna acusación contra tí, si bien podrá haberla dentro de una hora.

—No entiendo una palabra.

—Pues es muy sencillo—repuso Florentín con la misma dulzura.

—¿Qué queréis decir?...

—Quiero decir que si no te muestras razonable...

—Ahora comprendo.

—¿Cuántos días llevas encerrado aquí?

—¡Vive Dios!... Cinco...

—Los cuentas bien.

—Ya me falta la paciencia.

—Hablemos, Simón.

—¡Rayos y truenos!... ¡Ira de Satanás!... Eso estoy deseando.

—Te suplico que no jures, porque...

—Bien, bien.

—Escúchame.

—No tengo más que oídos.

—Te acordarás que me dijiste que en buena amistad...

—Me parece—interrumpió Simón—, que será mejor que vos me escuchéis antes.

—Como quieras.

El asesino, que debía ya tener bien estudiado lo que debía decir, repuso sin detenerse:

—Yo me gano la vida como puedo.

—Está comprendido, y eso no me importa.

—Un día me buscó cierta persona, que en esta casa vale bastante, y me dijo: «Mira, Simón, has de hacer esto, y si no lo haces irás á la Inquisición, y aunque eres buen católico, aunque no eres más que ladrón, habrá quien jure que has co-

metido mil herejías y después que te descoynten, te llevarán al quemadero.»

—¿Y tuviste miedo?

—¡Voto á mi abuelo!... ¿Había cosa más fácil que cumplir esta amenaza?

—Si es persona que conoce las interioridades del Santo Oficio...

—Ya os he dicho que sí.

—Prosigue.

—Esa persona, me dijo también: «Si haces lo que te pido, te daré cien escudos.»

—¡Cien escudos!...

—Ya veis, una fortuna.

—Bien, bien.

—Dudé que se cumpliera lo prometido; pero el otro me aseguró que podía mostrarse liberal, porque al fin de la jornada vos seríais quien pagara todos los gastos.

—¡Oh!—exclamó el abate apretando los puños—. Ya se contaba con los mil escudos míos que me robaron la noche del incendio.

—Sobre ese punto no me dieron explicaciones, y obraron con mucha prudencia, ¡vive Dios! porque si me hubieran dicho que vos teníais mil escudos, ¡por Satanás! que para nadie hubieran sido más que para mí.

—Prosigue, Simón, prosigue, y cuenta con mi protección si me lo descubres todo... ¿Qué exigieron de tí?

—Que por el corral me metiera en la casa de Jacobo y que hiciera lo que se me antojase, con tal de que la mujer del alquimista tuviera tiempo de escapar.

—¿Y no te encargaron respetar mi vida?

—¿Qué les importaba vuestra vida?

—¡Miserables!...

—Solamente me dijeron que si podía excusarme mataros, era mejor, porque así evitarían escándalos graves, que podían tener malas consecuencias.

—Adelante—repuso Florentín con visible agitación.

—Ya sabéis lo demás que sucedió.

—Sí, fué presa Isabel...

—Y os encargásteis de su hija.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La misma persona que aquella misma noche me encargó espiaros para averiguar adónde llevabais á la chiquilla, por si á él le ocultábais el secreto.

—¿Quién es ese hombre, quién?

—Esperad, que aún falta lo mejor, falta que sepáis que si ese hombre ha sido para vos desleal, para mí ha sido un villano in-

fame... ¡Oh!... ¡por el alma del mismo Satanás!... ¡Rayos del infierno!...—exclamó el asesino con acento de la más reconcentrada ira.

—Calma, Simón, calma.

—La tendré, porque estoy seguro de vengarme, aunque siento no castigar á ese bribón por mis propias manos. A mí se me acusa, se me desprecia y se me trata como á un animal dañino; pero ese hombre es cien veces más criminal que yo. Sí, yo soy ladrón, soy asesino; pero cuando doy una palabra la cumplo: soy ladrón, pero soy leal.

—Tienes corazón, ya lo veo.

—¡Dios de Dios!...

—Prosigue.

—Os espíe y no habréis olvidado que junto á Santo Domingo, cuando llevábais á la niña...

—Sí, sí.

—Pues bien, todo quedó en tal estado.

—¿Te dieron los cien escudos?

—En buenas monedas de oro, eso sí; pero porque les convenía tenerme contento.

—¿Y después?

—El traidor me dijo que era menester sacar á la niña de donde estaba, y que yo había de encargarme de esto, porque él no podía hacer nada que infundiese sospechas.

—¿Es decir, que ese hombre sabe donde se encuentra la hija de Isabel?

—¡Ya lo creo!... Lo mismo que vos.

—¿Y tú?

—Respondí que no me metía en semejante negocio, porque tanto se provoca á la fortuna, que al fin...

—Pensaste cuerdamente.

—Se me ofreció más dinero, aunque advirtiéndome que no podría dárseme hasta que se terminara otro negocio, que sin duda era apoderarse de vuestros mil escudos.

—No te equivocas.

—Después se me reveló el plan de la inundación y del incendio.

—¿Cuándo?

—La misma noche en que esto debía hacerse.

—Supongo que el objeto no era otro que el de sacar á Isabel.

—Ese era.

—¿Y lo han conseguido?—preguntó afañosamente el abate.

—Mi hombre asegura que Isabel es una de las que se han abogado.

—¡Oh!—murmuró Florentín, cuya frente se contrajo.

—Al hablarme de eso me exijía que yo esperase por estos alrededores y me hiciese cargo de la rubia.

—¿Y por qué no aceptaste la proposición?

—Por la razón misma que no quise meterme en lo de la muchacha. Esto iba siendo el cuento de nunca acabar; tras de una cosa me pedían otra, y así hubiéramos estado eternamente. ¿Qué debía suceder? Que en fuerza de tiempo y de locuras, se descubriese todo y yo viviera adonde ahora estoy, que es lo único que le tengo miedo, pues el que me coja la justicia ordinaria y me ahorque, es cosa que no me importa un comino.

Florentín reflexionó.

—En lo que refieres—dijo luego—, encuentro una contradicción.

—¿Cuál?

—Si ese hombre sabe donde está la niña y tú no querías robarla, ¿por qué preguntas por ella á Crispín y le ofreces la enorme suma de quinientos escudos?

Simón desplegó una sonrisa maliciosa y replicó:

—Ese punto quedará bien aclarado.

—Veamos cómo.

—Antes concluiremos sobre los demás.

—Bien, concluye.

—Como me negué á todo, se me amenazó otra vez; pero me reí de la amenaza, por que no creí que el que había sido mi cómplice, ó más bien me había obligado á serlo suyo, se convirtiera en mi delator.

—Pero...

—Señor abate, antes de proseguir es preciso que me digáis una cosa.

—Pregunta.

—¿Qué ganaré si descubro al traidor?

—¿Qué quieres ganar?

—Mi situación no es la más á propósito para hacerme de rogar.

—Ciertamente que no.

—Debo contentarme con lo que más me importa.

—Y aun considerarte feliz.

—¿Podéis hacer de modo que yo salga de aquí, volviendo á quedar completamente libre?

—Ahora mismo, si quiero, puesto que en el tribunal no resulta nada contra tí.

—Pues bien, os descubriré al traidor en cambio de mi libertad.

—¿Y me dirás también por qué ese hombre protege á la mujer de Jacobo.

—No me lo ha confiado; pero según he podido entender, se enamoró de ella la misma noche que la prendieron, y además...

—Acaba.

—Creo que tiene otro motivo, que no lo descubriré hasta que terminemos nuestro contrato.

—Terminado está.

—¿Me prometéis devolverme la libertad?

—Ahora mismo, te lo juro.

—Pues bien el traidor es Crispín.

—¡Crispín!—exclamó el abate, fijando una mirada de incredulidad en el asesino.

—Crispín—repuso éste—; os juro por quién soy.

—¡Oh!...

—La última vez que nos vimos, fué en la taberna de la calle del Factor, la misma noche que me prendísteis, y allí me dijo estas palabras: «Si no te apoderas de la niña, antes de tres horas, estarás en los calabozos de la Inquisición, y si te apoderas de ella, te daré inmediatamente doscientos escudos, porque ya tengo dinero.

—¡Miserable!...

—Me negué; en vez de doscientos escudos, me ofreció trescientos, luego cuatrocientos, y quinientos al fin; pero mi respuesta fué volver la espalda.

El rostro del abate estaba lívido y descompuesto.

Con desiguales pasos recorrió dos ó tres veces el calabozo.

—Ahora que ya sabéis quien es el traidor, debo deciros que si ha de creérsele, tiene una razón de conciencia para proteger á esa mujer y particularmente á la niña.

—¡Una razón de conciencia!—replicó Florentín con profunda sorpresa.

—Sí, dice que ella lo maldijo y que...

—Es verdad, es verdad.

—Ya lo veis.

—No, ya no dudo.

Este último detalle acabó de convencer á Claudio, puesto que creía que David ignoraba lo de la maldición de Isabel.

Además, ¿por qué no había de ser Crispín el traidor?

Lo mismo que el jorobado, el alguacil

tenía medios de hacer lo que todos habían visto con tanta sorpresa.

Simón había dado sus explicaciones con una habilidad admirable.

La única contradicción en que parecía haber incurrido, no existía, puesto que se comprendía que Crispín había hecho la delación trocando los papeles para satisfacer su deseo de venganza.

—Otra prueba de que digo verdad—repuso el asesino.

—¿Qué prueba es esa?—preguntó Florentín deteniéndose.

—La noche que Crispín fué á buscarme para hacerme la primera proposición, estaba yo con un amigo, que tiene que andar ocultándose por cierta travesura.

—¿Y ese amigo?...

—Cuando oí que llamaban se metió en el camaranchón que visteis la otra noche, y desde el cual, en caso de apuro, podía huir por los tejados.

—¿Y escuchó vuestra conversación?

—Sí.

—¿Y declararíais?

—Si garantizáis que no ha de hacerse nada...

—Sí, lo garantizo.

—Ya os he dicho que le persigue la justicia.

—No importa, puede venir, declarar, y como el nombre de los testigos es un secreto en la Inquisición.

—Entonces lo dirá todo.

—Quieres vengarte. ¿no es verdad?

—Lo deseo con toda mi alma.

—¿No tendrás inconveniente en firmar la delación contra Crispín según yo la exhorta?

—No tengo más inconveniente que el no saber escribir.

—Harás una cruz, el notario dará fe, y esto será bastante.

—Lo mismo—repuso el gigante—, tendrán que hacer con mi amigo.

—Se hará; pero ten entendido que en la delación no ha de ponerse otra cosa que lo que yo dicte.

—No siendo nada que pueda perjudicarme.

—Descuida.

—Estoy dispuesto.

—Y cuando salgas de aquí...

—Si en algo puedo servir, disponed de mí.

—Sí, podrás prestarme algún servicio, que te pagaré largamente.

—De eso hablaremos después.

—Ya estás libre... Ven.

—¡Rayos y truenos!... ¿Queréis que me lleve detrás la pared.

—Es verdad, te se puso la argolla... Voy á mandar que te la quiten.

El abate se asomó á la puerta y llamó.

Acudió un carcelero, y pocos segundos después, Simón podía moverse con toda libertad.

—Estoy á vuestras órdenes—dijo.

—Sígueme.

Salieron del calabozo.

Diez minutos después el asesino en presencia de un notario empuñaba la pluma y trazaba una cruz al pie de la declaración; escrita conforme á los deseos de Florentín.

—Se os llamará para que os ratifiquéis—le dijo el abate.

—¿Ya puedo irme?

—Sí.

Simón salió con aire triunfante.

En el portal encontró á Crispín, que lo miró con la más profunda sorpresa.

Detúvose enseguida el asesino, y mientras miraba al alguacil con expresión y aire de triunfo, le dijo:

—Señor Crispín, el señor abate os llama y me ha encargado decíroslo.

—¡A mí!..

—Sí, á vos.

—Pero vos..

—Creo que es para explicaros lo que ahora no acertáis á comprender.

El esbirro se puso pálido como un cadáver se estremeció convulsivamente.

—Esperad, esperad...

—¿Qué queréis?

—Os veo en libertad.

—No puedo detenerme, ni debéis tampoco hacer aguardar al señor abate.

—¡Ah!..

—¿Qué os sucede, señor guapo?

—Escuchadme un momento..

—Compadre—replicó el asesino—, debíais haber pensado, que donde las dan las toman.

—Esto es incomprendible...

—Todo os lo dirá el señor abate, y vos seguid mi ejemplo, camad claro, muy claro... Quedad con Dios y hasta el día en que os achicharren, que tendré el gusto

de ir á ver como bailáis en la hoguera y que gestos hacéis.

Y soltando una carcajada de alegría brutal, desapareció el gigante.

—¿Qué debo hacer?—se preguntó Crispín, que seguía temblando.

Acababa de comprenderlo todo y pensaba en huir cuando se presentó el abate con otros alguaciles.

Cinco minutos después ocupaba Crispín el mismo calabozo que habían ocupado Isabel y Simón.

CAPITULO XVIII

DAVID SE SORPRENDE, SE IMPACIENTA Y SE ALEGRA

Cuanto más reflexionó el abate, más se convenció de que Simón le había dicho la verdad.

Repasaba en su memoria los sucesos que habían tenido lugar desde la noche de la prisión de Isabel, y cada vez que esto hacía, encontraba un nuevo detalle, que era para él un rayo de luz, una prueba más de la traición del esbirro.

Así suelen ser las cosas en este mundo.

Florentín, con toda su inteligencia, con toda su astucia y penetración, acababa de ser engañado por un hombre de tan limitado entendimiento como el asesino.

Rara vez se fiaba Claudio de apariencias, y sin embargo entonces las apariencias fueron para él pruebas palpables que no podían ofrecer ninguna duda.

Verdad es que las invenciones de Simón estaban combinadas admirablemente, porque eran el fruto de cinco días consecutivos de meditación, durante los cuales ninguna otra idea distrajo el pensamiento del gigante.

Ya hemos dicho más de una vez, y sin que lo hubiéramos dicho lo sabe todo el mundo, que el miedo hace tantos prodigios como el amor: estos dos sentimientos producen siempre resultados inconcebibles, si bien tocando extremos opuestos.

El miedo y el amor iluminan tanto el entendimiento como lo trastornan y lo anulan.

El miedo y el amor hacen de una persona de agudo ingenio, de elevada inteligencia, la criatura más torpe que puede imaginarse, mientras que en otras ocasiones al torpe lo hacen perspicaz.

Los papeles se habían trocado: el hom-

bre que no contaba más que con la hercúlea fuerza de sus músculos de acero, se volvió astuto é ingenioso, engañando al que siempre lo había sido sobre todos los demás.

Bien puede decirse que estaba pronunciada la sentencia de Crispín, porque á la delación del asesino se uniría la declaración falsa como se comprende, que para servirlo prestaría uno cualquiera de sus

terio había redoblado sus cuidados, le dijo cariñosamente:

—No, hijo mío, no te levantarás hoy: aún estás muy debil, y es prudente aguardar á mañana. No tengo mucho que hacer, estaré á tu lado más tiempo que otros días y te referiré lo que ha sucedido durante tu enfermedad.

David fijó en el abate una mirada ansiosa, porque sospechó que se trataba de



—¡Tened piedad de mí!—exclamó Isabel. (Pág. 39.)

desalmados camaradas, á quienes les importaba muy poco jurar en falso.

Claudio llegó hasta el punto de acusarse por haber sospechado de David, sin que esto signifique que tenía remordimientos ni pesar; pero debía suceder que el jorobado mereciese desde entonces y como nunca había merecido la más ciega confianza de su protector.

Durante aquel día siguió mejorando notablemente el huérfano.

La fiebre cedía con rapidez.

La noche la pasó tranquila, hasta el punto de que cuando amaneció sintióse completamente despejada su cabeza y aun habló de abandonar el lecho.

Empero Florenín, que desde el día an-

terio había redoblado sus cuidados, le dijo cariñosamente:

—Sí—dijo con voz débil—, contadme lo que pasa y así me distraeré.

—¡Cuánta va á ser tu alegría!—murmuró el abate, cuyos ojuelos relumbraron con expresión de júbilo.

—¿Habéis hecho algún descubrimiento de importancia?—preguntó el huérfano, esforzándose para disimular sus temores.

—Sí, de mucha importancia.

—Ante todo habladme de la noche de la inundación, porque ya sabéis que mi herida me hizo perder el conocimiento, y por consiguiente ignoro lo que sucedió después.

—Yo también ignoro como tuvo lugar tu desgracia—repuso el abate.

—Es muy sencillo: al bajar una de las escaleras, con la precipitación y el agua que corría por todas partes, resbalé y caí: á pesar del dolor que sentía y de la sangre que en abundancia se escapaba por mi herida, quise llegar á los calabozos; pero bien pronto me faltaron las fuerzas y comprendí que iba á caer en una de aquellas lagunas, donde me hubiera ahogado antes de que nadie me socorriese.

—¡Pobre David!

—Entonces retrocedí tan oportunamente, que apenas me fué posible llegar al sitio donde debisteis encontrarme y que á punto fijo me sería posible designar, porque me encontraba completamente trastornado.

—¿No llegaste á oír las voces de «fuego» que sonaban por todas partes?

—¡Fuego!—replicó David con fingida sorpresa.

—Sí; mientras se inundaban los sótanos, ardían los camaranchones.

—¿Qué estáis diciendo?

—¿No te parece sospechosa la doble desgracia al mismo tiempo?

—No—respondió el huérfano—, no puede ser casual el fuego y la inundación...

—No lo ha sido.

—¿Y se ha descubierto al criminal?—preguntó David afanosamente.

—Sí.

—¡Ah!...

—Y al descubrir al criminal se ha descubierto al traidor que inútilmente he buscado la noche del suceso inolvidable del arrabal de San Ginés.

—¡Que se ha descubierto al traidor!—murmuró el huérfano, empezando á sentirse aturdido.

—Sí, se ha descubierto: ya te dije que á todos los traidores no hay que buscarlos, porque más ó menos tarde, ellos mismos se dan á conocer.

—Es verdad, la impunidad los alienta, cometen abuso tras abuso...

—Y al fin, una torpeza que los descubre.

—¿Y qué se proponían con la inundación y el incendio?

—Lo que han conseguido—respondió Florentín, suspirando tristemente.

—Decid, padre mío.

—Se proponían producir el desorden y la confusión, aprovechando la cual, algunos presos han recobrado la libertad, y entre ellos, según todas las apariencias, la mujer de Jacobo de Tordesillas.

—¡Se ha escapado ella!...

—Creo que sí.

—¿Cómo podéis afirmarlo?

—Se encontró ahogada una mujer, rubia como Isabel...

—Pero el rostro...

—En las convulsiones de la agonía debió dar muchos golpes contra los muros, porque tenía la cara medio deshecha.

David respiró como quien se siente libre de una mano que lo ahoga, porque recordaba que Isabel había quedado en sitio donde no era posible que se ahogase.

Los negros ojos del pobre huérfano brillaron un instante como dos luciérnagas.

Empero consiguió dominarse y ocultar su alegría.

—¿Y quién es el traidor?—preguntó—; yo debo conocerlo...

—Sí, lo conoces.

—Decidme su nombre...

—Adivina, David, adivina.

—No acierto...

—Escucha y verás lo que son las coincidencias y las casualidades.

—Ya escucho.

—Hace seis días vino Crispín y me dijo que habían querido sobornarlo, ofreciéndole quinientos escudos, porque revelara el secreto que le confié, y que tanto me importa guardar.

—¿Qué secreto?

—El del lugar donde se encuentra la hija de Isabel.

—¡Ah!...

—Esto se lo proponía un miserable, uno de esos ladrones y asesinos que desgraciadamente abundan en Madrid, y cuyo nombre es Simón.

—¡Simón!—exclamó el jorobado sin poder contenerse.

—¿Lo conoces acaso?

—No... pero... me parece que he oído nombrarlo...

—Es posible.

—Proseguid.

—Aquella misma noche fuimos á la Morería, donde habita el asesino, registramos su casa y nos apoderamos de él.

David se limpió algunas gotas de sudor que corrían por su frente.

—¿Te sientes peor, hijo mío?

—No.

—Aún estás muy débil y quizá la conversación...

—Proseguid—repuso el huérfano, cambiando de postura.

—Descansa, y luego...

—Me interesa mucho lo que estáis diciendo.

—Antes de todo es tu salud.

—Si me faltasen las fuerzas os lo advertiría.

—Bien.

—Decíais que prendísteis á ese Simón...

—Quien con sorpresa mía confesó desde luego, que él era el que me había echado por la ventana, cumpliendo las órdenes de otra persona; pero que nada tenía que ver con el robo de mi dinero.

—¿Qué robo?

—¡Ah!... Es verdad, ignoras que la misma noche del incendio rompieron la cerradura de nuestra casa, y cuando volví me encontré abierto el arcón y un segundo fondo que tiene... ¿No lo sabías?

—Nunca me lo habéis dicho.

—Pues sí, el arca tiene un doble fondo, y allí guardaba yo los ahorros de toda mi vida, el fruto de quince años de privaciones... Yo creí que alguna vez te habría hablado de estos ahorros, con los cuales en su día debía recompensar tu lealtad y tu cariño y ponerte á cubierto de la miseria.

—Gracias, padre mío.

—Con el dinero, guardaba unos papeles de mucho interés, y que para mí tienen doble valor, porque pertenecen á una pobre familia, cuyo paradero ignoro, pero que descubriré.

—¿Y se llevaron el dinero y los papeles?

—Todo, menos la ropa.

—Es extraño.

—¿Comprendes el robo del dinero?...

—Sí, pero el de los papeles no.

—Desde que conozco al traidor, que es el ladrón también, me lo explico todo perfectamente.

—No, no es un ladrón cualquiera el que ha cometido el robo.

—No es Simón, ya lo he visto, porque él no se hubiera llevado los papeles, y porque mil escudos no pudo gastarlos en un

día, y se hubieran encontrado en su casa.

—Tenéis razón—dijo David, que no pensaba lo mismo que el abate, y abrigaba la convicción más profunda de que Simón era quien había cometido el robo.

—Cinco días ha estado encerrado ese hombre.

—¿Y al fin?

—Ayer tuve con él una conferencia, y á trueque de que se le devolviera la libertad sin ninguna condición, me descubrió la verdad, dándome noticias y presentándome pruebas que no pueden ponerse en duda.

—¿Pero ese traidor?...

—Es Crispín.

—¡Crispín!

—El mismo, y desde ayer lo tienes encerrado y acusado en virtud de la delación hecha por Simón.

David no acertó á articular una sílaba. Parecíale que soñaba.

Dudó si la fiebre había trastornado otra vez su cabeza.

¿Era posible que Simón hubiese sido tan leal, y sobre todo tan ingenioso y astuto?

La admiración de David creció más y más cuando el abate le refirió punto por punto su conversación con el asesino, concluyendo por decir:

—Ahora necesito adoptar nuevas precauciones con respecto á la hija de Isabel, y en este asunto nadie más que tú ha de ayudarme; solo en tí, cuya lealtad no tiene límites, depositaré mi confianza.

—¡Ah!—exclamó David—, esa prueba de vuestro cariño...

—La mereces.

—Padre mío...

—Piensa en recobrar las fuerzas, siguiendo siendo leal, y yo haré tu fortuna.

—Ya lo veis—repuso el jorobado, volviendo á incorporarse.

—¿Qué haces?

—Es preciso que me levante.

—Hoy no.

—Un día que se pierda...

—No importa, porque ningún peligro nos amenaza, y si pienso en adoptar nuevas precauciones, es por lo que pueda suceder.

—Sin embargo...

—No, David, no te permitiré hacer una locura, porque tu vida vale mucho para mí.

—¿Con qué os pagaré?

—Con cariño y nada más.

Para no hacerse sospechoso no quiso el huérfano insistir, si bien era mucha su impaciencia, no solamente por ver á Simón y entrar con él en explicaciones, sino para ver si podía averiguar lo que había sido de Isabel.

Por de pronto ésta se había salvado.

—¿Pero estaba en lugar seguro?

—Aunque no todo lo que deseaba, el desdichado David había conseguido mucho, y con su pensamiento dió á Dios gracias porque escuchaba sus ruegos.

No tenía el jorobado más que motivos de contento, y esto contribuyó mucho al aumento de sus fuerzas; así que, al día siguiente, á pesar de las observaciones del abate, dejó el lecho y decidió salir de casa, pretextando la necesidad de respirar aire libre, que debía hacerle mucho bien.

Así lo hizo acompañando á Florentín, que fué al tribunal para ocuparse con todo el ardor de su odio del proceso de Crispín.

—Si te sientes con fuerzas—dijo el abate al jorobado—, puedes dar un paseo.

—Descansaré algunos minutos y saldré—respondió David.

CAPITULO XIX

FRAY TADEO EMPIEZA Á DEJAR VER SU INTERIOR

David se sentó entre los alguaciles y porteros que había en una antesala, contestando á los saludos y felicitaciones que le dirigían; pero como era cada vez mayor su impaciencia por hablar con Simón á pesar de sus pocas fuerzas, no se detuvo más que algunos minutos y volvió á salir diciendo que iba á dar un paseo.

En el portal encontró á fray Tadeo, que acababa de entrar, y quitándose el sombrero, le saludó respetuosamente el jorobado, mientras se dirigía hacia la puerta; pero el fraile se detuvo, y con cariñoso acento le dijo:

—¿Cómo te sientes, David?

—A Dios gracias—respondió el huérfano—, ya he recobrado la salud.

—Me alegro, hijo mío, me alegro mucho.

—Padre mío, vuestro cariñoso interés...

—Ya sabes que todos te queremos, y en cuanto á mí—repuso fray Tadeo mientras miraba á su alrededor para convencerse de que nadie le oía—, en cuanto á mí, voy

á darte una prueba de que te quiero más que nadie.

Estas palabras, aunque en apariencia muy sencillas, llamaron la atención de David.

El dominico, bajando la voz, y á la vez que hacía gestos muy expresivos, añadió:

—Supongo que no vas á ningún negocio urgente.

—A respirar el aire libre.

—Pues encamínate hacia mi convento, que allí me encontrarás.

—¡Hacia vuestro convento!...

—Sí, y á nadie digas adónde vas; á nadie, si en algo estimas tu persona.

—¡Padre!—exclamó David sin poder contenerse.

—Cuidado, que pueden oírnos...

—Pero...

—La ventana, la cuerda, la cañería, el camaranchón—dijo fray Tadeo mientras sonreía maliciosamente.

El jorobado palideció como un cadáver.

—Adios, hijo, adios—añadió el dominico en voz alta y dirigiéndose á la escalera:

—no andes mucho, no te fatigues, que aún estás débil y puedes recaer, y una recaída es mucho más peligrosa que la enfermedad.

David quedó inmóvil.

Su secreto era conocido; había por lo menos una persona que podía hacer declaraciones en favor de la inocencia de Crispín.

Puede comprenderse el terror que esto le produciría.

Grandes esfuerzos tuvo que hacer para dominar su estupor.

Después de algunos segundos se pasó las manos por la frente, y salió á la calle.

Entonces se empeñó en adivinar qué era lo que se proponía fray Tadeo.

Pero nada consiguió.

Para el primer día de convalecencia, era aquello demasiado.

Era forzoso obedecer al dominico.

—No quiero atormentarme más—dijo al fin el huérfano—; obraré según las circunstancias.

Efectivamente, en su extraña situación le era preciso aguardar los sucesos para determinar.

Pensativo, preocupado, sin apresurarse ni detenerse siguió andando, y quince minutos después llegó al convento de Santo Tomás.

Fray Tadeo que debía haber vuelto por otro camino salió al encuentro del jorobado.

—Venid.

Entraron ambos en el extenso edificio y á los pocos minutos se encontraron en la celda del fraile.

El rostro de éste no había cambiado de expresión: no podía adivinarse en él ningún pensamiento de importancia.

Hizo sentar á David, y haciendo él lo mismo, guardó silencio por algunos instantes.

El huérfano comprendió que toda negativa era completamente inútil si llegaba á tratarse de los sucesos de las noches anteriores.

—Hijo mío—dijo al fin fray Tadeo—, has obrado muy cuerdamente al acudir á mi llamamiento, y darías otra prueba de que vales mucho, si desde luego te colocases francamente en el terreno en que al fin nos hemos de colocar.

—Padre—replicó David, intentando hacer la última prueba—, me habéis dicho que venga, y mi deber era obedeceros.

—Demasiado sabes que ninguna obligación tienes de cumplir mis órdenes.

—Lo demás, vuestras últimas palabras...

—¿No las entendiste?—replicó el dominico, sonriendo maliciosamente.

—Sí, entendí vuestras palabras como las hubiera entendido cualquiera.

—¿Pero no comprendes la intención con que las pronuncié?

—Padre mío, no se me alcanza por qué para mandarme venir me hablábais de las desgracias ocurridas hace una semana.

El fraile, que no podía estarse quieto, arrastró su sillón, acercándose más al jorobado, y luego dijo:

—Mira, hijo, es preciso que hablemos con claridad, ¿me entiendes? y para abrir esta conversación, te daré el ejemplo.

David no pronunció una palabra.

Aumentábanse sus temores y crecía su agitación.

—Te conozco mejor que el abate—añadió el dominico—, ó lo que es igual, te conozco como nadie te ha conocido, y te lo probaré bien pronto, haciéndote ver que al entrar en relaciones contigo, me propongo ayudarte en la noble obra que has emprendido con verdadera heroicidad.

—¡Vos en relaciones conmigo!...

—¿Te sorprendes?

—Perdonad; pero...

—Te parece un imposible que el dominico fray Tadeo, que tanto vale como hombre

de ciencia, que tanto puede como inquisidor, que es, en fin, un verdadero personaje, una gran palanca, entre en relaciones de verdadera amistad con un pobre huérfano, desvalido, despreciado, y á quien, si en algo se estima, es porque se le concede esa lealtad humillante, esa fidelidad estoica del perro.

Los negros ojos de David relumbraron como dos centellas.

Luego sus mejillas enrojecieron como si fuese á brotar la sangre por ellas, y al fin, palideciendo densamente, se entrecabrieron sus labios para sonreír con una expresión profundamente dolorosa y horriblemente amarga.

—Empieza á darme la razón—prosiguió el dominico, volviendo á cambiar de postura—; pero tranquilízate, hijo, que aún eres muy joven, y aún puede ser tuyo el porvenir. Yo he visto en tí algo más que esa fidelidad que te ha proporcionado la estimación de tu amo y te ha dado la reputación más triste que puede tener un hombre; yo he visto algo más; he visto mucho, y en cuanto á tu lealtad de perro, nunca he creído en ella, no; no he creído en ella porque no ha existido; porque tú no has querido ser leal y fiel de ese modo; porque lo que tú has hecho ha sido seguir la senda que te trazaba tu desesperación, la senda fatal hacia donde te ha empujado el mundo, adonde te arrastraban las ruindades y las miserias de los hombres, la senda en cuyo término debías encontrar el insondable y negro precipicio de tu eterna perdición. Pero afortunadamente un rayo de luz divina ha llegado á los ojos de tu alma, has visto lo que no te habían dejado ver, has comprendido lo que te era imposible adivinar y te has detenido, y te esfuerzas para retroceder, y hoy te atormenta, no lo que hayas de conseguir, sino lo que has hecho y que no puedes borrar.

Al decir esto, era grave, severo, imponente el acento del dominico.

David lo miraba con profunda sorpresa y no lo reconocía.

¿Cómo había de reconocerlo?

Nunca había visto en el fraile más que un hombre astuto, perspicaz y travieso, impulsado en su proceder por los mismos sentimientos, las mismas ideas, las mismas ó parecidas pasiones que el abate.

Y sin embargo, en aquellos momentos, sin dejar de ser el hombre de rara penetración y de rara inteligencia, empezaba á revelar los sentimientos de un alma grande, elevada, verdaderamente sublime.

¿Qué significaba esto?

Nosotros mismos aseguramos que fray Tadeo tenía la mirada fija en el mismo punto que el abate, que ambos caminaban al mismo fin, y por consiguiente no cabían los dos en el mundo.

Se les veía luchar sorda, pero terriblemente.

¿Sostenían esta lucha aleve, porque con el abate era imposible una lucha franca y noble?

Posible es que á nosotros nos hayan engañado las apariencias.

Posible es que fray Tadeo más que aniquilar á un enemigo, se propusiera castigar á un criminal, desembarazándose á la vez del único rival temible que le era conocido.

—Pero no hemos podido hacer más que presentarlo tal como él se presentaba, y juzgarlo por las apariencias como lo juzgaban todos.

Si en el fondo del alma de aquel hombre había otra cosa que nadie había visto, ya la encontraremos y rectificaremos nuestras opiniones.

—Hijo mío—añadió el fraile—, tú no conoces el miedo ni las bastardas ambiciones que agitan á la humanidad, y sin temor alguno, con el descuido de la inocencia, con la seguridad de todo espíritu grande adelantaría risueño por el espinoso camino de la vida; pero no sucede así, porque al huir de lo pasado, que es horrible, ves siempre ante tí espantosos recuerdos. Y sin embargo, yo te aseguro que hay en tu conciencia una pureza envidiable, porque cuando has obrado mal, no ha sido tu razón la que te ha impulsado, no han sido tus instintos, sino tu desesperación, tu locura, el vértigo de tus dolores.

—¡Oh!—exclamó al fin el huérfano profundamente conmovido—. Sí, ha sido mi desesperación, padre mío, y os lo juro por la santa memoria de mi madre; mi desesperación, mi locura, porque el sufrimiento había llegado á enloquecerme.

—No jures, no: ya te he dicho que te conozco, y no es menester que niegues ni concedas, porque ni tus afirmaciones ni tus negativas harán cambiar mi opinión, que

se funda en una observación constante. Por lo demás, doy el valor que debo á los lazos que te unen á mi coteja Florentín, y nada tengo que echarte en cara sobre este punto.

El huérfano inclinó tristemente la cabeza y exhaló un suspiro.

—Ahora—repuso el fraile—volvamos al asunto que ha motivado esta conversación.

—Ya os escucho.

—Llamábame la atención lo que al buen abate había sucedido la noche que fué al arrabal de San Ginés.

—¿Y qué habéis deducido de eso, padre mío?

—Deduje, como era consiguiente, que cerca del abate había lo que él llamaba un traidor, y yo, un hombre grande, generoso y amante de la justicia...

—Proseguid.

—Quise averiguar quien era, y á los pocos días después de observar en tí cierta preocupación inexplicable...

—¿Y cómo sabíais que yo estaba preocupado, cuando aún no me habíais hecho el honor de dirigirme la palabra?

—No hay más que ver á un hombre para conocer eso, porque lo dice su mirada y su actitud. Te observé y dije: «Ese es el llamado traidor».

—¡Ah!...

—Pero necesitaba pruebas.

—Que no habréis tenido.

—No tengo.

—¡Pruebas decís!...

—Unas veces yo disfrazado, y otras una persona de mi confianza...

—¿Me habéis espiado?

—Sí.

—Padre—replicó severamente David—, eso...

—Es indigno, ¿no es verdad?

—Sí—replicó con firmeza el jorobado.

—No lo sé—repuso con calma el dominico—; tú lo sabrás mejor, porque antes lo habías hecho con Claudio Florentín.

El huérfano bajó los ojos y se ruborizó, mientras murmuraba:

Porque yo me proponía un fin noble...

—¿Y tú conoces ya el mío?

—Me obligaban las circunstancias.

—A mí también.

—Proseguid, padre.

—Has ido muchas veces á la Morería.

—¡Yo!...

—Sí; tú has estado en la Morería, has

tenido largas conferencias con un hombre desalmado, con el mismo, y esto es una deducción, que había puesto sus manos sobre el abate.

David se limpió el sudor que empezaba á correr por su pálida frente.

—Tranquilízate—añadió fray Tadeo—; que no te habla un enemigo, sino un amigo, ó por lo menos un aliado. Digo que tuviste conferencias con Simón, y hoy probablemente ibas á verlo cuando te encontré.

—Iba á pasear—replicó el huérfano.

—Hace ocho días, mientras que por la noche trabajaba en el tribunal tu amo, tú andabas como distraídamente de uno en otro aposento, y sin duda por efecto de tu distracción, te entraste por un pasillo donde no había luz.:

—Padre...

—Llegaste á una ventana que da á cierto patio, ataste una cuerda...

—¡Ah!...

—A la noche siguiente—repuso con calma el dominico—, desapareciste por la misma ventana, y luego subiste á los camaranchones...

—¡Oh!... Basta, basta...

Todo esto lo ví yo, ¿entiendes? Yo mismo... y se inundaron los sótanos, y tú, con un celo admirable, entraste en ellos, queriendo la casualidad que en vez de otro cualquier manojito de llaves cogieses el en que estaba la del calabozo de la esposa de Tordesillas...

—¿Y luego?—preguntó afanosamente David, que ya no intentaba negar, y que empezaba á tener esperanzas de averiguar el paradero de Isabel.

—Luego—respondió el dominico con su inalterable tranquilidad—, luego se oyó por todas partes la voz de «fuego», y los que entran en los sótanos retrocedieron para ir á los desvanes.

—Todo es verdad.

—Yo solo quedé allí cerca, y desde donde sin ser visto pudiera ver la puerta de los sótanos.

—¿Y me visteis salir?...

—Antes entró un hombre, á quien reconocí á pesar de que iba disfrazado, porque para su semblante, para sus ojos no hay disfraz posible.

—David fijó una mirada de extrañeza en fray Tadeo.

—Aquel hombre—prosiguió el fraile—,

debía encontrarse con vosotros y lo dejé pasar, porque yo nunca intento oponerme á lo que dispone la Providencia.

—¿Pero qué tiene que ver ese hombre?...

—Era Jacobo de Tordesillas.

¡Dios mío!...

—¿Acaso no lo visteis?

—Una sola persona encontramos, huímos...

—Dios lo quiso así.

—¡Oh!..

—No sabemos dónde está el bien ni el mal, y tal vez si os hubiéseis reunido, perdiendo algunos minutos, os hubiéseis todos perdido.

—Pero vos al menos sabréis dónde se encuentra.

—Seguí espiondo; saliste con Isabel y caiste; ella te besó en la frente como una madre besa á su hijo.

—¡Ah!—esclamó David, cuyos ojos se humedecieron—. Esa infeliz es el verdadero retrato de mi madre...

—Como si fuera ella misma...

—Empiezo á comprender.

—Por el recuerdo de mi santa madre...

—Sí, entiendo, entiendo.

El huérfano, cuya agitación crecía por instantes, extendió los brazos y dijo con acento de súplica conmovedora:

—Acabad, padre mío, acabad.

—Isabel huyó y creí que ella necesitaba mis socorros antes que nadie.

—Sí, sí.

—Su esposo no podía salir sin que yo le viese, mientras que ella desaparecía en pocos instantes.

—¿Y la seguisteis?

—La seguí; salimos á la calle, donde había tanta gente que no se podía transitar; ella se detuvo y miró al cielo, yo también me detuve y miré á mi alrededor para ver si alguien me observaba; luego dí un paso hacia la fugitiva; pero una o'leada de gente me separó.

—¡Infeliz!...

—En vano la busqué, y en mi afán por encontrarla, llegué á olvidarme de su marido.

—¿Y cuando volvísteis?...

—Había desaparecido Jacobo.

—¿Qué habrá sido de esos desgraciados?

—No lo sé.

—Ella no puede haber salido de Madrid.

—Así lo creo; pero el encontrarla no de-

pende de nuestra voluntad; es menester que las circunstancias nos favorezcan.

David guardó silencio.

—De lo que ha sucedido después, sé una parte y sospecho lo demás; pero tú podrías darme noticias exactas, porque el abate debe haberte referido todo lo que ha pasado con Simón, resultando la acusación y encierro de Crispín.

Una vez dado el primer paso, no era posible detenerse.

El jerobado miraba ya á fray Tadeo como el mejor amigo, y no solamente no trataba de negar, sino que estaba resuelto á hablarle con la más completa franqueza.

Repitó, pues, todo lo que Claudio le había dicho el día anterior, manifestando su esperanza de poder al menos velar por la hija, ya que por entonces le era imposible hacer nada en favor de la madre.

Fray Tadeo escuchó con la atención más profunda, y luego dijo:

—Bien, tenemos lo principal.

—¿Qué pensáis que conviene hacer?

—Antes de decírtelo es preciso que sepa en qué disposición de ánimo te encuentras respecto á mí.

—¿No lo habéis conocido por mi franqueza?

—Hasta este momento no has hecho más que convenir en lo que no podías negar.

—Pues bien; si queréis protegerme, yo acepto con gratitud vuestra protección.

—Te protegeré, aunque con ciertas condiciones.

—¿Qué he de hacer más que aceptarlas todas?

—No hay nada que te obligue.

—Conocéis mi secreto...

—¿Qué te importa?

—Con una sola palabra podéis perderme.

—Pero esa palabra—replicó gravemente el dominico—, no la pronunciaré jamás.

—Aún no hace una hora que me amenazábais.

—Quise obligarte á venir y á escucharme.

—¿Qué haríais, padre mío, si yo me negase á daros participación en lo que se refiere á la suerte de esa familia?

—Lo sentiría, porque nada puedes hacer solo, y después de haber luchado en vano, acabarías por perderte, resultando además que el abate triunfaría.

—Pero...

—Guardaría este secreto, y por mí jamás se sabría lo que has hecho.

—¡Ah!...

—¿Esperabas encontrar en mí un hombre ruin y vengativo?

—Padre...

—Vete y no vuelvas, mírame como al último extraño; pero hazme justicia...

—Perdonad...

—¿Quieres conocer mis condiciones?

—Sí, padre mío.

—Has de obedecerme ciegamente; tu inexperiencia ha de someterse ciegamente en todos los casos á mi conocimiento del mundo.

—Si no lo llevaseis á mal...

—¿Qué deseas saber?

—Vuestra conducta puede tener tres móviles.

—El primero...

—El interés que por cualquier motivo os inspire la suerte de esa familia.

—¿El segundo?...

—Simplemente un sentimiento de humanidad ó de justicia.

—¿Y el tercero?

—Un sentimiento de odio contra el abate.

—Débil criatura como soy, bien puede ser que no uno, sino esos tres móviles existan.

—El odio...

—No creo abrigar ninguno; pero tampoco me atrevo á responder de mis sentimientos, porque no hay nada más difícil que examinar uno mismo su conciencia, así como es muy fácil examinar la de los otros.

—Nos queda la justicia....

—Dejemos esto que á nada conduce.

—Debo saber á qué atenerme.

—Por eso te he prometido clara y terminantemente que haré en tu favor y en el de esa familia cuanto puede hacer un hombre, y ahora te prometo que no haré nada, que no sea justo y santo.

—Me tranquilizáis.

—Esto es lo que te importa.

—Tenéis razón.

—En cuanto á mi conciencia... ¡Oh!... Deja mi pobre conciencia, que ya se entiendo conmigo, quitándome el sueño alguna vez, y en su día se entenderá con el Omnipotente, á quien no puede engañarse.

Y si es que tienes el capricho, la curiosidad de conocerme, estúdame como yo te he estudiado, estúdame y juzga, y si te equivocas, peor para ti, porque si malo me juzgas y soy bueno, tu fallo, aunque lo calles, será un crimen del que tendrás que dar estrecha cuenta; y si siendo malo me tuvieres por bueno y así lo manifiestas al mundo, peor para ti también, porque habrás contribuído á que yo engañe á los demás.

David tenía que someterse á la superioridad de aquel hombre extraordinario.

Por más que el huérfano estuviese dotado de un alma grande y noble y de una inteligencia privilegiada, era al fin un niño.

—Padre mío—dijo—, vuestro soy, disponed de mí: os obedeceré; pero me permitiréis que os haga observaciones cuando las crea convenientes.

—Puedes hacérmelas y te las agradeceré.

—Hablemos, pues, de esos desgraciados.

—Hablemos de la niña, que es á quien ahora podemos favorecer.

CAPITULO XX

DONDE CONTINÚA EL ANTERIOR

Fray Tadeo se levantó, dió algunos paseos por la celda, y volviendo á sentarse, dijo:

—Jacobó de Tordesillas y su esposa son inocentes, á pesar de que según resulta de la causa, habrá que condenarlos y será muy probable que se les queme en estatua,

—¡Oh!...

—Esto no debe sorprenderte, porque tú sabes también como yo de qué modo se juzga en el Santo Oficio, cuya institución, si no se reforma, concluirá.

—No, no me sorprende.

—Se les ha calumniado, y aunque esa calumnia es hija de la superstición, el fanatismo y la ignorancia, el abate la ha fomentado cuando tal vez hubiera podido evitarla.

—No os equivocáis.

—¿Qué interés tenía Florentín en todo esto?

La frente de David se contrajo.

—No es menester que me lo digas—añadió el fraile—, no es menester, porque yo lo adivino.

—Entonces...

—Satanás encendió en el pecho de Claudio una pasión...

—Sí, sí.

—Esa mujer es de una belleza prodigiosa.

—Como mi madre—murmuró el huérfano con expresión de noble orgullo.

—Pero su virtud—repuso el dominico— es aún más rara que su hermosura.

—La virtud de mi pobre madre.

—¿Por qué huyó Jacobo de Tordesillas antes de que se le prendiese?

—No faltó un amigo que le advirtiera el peligro que corría.

—Sí, era preciso separar al esposo de la esposa, era preciso que la infeliz se viese en la situación más angustiosa y horrible que puede imaginarse, porque así podía ponérsela en la más cruel alternativa; así, lo que no pudiera alcanzarse de la esposa fiel, de la mujer virtuosa, se conseguiría de la madre angustiada que todo, hasta su honra y su virtud, lo sacrificaría para salvar á su hija.

—Ese era el plan de Claudio Florentín.

—Ya ves que no me equivoco.

—No, no.

—Bien: una vez que estamos de acuerdo, ocupémonos de la pobre niña.

—El abate la guarda no sé con qué fin...

—Dios lo sabe.

—Supongo que quiere servirse de ella como una garantía, como una amenaza...

—Sí, con esa criatura en su poder puede amenazar á los padres, como el traídor infante don Juan amenazó al leal Guzmán el Bueno.

—Pero los padres...

—Otros fines puede proponerse; pero ahora no nos importa adivinarlos.

—Lo que nos importa es arrebatár á esa criatura, del poder de Florentín.

Desgraciadamente no podemos.

—La situación, las circunstancias.

—Una vez que yo conozca el lugar donde se encuentra esa criatura...

—No habrás conseguido más que saber donde está.

—No os comprendo.

—Hijo mío—añadió éste—, has perdido algún terreno con las nuevas demostraciones de confianza que te ha dado el abate.

El jorobado fijó su ardiente mirada en el fraile.

—Si no te se hubiera dicho dónde estaba esa criatura, habríamos seguido buscándola con más habilidad que Simón.

—Ciertamente.

—Y más ó menos tarde habríamos concluido por encontrarla.

—Creo que sí.

—Llegado este caso y apelando á cualquier medio, hubiéramos sido dueños de la niña, sin que á ti te culpasen como no te han culpado de lo demás.

—Ahora...

—Todo es distinto: si la niña desaparece, como no hay nadie más que tú que conozca el secreto, sobre ti recaerán todas las sospechas.

—Os sobra la razón.

—Además debemos mirar á lo porvenir: hoy por hoy nada puede probarse contra tu amo, y es preciso dejarlo hacer.

—Así el día de mañana...

—Podremos inutilizarlo para que no cometa nuevos abusos.

—Padre mío, sois un tesoro de inteligencia.

—Conozco el mundo y nada más.

—Vuestra previsión es admirable.

—Para ponerse frente á frente al abate, sería menester arrancarle la máscara.

—Se la arrancaremos.

—Desdichado de ti si ahora lo intentases.

—¿Qué sucedería si una persona cualquiera revelase estos secretos?

—Primero se le pedirían pruebas.

—¡Oh!...

—Y como no las tienes...

—Es verdad.

—En la apariencia, Florentín, no solamente ha cumplido con su deber, sino que ha hecho una buena obra.

—¡Una buena obra!

—Ha recogido á esa niña para educarla cristianamente.

—Se la han arrebatado á su madre.

—Ya sabes que la Inquisición no permite á ninguna madre conservar á su lado á sus hijos.

—No hace mucho que hemos tenido un ejemplo...

—Sí, el de una mujer que fué presa pocos días antes de dar á luz á su hijo. ¿No conoces los detalles de esta historia? Yo te los diré en cuatro palabras. La infeliz á que me refiero fué encerrada;

pocos días después abrazó á la criatura que llevaba en sus entrañas; los cinco días se la arrebataron, tras ladándola á uno de los calabozos que hay en los sótanos; una semana después, cuando aún no había recuperado las fuerzas se la puso en el tormento, tratándola tan cruelmente que las cuerdas destrozaron sus carnes, y penetraron hasta los huesos. No pudo resistir y murió á los cinco ó seis días.

—¡Qué horror!

—Se vió la causa, y á pesar de lo que había sucedido, fué forzoso declararla inocente.

Esto que ponemos en boca de fray Tadeo, no es producto de nuestra imaginación de novelista, sino la narración sucinta, pero fiel, de uno de tantos espantosos abusos, de la Inquisición, en cuyos archivos se encontraba la causa de la infeliz víctima á quien se refería el dominico.

Muchos, muchísimos casos se vieron de acusados que murieron en sus calabozos á consecuencia de las torturas y que fueron declarados inocentes.

¿Compensaría esta honrosa declaración á los hijos de la pérdida de sus padres?

Quando encontramos algún fanático que aún defiende la Inquisición, creemos que soñamos.

El huérfano se cubrió el rostro con las manos.

—Ya lo ves—añadió fray Tadeo—, recogiendo á esa niña engendrada por herejes, Florentín ha hecho una buena obra, ha cumplido el cristiano deber de amparar á un huérfano desvalido.

—¡Dios mío, Dios mío!...

—Acúsalo, acúsalo y levantarás su reputación hasta las nubes.

—Pero los padres...

—Hay contra ellos una delación, y las declaraciones de más de veinte vecinos del arrabal de San Ginés.

—¿Pero en qué se fundan?

—En lo que yo mismo podría fundarme para acusarlos—respondió el dominico.

—¡Vos!—replicó admirado David.

—Sí, yo.

—¿Acaso conocíais á Jacobo Tordesillas?

—Hace un año.

—Decidme, padre mío, decidme lo que sepáis de él.

—Jacobó es un sabio.



—Tal creo.

—Yo estuve á las puertas del sepulcro sin que ningún médico entendiese mi enfermedad, y aun hubo quien empezase á creer que los malos espíritus se habían posesionado de mi alma.

David sonrió burlonamente.

—Y por una serie de circunstancias que ahora no son del caso, me vió Jacobo, y aún recuerdo que después de haberme examinado, dijo: «Lo han matado, es una víctima de la ignorancia».

—¿Y qué hicistéis?

—Yo veía y oía, pero apenas podía moverme. Un compañero que ya no existe le rogó que hiciera por mí cuanto pudiera, y gracias al hechicero, al brujo, al nigromántico, al hereje, se salvó mi pobre existencia.

—Tenéis, pues, una deuda que pagar.

—Sí.

—¡Ah!...

—Ya ves que la pago.

—¡Padre mío, padre mío!—exclamó el jorobado, asiendo las manos del sacerdote y cubriéndolas de besos y de lágrimas.

—Sosiégate, hijo mío.

—Vuelvo á escucharos.

—No des á Florentín motivos de desconfianza.

—Descuidad.

—Tú serás probablemente el encargado de vigilar á esa pobre niña.

—Creo que sí.

—Aceptas el encargo y lo cumples con toda fidelidad, excepto en lo que toca á nuestras relaciones.

—Pero esa infeliz criatura en poder del abate...

—Mientras no encontremos á sus padres, nada se pierde.

—Buscaremos á la madre.

—La buscaremos.

—Y á Jacobo también.

—Sí.

—Y el día que los encontremos...

—Veremos lo que conviene hacer.

—Devolverles su hija.

—David, tienes todo el ardimiento de tus veinte años.

—Tengo el sentimiento de la justicia.

—Pero no el conocimiento del mundo.

—El jorobado guardó silencio.

El dominico calló también.

—O todo ó nada—dijo David después de algunos segundos.

—Bien, hijo, bien; aún guardabas algo y te decides á descubrirlo.

—Así es.

—Te escucho.

No necesitamos repetir las palabras del huérfano: nos basta decir que habló con ingenuidad de todas sus observaciones, del dinero y de los papeles que tan cuidadosamente guardaba el abate, y del robo que, en su opinión, había hecho el asesino.

Fray Tadeo sonrió con la dulzura que acostumbraba, y luego dijo:

—Hoy mismo verás á Simón.

—De aquí saldré para ir á su casa.

—Supongo que te dirá la verdad.

—Tal creo.

—Ese hombre ha tomado ya como cuestión de amor propio lo que antes no le interesaba.

—¿Opináis que ahora me servirá lealmente?

—Lo hará con poco que halagues su interés en cualquier concepto, porque al fin y al cabo es un miserable y no ha de corregirse en pocas horas.

—Esos papeles...

—Es menester recuperarlos á toda costa.

—Se trata de un tesoro.

—Dios sabe si está sumida en la miseria la familia á quien ese tesoro pertenece.

El huérfano se puso en pie.

—¿Ya te vas?

—En cuanto acabéis de darme vuestras instrucciones.

—Nada más tengo que decirte por ahora.

—Voy á ver á Simón.

—Excuso advertirte que no debes hablarle de mí.

—La advertencia es inútil.

—El tiempo ha pasado velozmente...

—Volveré cuanto antes pueda al tribunal.

—Dios te bendiga, hijo mío.

David besó respetuosamente la diestra del dominico y salió de la celda.

Fray Tadeo apoyó los codos en la mesa y la frente en las manos, y contra su costumbre quedó inmóvil como una estatua.

¿Podemos ya decir que lo conocemos?

No.

A pesar de lo que hemos visto, no nos atrevemos á fallar, si bien nos inclinamos á creer que tendremos que rectificar nuestra opinión.

David tomó hacia la plaza del arrabal, y luego por Puerta Cerrada se encaminó á la Morería.

CAPITULO XXI

DONDE SE DA LA PRIMERA NOTICIA DE UN SUCESO INESPERADO

Al ver á David atravesar rápidamente las calles no se hubiera sospechado que acababa de salir de una grave enfermedad.

La voluntad le comunicaba sus fuerzas prodigiosas.

No puede hacerse comprender la impresión que habían producido en el ánimo de David las explicaciones del dominico.

El infeliz huérfano sentía en su ser un cambio incomprensible.

Nunca como entonces había tenido ánimos para luchar.

A pesar de que aún era un misterio impenetrable los sentimientos de fray Tadeo, nuestro jorobado estaba firmemente decidido á cumplir lo pactado, siguiendo adelante sin que nada le hiciera retroceder.

No tardó en llegar á la miserable vivienda de Simón.

Este se encontraba allí, y al ver al que ya podía llamar su amigo, frunció el entrecejo y pareció turbarse.

David, preocupado con lo que acababa de sucederle, no advirtió el gesto del asesino, no pensó sino que éste había hecho cuanto puede hacer un hombre de corazón y de inteligencia, y alargándole la mano, le dijo:

—Simón, desde este momento...

—¿Qué te pasa?—le preguntó el gigante.

—Tu mano, amigo mío, tu mano.

—Toma y aprieta.

—¡Ah!... Tienes un corazón grande...

—¿Estás contento de mí?

—Has hecho, no solamente más de lo que esperaba, sino mucho más de lo que tenías obligación de hacer.

—¿De manera que ahora crearás en mi amistad?

—Perdona, Simón...

—Siéntate y escúchame, porque quiero explicarme como mejor pueda.

—Sí, sí—repuso el jorobado sentándose frente al asesino.

—¡Por los cuernos de Satanás!—excla-

mó éste, cuyo rostro aparecía cada vez más sombrío—. Ese bribón de Crispín me dió una palabra, y yo, aunque soy ladrón, soy leal, ¿lo entiendes? soy leal.

—Ya lo sé.

—Me engañó; y el que me engaña... ¡Voto á cien mil legiones de condenados!

Y lanzó una mirada tan terrible el asesino, que nadie hubiera podido sostenerla sin temblar.

—¡Por las tripas de Lucifer!—añadió—. Soy leal; por lo mismo, el que me hace una traición ¡vive el cielo! me la paga.

—Todo lo sé, porque nada me ha ocultado el abate.

—Esto ha sido una desgracia con fortuna, ó una fortuna desgraciada.

—No veo más que la fortuna.

—¡Dios de Dios!

—Parece que estás desesperado...

—Sí, lo estoy.

—¿Qué te sucede?

—¡Rayos y truenos!...

—¿Acabarás de jurar?

—Deja que me desahogue.

—Bien, bien, desahógate; pero explícate, porque empiezas á ponerme en cuidado.

—Mira, David, este negocio es ya cosa mía, porque es á mí á quien han hecho una mala jugada, y porque yo, sin que nadie me obligara á ello, porque quise, porque me dió la gana, ¿lo entiendes? porque me dió la gana, la favorecí.

—Estás incomprensible.

—Y ese miserable tiene la culpa de todo, porque si no hubiera sido por su traición, yo no hubiera estado encerrado cinco días, y por consiguiente...

—Me parece que esos cinco días de encierro...

—Me han servido para pensar; porque, francamente, en un solo día no hubiera yo podido combinar mi plan.

—Resultado, pues, que ha sido una fortuna...

—No.

—¿Y por qué?

—Porque los vecinos empezaron á charlar de mi prisión, y no hubo un amigo mío que al otro día no supiese que me habían encerrado. Ya se ve, todos tenían miedo, porque ya sabes lo que suele suceder, y ella tampoco se creyó segura.

—¿Quién es ella?
 —Espero que seas razonable.
 David miraba con extrañeza á Simón.
 —Tú mismo—añadió éste—conocerás que nada me era posible hacer mientras estaba en el calabozo.
 —Has hecho más de lo que parecía posible.
 —Pero no pierdas la esperanza, ¡voto á Lucifer! que Simón no se da fácilmente por vencido.
 —¡Esperanza!...
 —Y aunque he prometido al abate ser su amigo, nunca he tenido más ganas de retorcerle el pescuezo.
 —Calma, Simón, mucha calma.
 —Descuida.
 —Hasta ahora has hablado mucho y no has dicho nada.
 —Es que hay cosas que no quisiera decir.
 —Lo cual significa que hay algo de importancia que ignoro.
 —Sí, lo más interesante.
 —Si te refieres al dinero del abate.
 —¡Ira de Satanás!...
 —¿También á mí me dirás que tú no has sido el ladrón?
 —A ti te diré siempre la verdad.
 —Entonces...
 —En ese camaranchón tengo casi todo el dinero del abate, porque á estas horas no llega á cinco escudos lo que he gastado.
 —¿Y los papeles?
 —También los tengo ahí.
 —¡Ah!...
 —Te los daré, ya que no quieres dinero.
 —¿Pero por qué te llevaste también los papeles?
 —No soy tan tonto como tú te has figurado; cuando ví que el zorro de tu amo guardaba esos papelotes con tanto cuidado como sus monedas, comprendí que debían valer mucho y pensé que los papeles podían servirte tanto como á mí el oro.
 —No te has equivocado.
 —Ya lo ves.
 —Amigo mío, cada día descubro en ti una cosa nueva, y acabaré por convencirme que estás dotado, no solamente de un gran corazón, sino de una gran inteligencia.

—Pues ahora...
 —Ante todo, dame esos papeles, y en cuanto al dinero...
 —¿Quieres la mitad?
 —¡Yo!
 —Déjalo.
 —Lo que quiero es que ese oro se devuelva á su dueño.
 —El dinero no tiene otro dueño que la persona que lo guarda en su bolsillo.
 —Simón...
 —No hablemos de esto, David—replicó el gigante con acento que no dejaba duda de la firme resolución de guardar los escudos de Claudio.
 —Bien, hablaremos otro día: dame los papeles.
 —Antes escúchame.
 —Es verdad, me habías dicho que yo ignoraba...
 —Lo más importante.
 —Ya te escucho.
 —Me sería muy fácil ocultártelo todo, puesto que ningún antecedente tienes; pero me he propuesto ser contigo leal, y lo seré.
 —Gracias, amigo mío.
 —Prepárate, porque lo que he de decirte es muy desagradable.
 —Sepamos.
 —Aquella noche, cuando acabé mi negocio, me vine á mi casa; pero al pasar junto á las tapias de la huerta de la Priora, encontré una mujer...
 —¡Simón!...
 —Era ella.
 —¡Ah!...
 —La conocí...
 —¡Dios mío!
 —Ella también me reconoció.
 —La hemos encontrado—exclamó David, convulso de alegría.
 —Sí, yo la encontré.
 —¿Y qué hiciste?—preguntó el huérfano con indescriptible afán.
 —¿Qué había de hacer?... ¡Vive Dios!—repuso el gigante—. La traje á mi casa...
 —¿Dónde está, dónde está?
 —Si la hubiera dejado aquí, á la noche siguiente la habría encontrado también el abate, porque registraron hasta el último rincón.
 —¿A dónde la llevaste?
 —A la vivienda de una mujer medio beata y medio bruja, que es amiga mía.

—¿Dónde vive?—replicó David poniéndose en pie.

—Ya iremos á verla; pero antes escúchame.

—Después... después...

—¡Vive Dios!...

—Vamos, Simón, vamos.

—Aguarda te digo.

—¿No comprendes mi impaciencia?

—¿Y no comprendes tú que me pides un imposible?

El huérfano volvió á dejarse caer en la silla.

—No me contenté con ponerla en lugar seguro, sino que le compré ropa y dí á mi amiga dinero para cuanto fuese menester.

—Gracias, Simón, gracias.

—No dirás que el dinero del abate lo malgasté, y si yo hubiera sido tan escrupuloso como tú, me hubiera encontrado sin un maravedí para atender á estas urgentes necesidades.

—Prosigue.

—Estabas enfermo y no pude verte.

—Y á la siguiente noche...

—Me encerraron.

—Y después de esos cinco días...

—Por la noche fuí á ver á Isabel.

—¿Cómo la encontraste?

—Me hubiera alegrado de encontrarla enferma.

—¿Qué dices?

—Sí, porque enferma y todo, hubiera estado allí.

—¡Simón!...

—Había desaparecido... ¡Rayos del infierno!...

—¡Oh!—exclamó el pobre jorobado, apretando los puños con toda la desesperación.

Y después, con acento que parecía llevarse tras sí el alma, murmuró:

—¡Perdida otra vez!

El infeliz dejó caer la cabeza entre las manos y quedó inmóvil y mudo.

Simón empezó á pasearse, jurando y maldiciendo.

Largo rato pasó.

El huérfano levantó la cabeza y dijo:

—Siéntate, Simón, y dame explicaciones.

—Cuantas quieras.

—¿Cómo ha desaparecido Isabel?

—Voy á decírtelo.

—Pero la mujer á cuyo cuidado estaba...

—No sabe más sino que la otra se ha ido.

—Eso es incomprendible...

—Pronto lo comprenderás.

—Sin que otra cosa me digas, comprendo la desgracia.

—No debemos culpar á nadie, y mucho menos á la bruja en cuya casa estaba tu protegida.

—Pero...

—La ví un momento, no más que un momento, y ¡por Satanás!... Como se apagó la luz... Tengo el consuelo de haber dado muchas cuchilladas; particularmente la primera fué magnífica.

—¡Cuchilladas!...

—¡Qué confusión!... ¡Rayos del infierno!

—Acaba, Simón, acaba...

—Voy á explicarme.

—Antes de darme ninguna explicación, dime si tienes esperanza de que la encontremos.

—La esperanza nunca se pierde.

—Refiéremelo todo y no omitas ningún detalle.

—Descuida.

En vez de repetir las palabras de Simón, referiremos lo que había sucedido á Isabel, y para ello retrocederemos dos días, pudiendo así dar á conocer detalles de importancia, ignorados por el asesino.

CAPITULO XXII

UNA COINCIDENCIA RARA

En la época á que nos referimos empezaba á formarse la extensa barriada, cuyos terrenos habían pertenecido á la huerta de la Encomienda y otras, ó lo que es igual, empezaba á edificarse desde la Latina y el Colegio Imperial en dirección al Sur, por donde la población debía extenderse y aumentarse con rapidez.

La calle de Embajadores y sus travesías y adyacentes, no eran por consiguiente lo que ahora son, y el mayor número de edificios eran casas miserables, construídas á la malicia muchas de ellas, y unas cuantas de dos á tres pisos.

Donde hoy se levanta la manzana de casas que está junto á San Millán, no había entonces más que un grupo de cinco ó seis edificios, miserables los unos y feísimos los otros.

Á una de estas casas que no tenía más

que un solo cuerpo, al cual se unían las tapias de un corral, vamos á llevar á nuestros lectores, porque allí habitaba la vendedora de escapularios y medallas, á cuyo cuidado había sido confiada Isabel.

Era la vendedora una mujer de sesenta años, menguada de estatura, flaca, medio corcovada y horrible, que vestía constantemente de estameña negra, con ancho y largo manto de lo mismo, ocultando además la frente por un pañuelo mugriento, que se colocaba á manera de casquete, y con cuyo abrigo decía preservarse de las jaquecas que solían atormentarla.

En apariencia vivía honradamente con su comercio; pero en realidad era espía y encubridora de ladrones y asesinos, y cuando se presentaba la ocasión, demostraba también ser muy hábil zurcidora de voluntades.

A pesar de sus exterioridades de santa, mirábasela de reojo, y no era difícil que algún día la Inquisición la pidiera cuentas de su conducta, pues ya existía bula pontificia en que se mandaba vigilar muy cuidadosamente á las que hacían profesión de beata, porque se había descubierto que casi siempre esta profesión encerraba algún misterio nada santo.

Todas estas noticias fueron dadas por Simón á Isabel, la cual desde el primer momento no estuvo muy tranquila.

Sin embargo, la vieja procuró complacer á su pupila, cuyo verdadero nombre ignoraba, y la ocultó cuidadosamente de modo que en el barrio no se supo que semejante persona había allí.

La beata no salía más que á las horas en que debía situarse á la puerta de algún templo para vender á los devotos sus mercancías; pero siempre estaba de vuelta en su casa para el toque de oraciones, hora en que también se cerraban las puertas de los conventos.

Así pasaron tres días, durante los cuales Isabel sufrió y lloró lo que no es decible: doblemente cuando su huésped le dijo:

—Tengo que daros una mala noticia.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó la pobre madre, temiendo que se le mandara dejar aquel asilo.

—El noble Simón está en los calabozos del Santo Oficio.

—¡Dios mío!—exclamó Isabel—. Quizá el haberme salvado, quiza el proegerme...

—Hija mía no las tengo todas conmigo.

—¿Pues qué teméis?

—Yo no sé lo que sois de Simón, porque no me lo ha dicho.

—¡Lo que soy de Simón!—dijo Isabel indignada.

—Ni quiero saberlo—dijo la vieja—, porque en las cosas de hombres y mujeres no me gusta mezclarme.

—Simón es mi amigo, mi protector...

—Pues bien, porque es vuestro protector y vuestro amigo y porque es amigo mío también, no estoy tranquila.

—¿Pero qué teméis, os pregunto?

—Ya sabéis lo que suele hacer la Inquisición, que pocas veces se contenta con encerrar á uno, sino que hace lo mismo con sus parientes y hasta con sus conocidos, y puede suceder que el día menos pensado venga á preguntarme lo que yo sepa de la conducta de Simón, y si mi respuesta no les agrada, me encerrarán también, aunque tengo personas respetables que respondan por mí.

Isabel guardó silencio.

La infeliz veía y temía mucho más de lo que la vieja podía ver y temer.

Simón no era, en último caso, un verdadero amigo, sino un hombre que obedecía por fuerza ó por dinero, y por consiguiente debía esperarse que sufriera los dolores del tormento sin revelar dónde se encontraba la fugitiva.

Isabel sintióse, pues, desde aquel momento poseida del más profundo terror, y el más leve ruido que se oía, particularmente durante la noche, se le figuraba que era el de los pasos de los esbirros que iban á buscarla.

Dos días pasó en esta mortal angustia, sin poder apenas dormir ni tranquilizarse.

Además pensaba que la vieja acabaría por despedirla, puesto que Simón no saldría de su calabozo en muchos meses.

Semejante situación debía cumplirse por una casualidad.

La vendedora de rosarios, en su calidad de zurcidora de volantes, no había sido siempre tan feliz como deseara en todos sus negocios, y tenía, por consiguiente, algunos enemigos.

Uno de éstos, joven hidalgo, rico y calavera que había sido engañado por la bea-

ta, buscaba una ocasión oportuna para vengarse y hacía ya bastantes días que rondaba por allí, aprovechando las tinieblas de la noche para acercarse á la casa, escuchar y aun mirar por las rendijas de la puerta y las ventanas, rendijas de las cuales eran algunas bastante anchas.

Una noche vió entrar dos personas: un hombre y una mujer.

Se acercó, escuchó y oyó hablar, aunque sin entender lo que decían.

Pero si no entendió, pudo ver el rostro hechicero de la esposa de Jacobo, rostro que le pareció más encantador aún, porque no podía examinarlo como hubiera querido.

No hay nada que más excite el deseo que lo que se adivina sin poderlo ver, y todos los hechizos adivinados por el calavera, tuvieron para él doble atractivo.

Isabel estaba vestida humildemente y á la usanza de las mujeres del pueblo, precaución que ya sabemos había tomado el gigante para alejar toda sospecha.

El hidalgo, cuando vió que el hombre salía y se quedaba la mujer, exclamó:

—¡Por quien soy! que la fortuna se empeña en protegerme, hasta el punto de hacerse pesada. Hé aquí un tesoro que esa pícara bruja reservará Dios sabe para quien y que le valdrá mucho dinero; pero ¡por Dios vivo! que no ha de lograr el negocio ó yo he de borrarle el nombre de mis abuelos. Ya tengo mi venganza, venganza que me proporcionará á la vez la dicha de ser el dueño de esa rubia encantadora. ¿De dónde habrá salido esa mujer?

No era el hidalgo mozo que se detuviera para cometer una locura, y acudiendo á tres ó cuatro amigos á quienes él en ocasiones semejantes había prestado ayuda, les reveló su atrevido intento, que por más que fuera bastante peligroso, encontraron los demás muy divertido.

—¿Y cuándo daremos el golpe?—preguntó uno de ellos.

—Cuando mejor nos parezca.

—Establezcamos, pues, las condiciones.

—No seáis exigentes.

—Pero tampoco hemos de ser bobos.

—¿Qué quieres decir?

—Que es un tristísimo papel el que nos destinan.

—¿Por qué?

—¡Voto á Satanás!... ¿Crees que nos di-

vertiremos mucho al lado de la vieja, mientras tu te ocupas de la joven?

—¿Entonces qué queréis?

—¿No lo adivinas?

—Lo adivino; pero...

—Estamos dispuestos á transigir.

—¿Cómo?

—La rubia no se quedará con la vieja.

—Sí, nos la llevaremos.

—Tendrás tres días...

—Es poco.

—Una semana...

—Acepto.

—No hay más que hablar.

—¿Iremos esta noche?

—Yo tengo que hacer.

—¿Mañana?

—Si no vamos esta noche, habréis de aguardar dos días, á menos que os decidáis á pasaros sin mí—observó uno de ellos.

—Esperaremos, porque tus buenos puños nos harán mucha falta si se aparece algún protector de la bruja.

—Convenidos.

—No hay más que hablar.

Esta y otras calaveradas por el estilo eran en aquellos tiempos las diversiones de los jóvenes nobles y ricos, de cuya cultura podrá formarse idea, diciendo que cuando no tenían otra cosa en que entretenerse, solían recorrer de noche las calles, rompiendo á pedradas los cristales y armando querellas con el primer transeunte á quien encontraban y aun con los mismos alguaciles.

Llegó la noche designada.

A las diez, hora en que las calles estaban desiertas, cinco embozados se detuvieron junto á la casa de la vieja.

¿Había salido Isabel de un peligro para caer en otro mayor?

Así parecía probable, porque el plan del hidalgo era de éxito seguro, toda vez que le sobraba audacia para ponerlo en ejecución.

No pensaban los jóvenes libertinos romper la puerta ni valerse de otros medios semejantes para entrar, porque así hubieran dado tiempo á sus habitantes para gritar y poner el barrio en conmoción.

Para evitar esto habían decidido llamar sin miramiento alguno, y cuando preguntasen quién era, responder que el Santo Oficio.

No era posible que dejara de abrirse la

puerta al anunciarse la temible autoridad inquisitorial, y aprovechando los primeros momentos de sorpresa, era muy fácil caer sobre aquellas dos mujeres, y sujetarlas y tapparles la boca antes de que conociesen su engaño ni pudiesen exhalar un grito.

A poca distancia había quedado prevenida una silla de manos, donde Isabel había de ser conducida á cierta casa de uno de los arrabales.

Todo estaba previsto y bien combinado.

de rodillas, empezando á orar fervorosamente.

—¡Dios mío, mi hija, devolvedme á mi hija y protegéd á mi esposo!—exclamaba con frecuencia la infeliz.

No sabemos cuántas horas hubiera permanecido arrodillada, porque la interrumpió el ruido de algunos golpes dados á la puerta de la casa.

Isabel se estremeció, se puso en pie y escuchó, conteniendo el aliento.



—Es inútil no me pienso escapar por ahora. (Pág. 50)

No faltando la serenidad á los acometedores, el golpe se daría sin ningún inconveniente.

En cuanto á las consecuencias, nada temían los atrevidos jóvenes, porque todos ellos pertenecían á familias poderosas, y porque la vieja, que tenía muchos pecados ocultos, no se atrevería á quejarse.

A la hora en que estamos, la beata dormía profundamente, porque no solo duermen á pierna suelta los que tienen la conciencia limpia.

Isabel, por el contrario, á pesar de la pureza de su alma, no podía conciliar fácilmente el sueño.

Encerrada en un aposento reducido y casi desamueblado, sin más luz que la rojiza de un candil, había pensado toda la noche en los seres á quienes tanto amaba, había llorado mucho, y al fin había caído

¿Quién podría llamar á tales horas?

Tuvo esperanza de haberse equivocado.

Pero su esperanza se desvaneció bien pronto, porque volvieron á llamar con más recios golpes.

Dudó Isabel si debía despertar á la vieja ó responder; pero decidió hacer lo segundo, y abriendo la puerta de su cuarto y acercándose á la que daba á la calle, preguntó con voz trémula.

—¿Quién es?

—Abrid—respondió una voz hueca.

—¿Pero quién sois y qué queréis?

—Abrid al Santo Oficio.

Isabel exhaló un grito y quedó inmóvil. Creyó la infeliz que había entendido mal, porque así se lo hizo creer su deseo de salvarse.

Volvió á preguntar.

Pero respondieron otra vez:

—Abrid inmediatamente al Santo Oficio.

CAPITULO XXIII

TRAS DE UNA LOCURA OTRA MAYOR

Los que estaban en la calle debieron oír el grito y comprender que era producido por el terror, lo cual probaba dos cosas: primera, que no se había sospechado la farsa, y segunda, que la vieja ó la joven, ó tal vez las dos, tenían algo que temer.

Volvieron, pues, á llamar, redoblando los golpes y repitiendo:

—Abrid pronto al Santo Oficio.

No puede explicarse la turbación de Isabel.

Poseída del más profundo terror, volvió hacia todos lados sus negros ojos, abiertos como si fuesen á saltar de sus órbitas.

Lo primero que debió hacer fué despetar á su huésped; pero no estaba en estado de pensar en otra cosa que en su propio peligro.

Creyó, y esto era lógico, que Simón había declarado, que iban á buscarla con certeza de encontrarla allí.

El horror que esto debía inspirarle era consiguiente después de lo que había sufrido.

Si volvía á los calabozos de la Inquisición, ya no saldría jamás, porque no se hace dos veces lo que había hecho el jobado, mucho más cuando debía creerse que el infeliz huérfano habría sido también víctima de las declaraciones de Simón.

La muerte no hubiera producido en Isabel tanto espanto como el anuncio de los esbirros de la Inquisición.

No le ocurrió, pues, más que huir, ocultarse, sin reflexionar sobre lo que después sucedería, sin averiguar hasta qué punto le era posible la fuga.

No podía temer ningún peligro mayor que el que en aquellos momentos le amenazaba, y por consiguiente nada arriesgaba intentando huir.

¿Pero cómo?

No estaba la cabeza de la desdichada para combinar planes.

Los momentos eran preciosos y no debían perderse en vacilaciones.

Esto es cuanto pensó.

En el fondo del aposento había una puertecilla y sin detenerse á tomar la luz, la esposa de Jacobo salió precipitadamente, cerrando y echando la llave.

Se encontró en la cocina.

A tientas anduvo algunos segundos y bien pronto llegó á otra puerta.

La abrió, salió y se encontró en el corral.

La claridad era muy débil, pues la luna, ó no se había dejado ver, ó estaba oculta por algunas nubes.

Isabel se acercó á la tapia, carcomida y medio derruida, y con esa agilidad y esa fuerza que el miedo comunica al que huye de un gran peligro, subió y saltó al otro lado de la pared sin detenerse á buscar el sitio más á propósito.

Afortunadamente la tapia tenía muy poca elevación, si bien es verdad que lo mismo hubiera sucedido á tener mucha.

Todo lo que podía sucederle á la fugitiva era morir, y esto era para ella menos horrible que volver á los calabozos de la Inquisición.

¿A dónde iba?

No podemos decirlo, porque ella misma lo ignoraba.

Sus pupilas, dilatadas por el terror, distinguían los objetos como á la luz del día.

Una rápida ojeada le bastó para hacerse cargo del sitio en que se encontraba.

En aquel patio ó corral no había más que una puertecilla, que por casualidad estaba abierta.

Isabel escuchó.

No percibió más ruido que el de los golpes que daban los atrevidos calaveras.

—¡Dios mío, Dios mío!—exclamó la desdichada con acento de súplica desgarradora.—Dejadme un alma caritativa.

Y entró por la puertecilla y adelantó por un pasillo, volviendo á la derecha y distinguiendo á pocos pasos una línea resplandeciente, que debía ser la luz que se escapaba por debajo de una puerta.

Entre tanto los golpes habían despertado á la beata, que saltando del lecho, preguntó con no menos espanto que antes lo que había hecho Isabel.

—¿Quién llama?

Los otros repitieron su terrible contestación.

—¡Dios bendito!—exclamó la vieja.—No me equivoqué... De todo esto tiene la

culpa el pícaro Simón; pero quizá se contenten con llevarse á Isabel.

Ya sabemos que ésta había dejado la luz, circunstancia que en aquellos momentos no podía llamar la atención de la beata, preocupada solamente por el peligro.

A medio vestir para que no se impacientasen los que llamaban, la vendedora de escapularios abrió la puerta, mientras decía:

—Entren vuestras señorías, que nada tengo que temer, porque á Dios gracias...

Pero no la dejaron concluir, porque dos de los jóvenes cayeron sobre ella, asiéndola el uno por la garganta y tapándole la boca con un pañuelo, y sujetándola el otro.

Era demasiado débil la vieja para resistir á las duras manos de los acometedores; pero aun cuando hubiera sido fuerte, no se hubiera movido, porque la sorpresa la dejó completamente aturdida.

Sintióse medio ahogada la infelz y cayó al suelo, dejando que la atasen y sin hacer otra cosa que mirar con espantados ojos á los atrevidos jóvenes.

Los otros tres, de los cuales uno llevaba una linterna, miraron á su alrededor, y con la prontitud que el caso requería, entraron en los dos aposentos que había á derecha y á izquierda, volviendo á salir mientras el hidalgo autor de la calaverada, exclamaba con desesperación:

—¡Vive el cielo!... No está...

Y mirando la puerta por donde había salido Isabel, añadió:

—Por aquí... quizá no ha despertado...

Empujó la puerta y al ver que no cedía, dió en ella tan fuerte patada, que hizo saltar la endeble cerradura.

Esperaba oír un grito y tener que entablar una lucha; pero no sucedió así.

Los tres se encontraron en la cocina, donde no había más ser viviente que un gato rubio que dormía al calor del hogar, y que después de fijar un momento en los jóvenes sus relumbrantes ojos, se puso de un salto en el otro extremo de la habitación y desapareció por la puerta del corral.

Los otros dos mancebos, que habían atado á la vieja, dejándola con la boca tapada, acudieron también.

—¡No está!—volvió á decir el hidalgo.

Y jurando y maldiciendo, examinaron todos los rincones y salieron al corral.

No encontrando á la encantadora rubia, recorrieron por segunda vez la casa y al fin hubieron de convencerse de que habían trabado en balde.

—Ella estaba aquí—dijo uno de los calaveras.

—Debe haber huído—añadió otro.

—¿Pero por dónde?

—Por aquí, por el corral.

—Pues vamos tras ella.

Esto propuso el más atrevido; pero los demás se miraron sin moverse.

—¿No me seguís?

—¡Vive Dios!... Has perdido la cabeza.

—¿Tenéis miedo?

—Si no se tratara más que de andar á cuchilladas...

—¿Qué más puede suceder?

—La rubia se habrá refugiado en la casa inmediata.

—Por donde haya entrado, entraremos nosotros.

—Pero en esa casa habrá gente.

—Les exigiremos que nos den á la fugitiva...

—Antes de vernos, con solo sentir nuestros pasos gritarán, acudirán los vecinos...

—Por aquí no viven más que villanos.

—Pero los villanos saben dar voces...

—Les haremos callar á palos, y si no bastan palos cuchilladas:

—Y si acude una ronda...

—No será la vez primera que hemos calentado las costillas á los alguaciles.

—Pueden conocernos, se sabrá que hemos abusado del nombre del Santo Oficio...

—¡Por Satanás!...

—Ya sabéis que la Inquisición no respeta á nadie, y no nos valdría ser quienes somos.

Esta observación contuvo al que parecía más atrevido, pero que después de algunos momentos, replicó:

—Que ha huído, no puede dudarse.

—No, porque esa puerta estaba cerrada por dentro.

—Interroguemos á la vieja.

—No podrá decirnos más de lo que ya sabemos.

—Sí, nos dirá quién vive en esa otra casa...

—¿Es decir que insistes?...

—Ya sabéis que no me gusta retroceder.

—Me parece que llevamos demasiado lejos la broma...

—Pues bien, dejadme solo, que para buena compañía, me sobra con la espada.

A estas palabras arrogantes no encontraron los otros qué replicar, porque se sintieron vivamente heridos en su amor propio y quisieron probar que, á pesar de su prudencia, les sobraba el valor para todo.

Volvieron donde estaba la vieja.

El que había propuesto invadir la otra casa, y que era un joven de veinticinco años, ricamente vestido, de rostro aguileño, rodeado de negra y fina barba, y de ojos negros también, redondos, vivos, ardientes y de mirada penetrante, éste, repetimos, fué el que tomó la palabra, diciendo:

—Vamos á ver, condenada bruja, si quieres vivir ó morir.

La vieja, que si no más tranquila, más desaturdida al menos, había reconocido al autor de la calaverada y comprendiendo que se buscaba á Isabel, dirigió una mirada suplicante al que la hablaba, como si quisiese dar á entender que estaba dispuesta á todo con tal de que no la maltratase.

—Ya lo veis—dijo el de los negros ojos, á quien los otros daban el título de vizconde—, pide cuartel, y yo, con la benevolencia que me distingue, voy á mostrarme compasivo, á destaparle la boca, aunque dispuesto á meterle la daga en el corazón si abusa de mi generosidad.

La vieja hizo una señal negativa con la cabeza.

—¿Qué quiere decir eso, hija de Satanás? ¿Significa que no cometerás la locura de gritar ó que no quieres obedecer?

Una segunda mirada y un lastimero gemido revelaron las intenciones de la beata.

El vizconde le quitó el pañuelo y las ligaduras de los brazos, hecho lo cual, ella se arrodilló y cruzando las manos, exclamó:

—Tengan vuestras señorías lástima de mí, que estoy dispuesta á servirlos con la mejor voluntad.

—Bien, conoces tus intereses, y yo prodigaría á tu talento las merecidas alabanzas, si no tuviéramos que aprovechar el tiempo. Siéntate, bruja, siéntate, escucha y responde con claridad y pocas palabras, en la inteligencia de que si sale de tus asquerosos labios una mentira, te ahogo y acabas de pasar la noche en compañía de Lucifer.

La vieja, cuyos miembros temblaban con-

vulsivamente, se dejó caer en una silla y esperó el interrogatorio.

—Ya sabes—añadió el vizconde—, que te hemos hecho el honor de poner sobre tí nuestras manos y no te habrá quedado duda de que nos sobra fuerza para aniquilarte antes de que des un solo grito.

—No lo daré, ni vuestras señorías me honrarán otra vez con sus nobles manos, porque estoy dispuesta á obedecerlos.

—En este nido horrible, entre estas paredes sombrías, guardabas una perla, un tesoro; tenías aprisionada una mujer de dorados cabellos y singular belleza.

—Yo no la tenía aprisionada, noble señor, ella estaba por su voluntad, me la habían traído para que la guardase y la cuidase.

—¡Hola, hola!...

—Os juro que esta es la verdad...

—Ya veréis cómo descubrimos algo de interés... ¿Y quién te había traído ese tesoro?

—Un conocido...

—Su nombre.

—¿Qué os importa?...

—Su nombre, señora bruja—replicó impetuosamente el vizconde.

—Se llama Simón.

—¿Y quién es ese Simón?

—Un hombre grosero, brutal y bandido que hace cinco días fué encerrado en los calabozos de la Inquisición, no sé por qué, aunque le sobran pecados para ir al quemadero.

—¡Esa mujer sublime era la querida de un criminal!... ¡Oh!... Prosigue, vieja condenada.

—No sé otra cosa: Simón me dió tres escudos, me prometió pagarme generosamente, pero me amenazó con retorcerme el pescuezo si me metía en lo que no me llamaban, es decir, si intentaba siquiera averiguar nada que tuviese relación con su prometida.

—¿Y lo has obedecido?

—A Simón hay que obedecerlo, porque nunca deja de cumplir lo que promete, y ya os he dicho que me prometió retorcerme el pescuezo. Pero ahí la tenéis á ella, preguntadle... ¿Cómo es que no ha despertado con el ruido que habéis hecho.

—La encantadora rubia se encerró en la cocina mientras llamábamos.

—Abrid la puerta...

—Ya lo hemos hecho sin aguardar tu permiso.

—¿Y ella?...

—Se ha ido por la tapia del corral.

—¡Virgen santa!...

—Se habrá refugiado en la casa inmediata...

—¿Qué va á ser de mí?... Afortunada:

tra cómplice, por cuya razón te conviene callar.

—Hagan vuestras señorías lo que les parezca y no tengan cuidado, que demasiado comprendo mi situación.

—Luego te haremos otras preguntas; pero ahora no debemos perder un minuto.

—¿Y por qué—replicó la vieja—no en-



—No, David, no te permitiré hacer una locura' (Pág. 59.)

mente, Simón está preso y acabarán por ahorcarlo.

—¿Quién vive en esa casa?

—Un hombre.

—¿No más que un hombre?

—Un viejo, á quien no he logrado ver más que dos veces.

—Su nombre, su calidad...

—Nadie sabe cómo se llama.

—Cuidado con mentir.

—Os juro que digo la verdad.

—¿No hay en la casa nadie más que ese viejo?

—Nadie más ó al menos á nadie se ha visto.

—Ya lo estáis oyendo—dijo el vizconde dirigiéndose á sus amigos—: un hombre solo y viejo.

—¿Qué intentáis, señores?

—Seguir á nuestra paloma, y desde este momento, tú, vieja condenada, eres nues-

entráis en la otra casa como habéis entrado aquí, y hacéis con mi vecino lo que conmigo habéis hecho? Me parece que así el golpe sería más seguro.

—Tu consejo—repuso el vizconde—no es del todo desacertado; pero bien puede suceder que tu vecino, en vez de hacer lo que tú, antes de abrir quiera convencerse de que efectivamente somos alguaciles del Santo Oficio, y como no hay más que mirarnos para averiguar la verdad, sucedería que tendríamos que tocar retirada sin haber conseguido nuestro deseo. Lo mejor es la sorpresa... vamos, señores, que me siga el que no tiembla.

Los otros contestaron con un juramento.

El vizconde tomó la linterna cerrándola y guardándola para un caso de necesidad.

Sin pronunciar una palabra fueron al corral, y un minuto después habían saltado la tapia.

Acercáronse á la puertecilla por donde había huído Isabel.

Allí se detuvieron y escucharon con toda la atención que el caso requería.

Nada oyeron.

Desenvainaron las espadas y se dispusieron á entrar.

CAPITULO XXIV

Á QUIEN ENCONTRÓ ISABEL

Antes de proseguir es preciso que digamos lo que había sido de Isabel.

La dejamos en el pasillo, mirando la luz que se escapaba por debajo de una puerta.

Por espacio de algunos segundos detúvose la infeliz; pero temerosa de que la persiguiesen y convencida de que no podía sucederle nada peor que caer en poder del abate, avanzó resueitamente y empujó la puerta, que cedió sin ninguna dificultad.

El cuadro que se presentó á sus ojos no podía ser más extraño, porque lo formaban dos hombres, uno anciano y joven el otro, cuyas negras figuras, porque estaban vestidos de negro, se destacaban sobre el blanco mate de las paredes de la habitación, donde no se veía un solo mueble.

Es probable que á nuestros lectores se les ocurra preguntar qué había de extraño ni sorprendente en que dos hombres estuvieran en aquel aposento.

Vamos á explicarnos.

Hemos dicho que el uno era anciano y joven el otro.

El primero representaba sesenta ó sesenta y cuatro años, era de regular estatura, buenas formas, y parecía conservar el vigor de la juventud, según así se colegía de su continente y de la mirada ardiente de sus negros y grandes ojos, que aún parecían más negros por el contraste que formaban con sus cejas y su larga y espesa barba, blanca como la nieve.

De su ropa, que era de paño negro, y en regular estado de uso, nada podía deducirse: no debía ser un hombre rico ni pobre, ni noble de primera calidad ni plebeyo, sino un hidalgo de más ó menos fortuna.

Su rostro era hermoso, con esa hermosura apacible y venerable de la ancianidad.

Bajo su brazo izquierdo veíase un talego, no muy grande, pero debía pesar mu-

cho, porque se conocía el esfuerzo que para sostenerlo hacía el hidalgo.

Su compañero, que tendría más de treinta años, estaba vestido con igual ropa, y sostenía otro talego también igual, pero en la mano derecha tenía una linterna que acababa de coger del suelo.

Ambos parecían disponerse á salir cuando se presentó Isabel, y no hay que decir cuál sería la sorpresa de ambos al ver que la puerta se abría para dar paso á una persona.

El joven dejó la linterna en el suelo, y los dos llevaron la diestra á la empuñadura de la espada.

Empero quedaron inmóviles y no desenvainaron los aceros al ver que la persona que acababa de entrar era una mujer que se dejaba caer de rodillas, cruzaba las manos, extendía los brazos y exclamaba con acento de terror profundo y conmovedora súplica:

—¡Amparadme, amparadme!... ¡Socorredme en nombre de Dios misericordioso!...

Los hidalgos, porque así los llamaremos mientras no sepamos quiénes son, continuaron inmóviles por algunos segundos contemplando á la fugitiva.

Esta, con los cabellos en desorden, el rostro pálido y descompuesto, agitada y convulsiva, miraba con afán indescriptible á los misteriosos personajes, esperando á que pronunciaran su sentencia de vida ó muerte.

La situación no podía ser para todos más embarazosa ni difícil, puesto que ninguno sabía explicarse lo que sucedía: solamente Isabel hubiera podido decir que huía, y que necesitaba que la ocultasen; pero nada más.

Al fin el anciano rompió el silencio para decir:

—¿Quién sois? ¿Qué buscáis? ¿Cómo habéis llegado aquí?

—¡Socorredme, socorredme!— volvió á exclamar la pobre madre con acento cada vez más angustioso.

Aunque no pudieran explicarse la presencia de aquella desolada mujer, comprendieron los dos hidalgos que nada tenían que temer por el tesoro que, según las apariencias, encerraban los talegos, ni mucho menos por sus personas, y acabaron por no ver en la encantadora rubia más

que una infeliz que se encontraba en una apurada situación.

El anciano, acercándose á ella, le alargó cariñosamente una mano y la dijo:

—Levantaos y explicaos...

—Pero me socorreréis, ¿no es verdad?—repuso Isabel, levantando sus grandes y magníficos ojos, brillantes con el fuego de la fiebre, y fijando una mirada tierna, suplicante y angustiosa en el rostro venerable del hidalgo.

—Os socorreremos—respondió éste—, si nos es posible, porque es deber de todo buen cristiano dar ayuda al que la ha menester, y consolar al que sufre.

—Sí—dijo la desdichada, estrechando la diestra del anciano y besándola respetuosamente—; sí, en vuestro semblante se veía un alma noble y generosa, y no me abandonaréis, no, porque soy una infeliz madre, una esposa la más desgraciada... ¡Ah!... Pero ocultadme... Decid por dónde puedo huir... Me persiguen... Pronto le garán... No, no quiero caer nuevamente en poder de los miserables que me han separado de mi esposo y que me han arrebatado á mi hija... Antes prefiero morir... Ocultadme, ocultadme.

Y al decir esto, Isabel miraba con terror á todos lados, y sus miembros temblaban convulsivamente.

Aunque no eran una explicación sus palabras, los dos hombres se sintieron conmovidos.

Fuese quien fuese aquella mujer, era una madre que sufría, era una madre á quien habían arrebatado á su hijo, para lo cual en ningún caso podía haber razón ni derecho.

Antes de saber otra cosa, pinóse ya en los rostros de los hidalgos el sentimiento de indignación que experimentaban, y mientras sus frentes se contraían como si la cólera empezase á hervir en sus pechos, el más anciano replicó:

—Tranquilizaos, hija mía. A nuestro lado nada tenéis que temer. Decidnos quién sois, si es que no os importa guardar el secreto, y qué clase de peligros os amenazan.

Isabel pareció dudar.

¿Era prudente decir la verdad?

¿Seguirían protegiéndola cuando dijese que quienes la perseguían eran los Inquisidores?

Ya por escrúpulos, hijos del fanatismo, tan común en aquella época, ó ya por miedo á la Inquisición, ¿no la abandonarían aquellos hombres que parecían haber empezado á interesarse por ella?

Y por otra parte, era una ingratitud casi criminal el pagar con engaño la generosidad de los dos desconocidos.

Aunque fuesen pocos, ¿no había espíritus elevados que se sobreponían al fanatismo estúpido de aquella época, no había grandes corazones que supieran cumplir humanitarios deberes?

Los nobles y elevados sentimientos de Isabel triunfaron, y se decidió á decir la verdad.

—Sí, todo lo sabréis—dijo—; pero huyamos.

—¡Huir!... ¿De quién?

La infeliz volvió á dudar; pero haciendo un esfuerzo sobrehumano, dijo:

—De la Inquisición.

—¡La Inquisición!—exclamaron á la vez el anciano y el joven.

Y sus rostros palidecieron, y sus miradas se tornaron sombrías.

Pero no dieron muestras de querer apresurarse á huir, sino que pusieron nuevamente la diestra en la empuñadura de la espada, y se miraron como si quisieran recordarse que era una imprudencia obrar sin haber reflexionado.

—Pero os juro—añadió Isabel—, os juro por la vida de mi hija, que somos inocentes, y si se me persigue es porque he querido cumplir mis deberes de esposa, porque lo he preferido todo á manchar mi honor.

—Sosegaos, y aunque con brevedad, explicaos más claramente; no sea que por huir de un peligro imaginario, vayamos á caer en uno real. ¿Cómo habéis entrado aquí?

—Hace cinco días que me oculto en esta casa inmediata, donde habita una mujer anciana, y de la que apenas tengo ningún antecedente.

—¿Y esta noche?...

—Han llamado, he preguntado quién era, y me han contestado que abriese al Santo Oficio.

—¡Oh!...

—He huído, y por el corral...

—Comprendo.

—Ya habrá despertado mi huésped. ha-

brá abierto, y cuando no me encuentren...

—Sí, seguirán vuestras huellas.

—Huyamos, huyamos.

—No, no puede ser.

—¡Dios mío!...

—Si son los inquisidores, habrán entrado en la casa algunos alguaciles, y otros habrán quedado en la calle.

—¡Ah!...

—Si intentamos salir nos verán...

—¡Estoy perdida!...

—¿De qué se os acusa?

—Mi esposo es médico y químico.

—Empiezo á comprender.

—Vivíamos en el arrabal de San Ginés...

—¿Queréis guardar el secreto de vuestro nombre?

—No, para vosotros no... Mi desgracia-do esposo, que tuvo tiempo de huir hace cerca de un mes, se llama Jacobo de Tordesillas.

—¡Jacobo de Tordesillas!—murmuraron á la vez los dos hidalgos.

Y cruzaron una mirada, quedando luego pensativos y como si se olvidasen del peligro que corrían.

Isabel los contempló con más afán y con mayor angustia, preguntando después de algunos instantes:

—¿Acaso conocéis á mi esposo?

Pero el anciano, en vez de responder, se volvió al joven y le dijo:

—¡Quién sabe si la trae la mano de Dios!

—¡Mis nobles señores!...

—Esperad.

—Van á venir...

Ahora más que nunca necesitamos calma y prudencia... dejadnos obrar, señora—repuso el generoso hidalgo—, dejadnos obrar, que á nosotros nos amenaza tal vez mucho mayor peligro que á vos.

—¿Acaso estáis también perseguidos?

—No.

—Entonces el peligro es porque me protegéis... No, no debo aceptar vuestro sacrificio...

—Ninguno hacemos... Aguardad—replicó el anciano.

Y dirigiéndose al joven, le dijo:

—Leandro, ve á la sala, entreabre la ventana con cuidado, observa lo que sucede en la calle y determinaremos. Entre tanto, yo vigilaré aquí.

—Bien, padre mío—respondió el joven.

Pero al dar el primer paso hacia una puerta, detúvose y dijo:

—¿Oís?

Efectivamente, hacia la parte del corral sonaba un rumor sordo como de pasos.

Isabel lanzó un grito y se colocó detrás de sus protectores.

Estos, cuyos ojos relumbraron como centellas, desnudaron las espadas.

Ni siquiera les ocurrió cerrar la puerta que daba al pasillo.

Eran demasiado valientes para pensar en otra defensa que la de sus brazos.

Además, el peligro era el mismo habiendo cerrado, porque la puerta era endeble y hubiera sido abierta con facilidad.

Aun no sabemos de estos dos personajes más, sino que el anciano era padre del joven; pero nos interesamos en su suerte, siquiera porque en aquellos momentos estaba ligada á la de Isabel, y por los nobles sentimientos que habían empezado á mostrar.

A aquellas horas, en aquel aposento desamueblado, cargados de oro y después de haber oído los informes de la vieja, podía sospecharse que aquellos hombres eran criminales, y que los talegos eran el fruto de sus crímenes.

Empero no había más que mirarlos para que se disipase toda sospecha.

Aquellas nobles frentes tenían ese sello inequívoco de la honradez, que no se oculta á los ojos del más torpe.

Reinó en la estancia el más profundo silencio y la inmovilidad más absoluta.

¿Qué podrían hacer los dos hidalgos contra cinco hombres valientes, resueltos y acostumbrados á aquella clase de luchas?

La que iba á entablarse no era dudosa en sus resultados.

De nada serviría el valor ante fuerzas superiores.

¡Pobre Isabel!

CAPITULO XXV

PRINCIPIA EL COMBATE

El silencio duró bien poco.

En el pasillo brilló una luz, que en seguida se apagó, y sonaron pasos.

Los cinco jóvenes, al ver que no estaba obscura la habitación inmediata, cerraron la linterna, que para nada les servía.

Los dos hidalgos apretaron con fuerza convulsiva la empuñadura de sus espadas; pero sus rostros no cambiaron de expresión.

Sus frentes se erguían con fiereza, á pesar de que creían que tendrían que habérselas con los esbirros del Santo Tribunal.

Aparecieron los cinco jóvenes, entrando primero el vizconde y el autor de la calaverada, quedando los otros tres á la puerta.

En el primer momento se pintó en sus semblantes la sorpresa.

Creían encontrar solamente á un débil anciano poseído de terror al verlos, y tenían enfrente dos hombres con las espadas desnudas y en actitud resuelta de rechazar cualquier ataque.

Por entre los hombros de los dos hidalgos se divisaba la cabeza de Isabel, cuyo rostro lívido y descompuesto, cuyos ojos desencajados, revelaban su terror.

Ninguno de los cinco acometedores sabía lo que era miedo, y si se detuvieron, no fué por temor á las dos espadas, sino por sorpresa, y porque les era preciso reconocer el terreno y hacerse cargo de las respectivas situaciones de los unos y de los otros.

Los defensores de Isabel, que si bien estaban encendidos por la ira, no se sentían tampoco turbados ante el peligro, comprendieron inmediatamente que no era con los

esbirros de la Inquisición contra quien tenían que habérselas, sino contra jóvenes desalmados, á quienes sin duda la belleza de Isabel llevaba á aquel extremo.

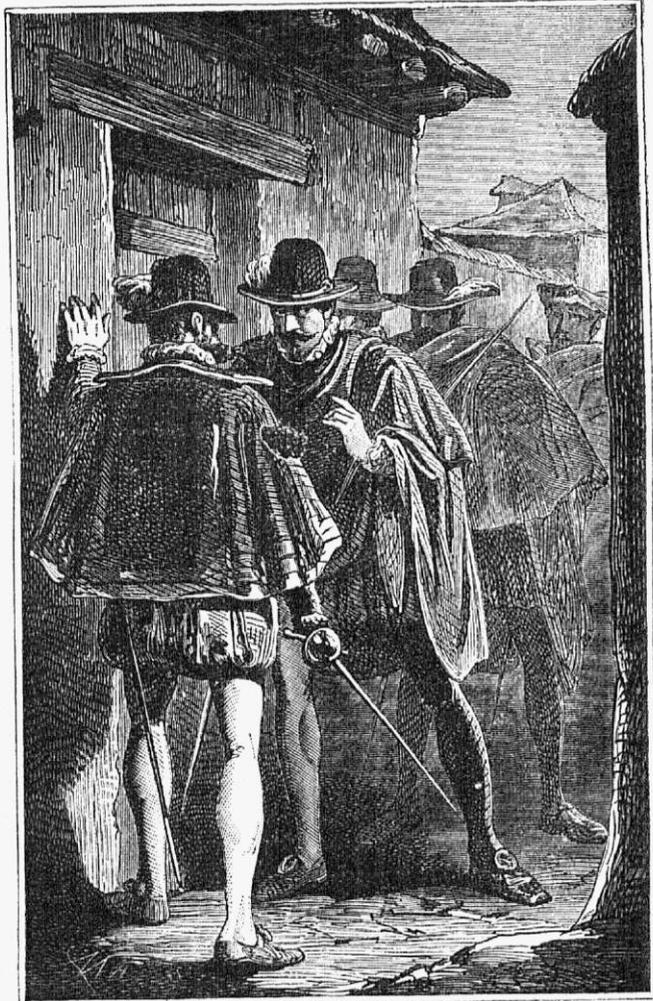
Para unos y otros cambiaba la cuestión, y era la situación muy distinta de la que esperaban.

Puesto que no eran representantes de la autoridad los acometedores, sino cinco miserables que querían llevar á cabo un abuso, los dos hidalgos se encontraban en

el derecho de defenderse, de rechazar la fuerza con la fuerza, si no bastaba la razón.

Que eran nobles y ricos los acometedores, no podía dudarse, porque claramente lo decían sus ricos trajes y su altivo continente.

Por espacio de un segundo se contempla-



(Desenvainaron las espadas y se dispusieron á entrar. Pág. 78.)

ron con ojos centelleantes, con la mirada ardiente y provocadora.

Para que se acometiesen con el encarnizamiento de los más odiados enemigos, no faltaba más sino que cualquiera de ellos pronunciase una palabra, diese un paso, hiciese el más leve movimiento, porque en casos tales un simple gesto suele ser la señal de combate.

El anciano rompió al fin el silencio, y con voz grave y reposada, con una calma

que en aquellos momentos no debía esperarse, dijo:

—Sin duda, señores, os habéis equivocado.

—No—replicó atrevidamente el vizconde.

—Esta es mi casa.

—Lo cual no nos importa.

—Sí os importa; porque yo, dueño y señor absoluto aquí...

—¿Nos echáis?—interrumpió el vizconde, desplegando una sonrisa desdeñosa.

—Antes de echaros—repuso el anciano con la misma calma—, os advertiré que habéis entrado en mi casa sin mi licencia.

—Lo sabemos ya, buen viejo.

—Y que habéis entrado como entran los ladrones...

—Como mejor nos ha parecido, y con la firme resolución de no salir sin llevarnos á esa hermosa rubia que se ha parapetado tras de vosotros.

—La empresa es difícil.

—Si no es imposible...

—Tal vez.

—¿Os atreveréis, villanos?...

—Hidalgos somos, y lo probaremos.

—Pues bien, señores hidalgos, si no habéis de entregarnos á esa mujer, ya podéis empezar á dar gritos pidiendo socorro.

—No necesito ayuda para defender mis derechos, no he menester socorro mientras tenga mi espada.

—¡Vive Dios!... El viejo es atrevido...

—Salid...

—Que apuráis nuestra paciencia...

—Salid os digo.

—Viejo chocho—replicó el vizconde—, pronto veréis cómo sabe hacerse obedecer gente de nuestra calidad.

—Sí—replicó el anciano con acento de profundo desdén—, muy pronto veré como cinco valerosos nobles se convierten en cinco bandidos cobardes, y prueban su nobleza y valor acometiendo á dos hombres...

—¡Por el infierno!—gritó el vizconde fuera de sí.

—Nos llama cobardes porque somos cinco contra dos... ¡Oh!... Ahora lo veremos. Y volviéndose al que á su lado tenía, le dijo:

—Tú y yo en buena lid disputaremos el derecho de llevarnos á su mujer, y si

uno de nosotros es vencido, le reemplazará cualquiera de nuestros compañeros.

—Sí, sí—respondieron los cuatro.

—Pero yo—añadió uno de los que estaban detrás—quisiera ser el primero en dar al viejo hidalgo una lección, que no la olvidase fácilmente.

—Y yo—dijo otro—os ruego que me permitáis pagar al joven con una buena estocada la sonrisa burlona que nos envía desde que vinimos.

Efectivamente, Leandro había empezado á sonreirse tan desdeñosa ó más bien burlonamente, que no podía mirársele con calma.

—No—replicó el anciano—, no es menester que deis esa prueba de vuestro valor y vuestra nobleza, porque para mí no sois más que cinco ladrones miserables que habéis penetrado en mi casa, y á los cinco os acuchillaré si no queréis salir.

—¡En guardia!—gritaron el vizconde y el primer aspirante á Isabel

—¡Atrás!—exclamaron el padre y el hijo. Y se cruzaron instantáneamente las cuatro espadas.

Isabel lanzó un grito y se apoyó contra la pared, porque empezaban á faltarle las fuerzas.

Los aceros chocaron y empezaron á moverse con rapidez, reflejando en ellos la luz de la linterna que aún conservaba Leandro en la mano.

Los tres que estaban junto á la puerta permanecieron inmóviles, aunque dispuestos á reemplazar al primero de sus amigos que cayese.

En los primeros momentos no se advirtió ventaja de parte de unos ni de otros.

A cual más, los cuatro combatientes manejan admirablemente las espadas, y para acometerse tenían tanto acierto como habilidad para defenderse.

Asestábanse á menudo estocadas que revelaban su destreza; pero con la misma maestría eran paradas y contestadas con otras no menos certeras.

El padre y el hijo parecían hombres de más calma que los otros.

Su sangre fría era en aquellos momentos una gran ventaja; pero en cambio tenían la desventaja de los pesados talegos que no habían soltado y que los embarazaban bastante.

Isabel, haciendo de la necesidad virtud, como se dice vulgarmente, ó sacando fuer-



zas de flaqueza, había conseguido dominarse algún tanto, y contemplaba con espantados ojos el combate.

¿Por qué no gritaba pidiendo socorro, puesto que no se trataba de inquisidores ni gente de justicia?

Ella misma no hubiera podido decirlo.

Desde el momento en que sus dos protectores no tenían que luchar más que con otros dos hombres y con armas iguales, comprendió instintivamente la infeliz que pedir ayuda hubiera sido lo mismo que poner en duda el valor y el honor del padre y el hijo.

Ni unos ni otros pronunciaron una palabra.

Los aceros seguían chocándose sin que la sangre hubiese enrojecido ninguno.

Leandro, sin dejar de combatir, rompió al fin el silencio para decir á Isabel:

—Señora, cuando veáis rodar una espada, hacedme el favor de cogerla, ponerle encima un pie y romperla.

—¿Tenéis la pretensión de desarmarme?—preguntó el mancebo enamorado.

—Tengo simplemente el deseo de disminuir el número de los enemigos sin verter mucha sangre.

—Bueno es saberlo...

—Ya estáis avisado.

—Tanta arrogancia...

—Ved si cumplo lo que prometo—dijo Leandro.

Y la espada de su contrario saltó, cayendo junto á Isabel.

Esta, como un autómatas que obedece á sus resortes, cogió el arma y la rompió con la fuerza febril que la animaba en aquellos momentos.

El calavera dejó escapar un rugido de desesperación, dando un paso atrás.

Uno de sus compañeros ocupó su lugar inmediatamente, mientras decía:

—Me toca á mí... Que nadie me dispute mi derecho.

Y su relumbrante tizona se cruzó con la de Leandro.

Este segundo adversario era más temible, porque parecía más dueño de sí y no era tan fácil hacerle perder la calma como al otro.

—Señor hidalgo—dijo el vizconde, mientras su amigo el desarmado se arrancaba y destrozaba los riquísimos vuelos de encaje de Bruselas que asomaban por las mangas

de su jubón—, señor hidalgo, perdéis la vida, os quedáis en descubierto...

—¿Y por qué no aprovecháis la ocasión?—replicó el anciano, que como su hijo empezaba á sonreír burlescamente.

—Soy noble y leal.

—Pues bien, para todo tenéis licencia, porque es mi gusto batirme así.

—Entonces...

—A fondo, caballero, tiraos á fondo, que la ocasión la pintan calva.

Y el anciano, siempre en descubierto, atacó más impetuosamente.

—Puesto que lo queréis, sea—dijo el vizconde.

Y se tiró á fondo, yendo su espada derecha al lado izquierdo del pecho de su enemigo.

Pero en lugar del pecho la espada encontró el talego oculto bajo la capa, y en vez de penetrar se dobló y partió en dos pedazos.

—¡Ira de Satanás!—gritó el vizconde fuera de sí.

Y lo mismo que su amigo, se vió obligado á retroceder.

Otro se puso en su lugar y siguió el combate.

—Dos enemigos menos...

—¡Por el infierno!...

—Después de las espadas harán su papel las dagas...

—Adelante, adelante...

—Atrás digo yo, atrás miserables.

Los dos que estaban desarmados en un rincón del aposento apenas se atrevían á levantar los ojos.

Volvió á reinar un silencio profundo, solamente interrumpido por el estridente chischas de los aceros y la respiración violenta y fatigosa de los combatientes.

Leandro intentó hacer con el segundo adversario lo mismo que con el primero.

Pero no lo consiguió.

—¡Diantre!—dijo—tenéis buena muñeca, lo reconozco.

—A mí no me engañaréis—dijo el que entonces peleaba con el anciano—: si tenéis una cota...

—Lo que tengo es un montón de oro, y ya sabéis, caballero, que ante el oro todo sucumbe en este mundo.

—Puede que digáis verdad, porque vuestros movimientos...

—Ya lo veis, mis movimientos son pe-
nosos.

—Pues si os mato...

—Si nos mataseis, os llevaríais dos te-
soros: la mujer á quien defendemos y el
oro que llevamos encima.

Al pronunciar estas palabras el anciano,
detrás de los calaveras, es decir, en el
pasillo, resonó una voz ronca, desagrada-
ble, una voz semejante al mugido de un toro
que gritaba:

—¡Cien mil legiones de demonios y con-
denados!... ¡Rayos del infierno!...

CAPITULO XXVI

CÓMO TERMINÓ EL COMBATE

Al resonar en el pasillo aquella voz, lo
mismo los calaveras que los dos hidalgos
dejaron escapar un grito que tanto podía
ser de sorpresa como de terror.

Los que estaban junto á la puerta se
volvieron; pero antes de darse cuenta de
lo que sucedía, vieron relumbrar una es-
pada, que cayó sobre uno de ellos, abrién-
dole el cráneo.

No era posible que en aquellos prime-
ros instantes acertara ninguno á decir en
socorro de quién llegaba el nuevo perso-
naje.

Ni unos ni otros esperaban ayuda, y
por consiguiente todos creyeron que era
un enemigo.

Al caer sin vida uno de los nobles man-
cebos, retrocedieron los demás, haciendo
lo mismo los dos hidalgos, de lo cual re-
sultó la confusión más completa que puede
imaginarse, sin que ninguno pudiera decir
otra cosa sino que á la puerta acababa
de apearse un jinete, cuyos ojos despedían
llamaradas, y que el acero que había qui-
tado la vida al uno, se agitaba en todas
direcciones y amenazando á todas las ca-
bezas.

Al volverse, moverse y confundirse, ro-
daron las linternas, y la habitación quedó
en la más completa obscuridad.

Resonó otro grito, cuyo significado tam-
poco hubiera podido comprenderse.

Y tras el grito se oyó el ruido de las
espadas, ya chocando unas con otras ya
contra las paredes.

Y á este ruido se mezcló el de las

roncas voces que proferían terribles ame-
nazas, juramentos y blasfemias.

¿Cómo seguían peleando, si entre las
densas tinieblas no podían distinguirse los
amigos de los contrarios?

Seguían, porque todos ellos estaban cie-
gos ya, trastornados, locos por la ira.

Con las espadas ó las dagas, y como
impulsados por un vértigo infernal, des-
cargaban golpes hacia todos lados, experi-
mentando un satánico gozo cuando acer-
taban á herir á alguno, sin pensar si ha-
bía sido amigo ó enemigo.

En nuestros días no hubiera durado la
horrible confusión más que algunos ins-
tantes, porque la luz de un fósforo hubie-
ra disipado las tinieblas; pero entonces
no se encendía con la misma facilidad,
y aquellos hombres, sin que les quedara
ni aun el recurso de huir, porque no sa-
bían dónde estaban las puertas, debían
continuar luchando hasta aniquilarse todos.

¿Y que sería de Isabel?

Más de un golpe debía herir á la desdi-
chada y acabar con su existencia.

Bien pronto á los juramentos y ame-
nazas se mezclaron los ayes lastimeros de
la agonía.

Más de una vez se oyó el ruido sordo
de un cuerpo que caía pesadamente en
tierra.

Más de una vez los ciegos combatientes,
al dar un paso, sintieron bajo su pie el
cuerpo de un infeliz que se agitaba con
las convulsiones de la muerte.

No puede concebirse nada más horrible,
nada más espantable, nada más aterrador.

Ayes, blasfemias, golpes, todo resonaba
en infernal confusión.

¿Qué término debía tener aquella lucha
de ciegos y locos?

Un montón de cadáveres, entre los que
se veía el de la infeliz esposa de Jacobo;
un montón de cadáveres entre montones
de oro, porque los talegos debían haberse
destrozado, esparciéndose su contenido.

Horrible y extraño á la vez debía ser
el cuadro que se presentase á los ojos
del primero que con una luz penetrara
en el aposento.

Según nuestro cálculo, no duró me-
nos de cinco minutos aquella espantosa
confusión.

El número de voces había disminuído
notablemente, así como el número de gol-

pes, lo cual probaba que era también mucho menor el número de combatientes, ó lo que es igual, que ya muchos de ellos habían perdido la existencia ó estaban heridos tan gravemente, que no podían moverse del lugar en que habían caído.

Cuando la ira llega á cierto grado, se pierde por completo la razón, y el hombre no es ni más ni menos que una fiera más temible que ninguna.

Aunque algunos de los combatientes hubiese encontrado la puerta, no habría salido, porque ya todos ellos necesitaban sangre, mucha sangre para quedar satisfechos.

—¡En nombre del rey!... ¡Alto á la justicia!—se oyó gritar cerca de allí.

Y pocos segundos después brilló una luz.

Y al disiparse las tinieblas se distinguieron cinco ó seis hombres que, espada en mano, penetraron en la habitación.

Pero apenas se oyeron las nuevas voces y brilló la claridad, uno de los combatientes, cuya estatura era gigantesca, desapareció por el opuesto lado, ó lo que es igual, por el pasillo que ya conocen nuestros lectores.

De esto no pudo apercibirse nadie.

Los recién llegados eran un alcalde y seis alguaciles.

Lo mismo ellos que los que allí estaban antes, quedaron inmóviles.

Instantáneamente reinó un silencio absoluto.

Unos y otros se miraron con asombro.

¿Qué había sucedido?

En el suelo había tres hombres, que eran tres de nuestros calaveras.

Uno con el cráneo dividido, primera víctima del espadón del aparecido gigante.

Otro, aunque vivo, con una herida en el pecho, era el que aspiraba á la belleza de Isabel, y había promovido el lance, cuyo sangriento fin nadie esperaba.

El tercero tenía tres ó cuatro heridas y el rostro cubierto de sangre, y era el que parecía estar mejor.

De los dos restantes, el uno había recibido una cuchillada en el brazo izquierdo, y el otro, que era el vizconde, no tenía ni el más leve rasguño.

Hubiérase dicho que su misma audacia le protegía.

En la diestra empuñaba la daga con

que probablemente había herido á alguno de sus compañeros.

¿Y la esposa de Jacobo y sus dos protectores?

Estos conocían perfectamente el interior de la casa, y apenas se apagó la luz y empezó la confusión, sin detenerse á herir ni dar tiempo á ser heridos, asteron á Isabel por los brazos y la arastraron fuera del aposento.

A los pocos minutos se encontraban en la calle.

No por olvido, sino á propósito, dejaron la puerta abierta de par en par, y se alejaron presurosamente.

Quiso la casualidad que una ronda pasase por allí, y como oyese el ruido de la pelea y viesese abierto, entraron para averiguar lo que sucedía.

Nuestros lectores habrán adivinado que el gigante que tan oportunamente se había presentado, era Simón.

Este, al ver llegar la justicia, no pensó más que en huir, y la misma confusión que había producido con su presencia le sirvió para escapar, volver á la morada de la vieja, y decirle:

—Buena la has hecho, bruja... pagarás la torpeza.

Y desapareció.

La beata cerró la puerta y empezó á temblar.

El alcalde reconoció en seguida á los cadáveres, y dirigiéndose al vizconde, que era el único que se encontraba sano, le dijo:

—¿Queréis explicarme lo que esto significa, caballero?

—Amigo mío—respondió el joven, envainando la daga—, esto no significa más sino que entramos aquí tras de una mujer, encontramos atrevidos que pusieron la mano sobre nosotros, nos defendimos, apagaron la luz y huyeron como villanos, y... no sé más porque ahora veo el triste resultado de la refriega.

—Pero esta casa parece estar deshabitada.

—Así parece.

—Es cosa extraña.

—Y sobre todo, desagradable.

—Nadie vive aquí...

—Sin embargo, aquí nos trajo engañados una sirena...

—Comprendo, os han tendido un lazo;

pero los criminales no pueden estar lejos—repuso el alcalde.

Y volviéndose á los alguaciles, les dijo:

—Corred, apoderaos de cuantas personas encontréis por estos alrededores y traed un cirujano.

El vizconde había desfigurado la verdad para evitar que la justicia hiciese averiguaciones y se produjeran grandes escándalos.

—De todos modos—dijo para sí mientras los alguaciles se alejaban—, los muertos no pueden resucitarse, y la verdad á nadie le interesa más que á mí, porque dejaré de ser quien soy, ó he de averiguar quiénes son esos hidalgos y esa mujer misteriosa.

Y luego añadió en voz alta:

—Ya nos conocéis, señor alcalde, y...

—Desconfiad.

—Es preciso evitar el escándalo.

Lo que después de esto sucedió, no es menester que lo digamos.

Los alguaciles no encontraron alma viviente á quien prender.

El cirujano reconoció las heridas.

Al uno lo encontró muerto; pero de los otros dos dijo que había esperanzas de que salvarsen la vida.

Por lo demás, tratándose de personas como el vizconde y sus amigos la justicia haría lo que estos quisieran.

CAPITULO XXVII

DAVID VUELVE Á DESESPERARSE

Simón no pudo hablar más de lo que á él se refería, puesto que ignoraba todo lo demás.

El día anterior no había ido á ver á Isabel antes de la noche, y para obrar así se fundó en prudentes y graves razones.

En efecto, la vieja pasaba la mayor parte del día fuera de su casa, y los vecinos, que en todos tiempos han sido curiosos, no habrían dejado de observar que en la vivienda de la beata había gente que abriese á ciertos amigos, y tras esta observación peligrosa, habrían tenido el deseo, mucho más peligroso, de averiguar quién quedaba en la casa cuando la mujer salía.

Fué, pues, Simón á la noche y á hora bastante avanzada; lo recibió temblando la vieja, le refirió lo que acababa de suce-

derle; y él, sin detenerse á reflexionar comió también á la casa inmediata, produciendo con su presencia el efecto que ya sabemos.

Apenas se oyeron las voces de «alto á la justicia» y asomó la luz, Simón no pensó más que en huir.

¿Era esto una cobardía?

—No.

¿Significaba su fuga que no quería comprometerse por Isabel más que hasta cierto punto?

Tampoco, porque en aquellos momentos el gigante no habría tenido inconveniente en sacrificar la vida.

Según antes había dicho, la cuestión era para él una cuestión de amor propio, y en esto no mentía.

Pero Simón era, como vulgarmente se dice, perro viejo, no tenía la fogosa imaginación de los veinte años, ni mucho menos era impresionable como una mujer; sabía dominarse cuando convenía, y en ningún caso cometía la torpeza de hacer sacrificios estériles.

¿De qué habría servido su presencia en la casa misteriosa después de la llegada de la justicia?

De nada más que de perderse él también, porque no le habrían guardado ninguna consideración.

Ya hubiera muerto Isabel, ya estuviese viva, nada podía hacerse por ella.

Tampoco le era posible de verse para ver el resultado del combate: solo se atrevió, y no fué poco hacer, á perder un instante y echar una rápida ojeada á su alrededor, aprovechando el primer deslumbre de luz que penetró en el aposento, y le pareció que, entre los que estaban en tierra y los que quedaban en pie, no componían el número de ocho personas, es decir, los cinco calaveras, Isabel y sus dos defensores, puesto que al mirar había visto Simón que eran dos hombres los que resistían á los acometedores.

También le pareció que ni en pie, ni en el suelo había ninguna mujer, cuyo bulo por la ropa, no podía confundirse con los demás.

En opinión del gigante, aprovechando la confusión Isabel había huído, salvándose al menos por aquella noche.

Pero esto no era más que una suposición, tanto menos tranquilizadora, cuanto no se fundaba más que en una mirada incierta,

echada en momentos de confusión y turbación y casi en medio de la obscuridad.

Cualquiera que hubiese sido el resultado del extraño suceso de la noche anterior, había mucho que temer por la suerte de la infeliz madre.

La situación de ésta, si había librado la vida, era peligrosa como nunca.

Todo esto lo pensó David, haciendo otras muchas reflexiones á cual más tristes y desconsoladoras.

El infeliz quedó como anonadado.

Inclinó sobre el pecho la cabeza y pasó largo rato sin que pronunciase una palabra.

—Veamos, Simón, veamos—dijo al fin, pasándose las manos por la frente.

—¿Qué quieres?

—Lo primero que necesito es poner mis ideas en orden, aclararlas, porque bullen en mi cabeza y todo lo veo confuso.

—Preciso es que te tranquilices, porque de otro modo no encontrarás más que torpezas. Mira, yo anoche estaba desesperado y tuve que hacer un verdadero sacrificio para alejarme de aquella casa, porque tenía la sangre encendida y mi único deseo era seguir dando cuchilladas hasta que no hubiera quedado una persona viva delante de mí; pero ya ves, es preciso ser prudentes, porque no siempre se remedian las cosas con golpes.

—Tienes razón.

—Es menester disimular.

—Sí, yo también sé dominarme, y te lo probaré en la situación en que nos encontramos, no es la bravura del león la que ha de servirnos, sino la astucia del tigre.

—David, tienes mucho entendimiento, y cuando hablas me quedo con la boca abierta. Yo pensaba eso mismo; pero no sabía explicármelo ¡Voto á Satanás! Te aseguro que cuando te sosiegues hemos de dar que hacer, tú con tu cabeza y yo con mis manos.

—Reflexionemos.

—Sí, sí, reflexionemos, ó más bien reflexiona tú por los dos, puesto que yo no sirvo para el caso.

—Mi querido Simón, en estos dos últimos días has dado pruebas de que vales tanto por la inteligencia como por los puños.

—¡Rayos y truenos!...

—¿Te enfadas?

—Antes me amenazabas y ahora me adulas.

—Antes eras el instrumento de que se servía mi voluntad, antes eras el esclavo á quien se hace obedecer á la fuerza...

—¿Y ahora?

—Eres mi amigo—dijo el huérfano.

—Mira—replicó éste con su natural rudeza—, todo esto no es más que música celestial.

—Simón...

—Vamos á ver lo que sale de tu cabeza.

—De mi joroba deberías decir—repuso el huérfano, sonriendo con amargura.

—Pues bien, si no has de llevarlo á mal, te diré que tu joroba es un zurrón, donde crep guardas cosas muy buenas.

—Ayer has hecho heroicidades has dado pruebas de tener un gran corazón.

—David—interrumpió el gigante—, lo que es á ti no nos sirve ahora para salir de apuros.

—Bien, entremos en explicaciones.

—Te he dicho cuanto saba.

—Pero me has de repetir algo, para que yo acabe de poner en orden mis ideas.

—Pregunta y te responderé.

—La vieja te dijo...

—Repetiré sus palabras con toda exactitud.

—Sí, sí.

—Llegué, llamé y la bruja me abrió después de preguntarme cien veces quién era. Entré, y la ví temblando... ¡Ira de Satanás!... Le pregunté por la otra y me respondió: «Se ha ido, y tras ella han ido los otros...» ¡Cien legiones de cóndera los!...

Me quedé como el que ve visiones, le pregunté quien eran los otros, y entonces me dijo: «Llamaban desafortadamente á la puerta, gritaban para que abriese al Santo Oficio, abrí, cayeron sobre mí, me tataron la boca... Ella se había puesto en salvo por las tapias del corral y después de preguntarme que vivía en esa otra casa, han tomado el mismo camino.»

—Pero ella habra conocido su error...

—Sí me dió alguna explicaciones por las cuales comprendí que los nobles caballeros que fan apoderarse de Isabel, sin más motivo que el de encontrarla hermosa, y con ellos pueden hacerlo todo sin miedo á la justicia, siguen á la infeliz como el cazador persigue á la cierva que va herida.

—Sí, eso es; pero no hay duda que alguno de esos hombres había visto á Isabel.

—Puesto que la buscaban...

—Espera, Simón: voy á recapitular.

—Como quieras.

—Si pudiéramos probar que esos miserables han tomado el nombre del Santo Oficio...

—Es fácil probarlo.

—¿Cómo?

—Declarará la vieja.

—Sí; pero esa mujer diría otras cosas que no nos conviene que se digan.

—Y que tal vez haya descubierto á estas horas.

—Entonces...

—Oye, David, lo que he pensado sobre este negocio.

—Te escucho.

—La justicia habrá encerrado á la beata y habrá sabido la verdad ó no tardará en saberla, lo cual es un peligro para mi persona, y como no quiero salir de Herodes para ir á Pilatos, como me desagrada el haber escapado de la Inquisición para que me encierren en la cárcel, este mañana muy temprano he salido á buscar nueva vivienda.

—¿Y la has encontrado?

—Sí.

—Prosigue.

—El señor alcalde no dejará de dar parte á los inquisidores sobre el suceso.

—Lo hará porque se ha tomado el nombre del Santo Oficio.

—Y como la pícara bruja hablará de cierta rubia...

—Comprendo.

—Tu amo adivinará enseguida quién era la mujer que estaba bajo mi protección,

—¡Oh!...

—Me parece—repuso el gigante, desplegando una sonrisa—, que esto puede ser motivo para que Crispín justifique su inocencia.

Esta observación fué para David un nuevo golpe.

—Simón—dijo—, es menester averiguar el desenlace y las consecuencias de los sucesos de anoche.

—Aseguras que soy valiente, y me parece que no te equivocas; pero con todo mi valor no me he atrevido á dar un paseo por los alrededores de San Millán.

David meditó.

Al cabo de algunos minutos pareció más tranquilo y brillaron sus ojos.

—Bien—dijo—, todo lo sabremos.

—¿Cómo?

—Déjame hacer.

El asesino se encogió de hombros.

—Tú—añadió David—, ocúltate hasta que sepamos si te amenaza algún peligro.

—Mudaré de vivienda.

—Cuanto antes, mejor.

—No esperaré á mañana.

—Cuando yo sepa cuál ha sido el resultado de los sucesos de anoche, veremos lo que conviene hacer.

¿Qué medios pensaba poner en juego el jorobado?

Los más sencillos: él nada podía averiguar, porque cualquiera pregunta lo hubiera comprometido; pero decidió acudir á Fray Tadeo y contárselo todo, y éste sabría bien pronto la verdad.

No quiso detenerse más el huérfano, guardó los papeles, que también pensaba enseñar al fraile, y después de preguntar á Simón las señas de su nueva morada, despidióse y salió en el angustioso estado que era consiguiente.

Encaminóse á Santo Tomás; pero fray Tadeo había salido.

Volvió al tribunal, y pocos minutos después de haber llegado, vió á Florentín.

—¿Cómo te encuentras, hijo mío?—preguntó éste al huérfano con acento cariñoso.

—Ya estoy bien.

—¿Has paseado mucho?

—Bastante.

—Por eso estás agitado...

—Como aún no he recobrado mis fuerzas...

—Vamos, hijo, vamos y descansarás.

—Sí, vamos, que ya es hora de comer.

—Y que tenemos que hablar mucho—dijo el abate mientras se alejaban del sombrío edificio.

—¡Que tenemos que hablar mucho!...

—Supongo que no te habrás olvidado del asunto que tanto nos interesa.

—¡Ah!...

—La hija de Isabel...

—No, padre mío, ni un solo instante me he olvidado de esa criatura.

—Desde hoy tú serás mi único confidente...

—Gracias, señor.

—¡Oh! Ese miserable de Crispín...

—Es muy hábil, y tal vez...
 —No me engañará, descuida.
 —Hablando así, llegaron á la vivienda del abate y se dispusieron á comer.

! CAPITULO XXVIII

AVERIGUACIONES

Tratándose de personas de tanta importancia como los cinco jóvenes, habiendo perdido la vida uno de ellos, y encontrándose otros dos en peligro de morir, era imposible guardar secreto sobre tales desgracias; y mientras David hablaba con fray Tadeo y con Simón, cundía la noticia del extraño suceso de la pasada noche, haciéndose mil comentarios, por que nadie acertaba á dar satisfactorias explicaciones.

Y efectivamente, ¿cómo se comprendía lo que había pasado?

Fácilmente conoció el alcalde que no se le había dicho la verdad, doblemente cuando las declaraciones de los heridos no estaban en completa armonía con la del vizconde.

Sin embargo, en vez de mirar á los cañaveras como criminales, se les consideró víctimas de una emboscada, creyendo ó aparentando creer que se les había tendido un lazo para robarlos, aunque era inconcebible que esto se hiciera con cinco hombres á la vez, y cinco hombres que tenían fama de valientes, y más de una vez habían probado que la fama era justa.

La autoridad vió, pues, un misterio, y quiso ponerlo en claro.

Para conseguirlo se presentó aquella mañana en la casa que había sido teatro de la sangrienta lucha; pero allí nada encontró más que las manchas de sangre que enrojecían el pavimento.

Reconoció todas las habitaciones y

no vió de particular otra cosa que una puertecilla de roble forrada de hierro, y que pertenecía á la pequeña cueva del edificio.

¿Por qué se había forrado aquella puerta?

Otra circunstancia llamó la atención: la cerradura había sido arrancada, y todo lo que pudo deducirse era que aquella cerradura debía ser de valor y no habían querido dejarla allí.



¡Amparadme, amparadme! ¡Socorredme en nombre de Dios misericordioso!... (Pág. 78.)

Presentáronse en las casas inmediatas; pero nada consiguieron, porque sólo un vecino, cuyo dormitorio estaba contiguo á la habitación donde había tenido lugar el combate, declaró que había sido despertado por un ruido confuso, y cuya

causa le fué imposible adivinar en el primer momento; que levantándose y escuchando con atención, parecióle oír sonido de espadas y voces; que se vistió apresuradamente para salir y buscar una ronda; pero que el ruido cesó de repente, y aunque se asomó á una ventana, no pudo ver nada de particular.

¿Pero quién vivía en aquella casa?

—Una ó dos veces—decían todos—hemos visto un anciano entrar ó salir; pero ni sabemos su nombre ni ninguna de sus circunstancias.

—Pero su aspecto decía entonces el alcalde—revelaría por lo menos si era persona de clase distinguida.

—Parecía un hidalgo, y siempre se le vió vestido de paño negro.

—¿Y no habéis visto ninguna mujer?

—Ninguna.

—¿Y no ha entrado ni salido otra persona?

—Ninguna.

—¿Ni habéis intentado averiguar?...

—La verdad—respondió algún vecino—, hemos intentado averiguar, hemos observado, y nada hemos conseguido.

El misterio se hacía cada vez más impenetrable.

El alcalde era astuto, perspicaz, y tenía larga experiencia.

No se quiso dar por vencido.

Hablaronle de la beata, diciéndole que ella tal vez podría dar más noticias, porque su casa comunicaba con la otra por el corral.

—Bien—dijo el alcalde—, no falta otro vecino á quien pedir declaración.

Y llamó á la puerta de la vivienda que se le había indicado.

Nadie respondió.

Volvió á llamar una y otra vez y como tampoco le contestasen, decidió abrirse paso en nombre de la ley.

Entraron, reconocieron escrupulosamente todas las habitaciones, y lo primero que les llamó la atención fué que había dos camas, lo cual probaba claramente que la beata no vivía sola, como aseguraban todos.

A esta observación no supieron los vecinos qué responder, pues quedaron tan sorprendidos como el mismo alcalde.

Luego advirtieron que la puerta que

comunicaba con la cocina había sido forzada.

El alcalde examinó atentamente aquella puerta y reflexionó.

—Mirad, esto me parece digno de ser observado—dijo al escribano que le acompañaba.

—Sí—respondió éste, que no era menos astuto—; á esta puerta se le ha dado un golpe por este lado.

—Efectivamente, así lo prueba el que por el otro está la llave.

—Había, pues, una persona en esta cocina, y la susodicha persona se había encerrado.

—Pero rompieron la cerradura los que había en esa otra habitación...

—Esto es claro, es evidente—repuso el escribano sonriendo.

—Sí, uno ó más huían, otros perseguían; el perseguido se refugió aquí y cerró; los perseguidores hicieron saltar la cerradura...

—Y luego uno tras otro fueron al corral, que es lo mismo que nosotros debemos hacer ahora, si vuestra señoría lo encuentra acertado.

—Vamos.

En la tapia del corral encontraron las señales del escalamiento, y siguiendo las huellas llegaron en breve al aposento donde había tenido lugar el combate.

El escribano volvió á sonreír maliciosamente.

El alcalde, con su gravedad de costumbres, dijo:

—Leedme otra vez la declaración del señor vizconde.

Obedeció el hombre de la fe pública.

—Vinieron—murmuró el alcalde, como si hablase consigo mismo—, vinieron tras una mujer.

—Y creo que es verdad, señor; solamente que el noble vizconde ha olvidado decir si entraron por la puerta ó por la tapia.

No quiso responder á esta maliciosa observación el buen alcalde; aparentó no haberla entendido y acabó el reconocimiento.

Era indudable que la vieja no había querido esperar á que la justicia le pidiese explicaciones y había huído, abandonando su vivienda y su mísero hogar.

Otro misterio, pues.

La beata tenía en su casa otra persona.

—¿Quién era ésta?

La mujer objeto de la sangrienta lucha.

Así lo comprendió el alcalde después de reflexionar.

No le quedaba más que un solo resorte que tocar; la declaración del dueño de la casa donde vivía el misterioso anciano.

Aquel mismo día se tomó esta declaración; pero el propietario no pudo decir más sino que hacía tres años que se le había presentado un hombre joven y de buen aspecto, alquilándole la casa con condiciones muy ventajosas.

—¿Cómo se llamaba ese hombre?— preguntó el alcalde.

—Juan López, según me dijo; pero bien pudo mentir.

—¿Era hidalgo?

—Lo parecía.

—¿Y con qué condiciones le alquilasteis la casa?

—Por treinta escudos al año.

—Buen precio.

—Y en el acto me entregó el importe de la primera anualidad.

—¿Y después?

—No tendré otro inquilino igual: para nada absolutamente me incomodó, y el mismo día que terminaba el plazo del arrendamiento, se me presentó y me dió los treinta escudos del año siguiente.

—¿Y después del segundo plazo?

—Me pagó con la misma exactitud el tercero, que aún no ha cumplido.

—¿Cuándo cumplirá?

—Dentro de ocho días.

—Es extraño que en tanto tiempo no se os haya ocurrido ver á ese hombre.

—¿Y para qué?... Me pagaba religiosamente y nunca me pidió nada. Otras casas tengo, señor, y sobre no poder cobrar tan cómoda y exactamente, los inquilinos me están siempre exigiendo obras y reparos, que de hacerse todos, me costarían más de lo que pagan de alquiler.

Por primera vez en su vida el alcalde tenía que darse por vencido, lo cual le mortificaba tanto, que decidió dar un paso que podía comprometerlo.

—Veré al vizconde—dijo.

Y se presentó en la vivienda del mancebo, precisamente cuando éste acababa de levantarse, porque había dormido toda la mañana.

Saludáronse amable y cortésmente, y el vizconde, con alguna sorpresa, dijo:

—No esperaba que tan pronto me hicierais el honor de visitarme, porque supongo que no os daréis tanta prisa en terminar nuestro asunto, que en pocas horas se hagan necesarias dos declaraciones.

—Ahora, más que como juez, vengo como amigo, porque si he de hablaros con franqueza, el negocio que nos ocupa me tiene algo inquieto.

—¿Por qué?... Soy vuestro amigo, ya lo sabéis: en cualquiera ocasión debéis contar conmigo para todo, y en la presente mucho más. ¿Qué teméis, caballero?

—Los misterios me desagradan, porque son peligrosos.

—¡Misterios decís!...

—Mi querido vizconde, hablemos con franqueza para que yo pueda obrar con acierto, y así se eviten escándalos y disgustos para vos y quede á cubierto mi responsabilidad. El negocio es grave, muy grave, y no puede dejarse en el olvido, que sería lo más conveniente, porque un ilustre caballero ha perdido la vida, y hay una familia que pide venganza.

—Pues será preciso que esa familia deje de pedir.

—Si se tratara de un duelo, el honor cerraría las bocas; pero según vos mismo decís, se os ha tendido un lazo, y milagrosamente no habéis perecido todos en el nido de los criminales adonde se os llevó. Una reyerta entre caballeros, aunque cueste la vida á alguno, no da lugar á reclamaciones, y cuando el juez dice que nada ha podido averiguar, que no encuentra al criminal, todo el mundo calla, porque los más interesados en vengarse son los primeros en hacer que se olvide el asunto; pero el caso es completamente distinto: el muerto y los dos heridos más graves tienen familia, y estas familias me asedian y llevan sus clamores hasta el trono, y no tardarán en decir que soy tor-

pe ó poco celoso en el cumplimiento de mi deber.

—Yo también, mi buen amigo—replicó el vizconde tranquilamente—, daría la mitad de mi fortuna porque se encontrara á los criminales.

—Pues bien, ayudadme.

—¿Y qué he de hacer para ayudaros?

—¿Hablamos como amigos?—dijo el alcalde fijando en el mancebo una escudriñadora mirada.

—¿Lo dudáis?

—No llevéis á mal que os pida una prueba.

—Pedidla.

—La tendré en la contestación que me deis á una sola pregunta.

—Sí, tendréis esa prueba y acabaréis de convencerme.

—¿Es verdad, es exacto lo que habéis dicho en vuestra declaración?

La frente del vizconde se contrajo ligeramente.

—Caballero — replicó —, la pregunta que me hacéis...

—Os la hace el amigo, no el juez.

—Entonces.

—No habéis declarado la verdad.

—No—repuso el joven—, y puesto que como amigos hablamos, os referiré á vos, al amigo, nuestra aventura de la noche pasada, que á pesar de todo, no deja de ser divertida.

—Gracias, mi querido vizconde.

—Escuchadme.

—Tengo ese placer—dijo el alcalde, inclinándose ligeramente.

—En una de aquellas casas—repuso el vizconde—vive una vieja, una bruja...

—Lo sé.

—Hace algunos días observó mi amigo Láinez que la vieja no estaba sola.

—Había con ella otra mujer...

—Joven, hermosa, tan hermosa como no he visto ninguna. ¡Vive el cielo!...

¿De dónde había salido aquella perla?

—Empiezo á comprender.

—A Láinez le ocurrió lo que me hubiera ocurrido á mí; que tanta belleza, tanto hechizo no debía estar entre harapos en un obscuro rincón, y que puesto que para alguien se guarda el tesoro...

—Sí, no era cosa de dejarlo perder después de haberlo descubierto.

—¿No sois de nuestra opinión?

—Me parece que os equivocábais.

—¿En qué?

En haber creído que esa mujer era una mercancía depositada en manos de la vieja.

—¿Y en qué se funda vuestra opinión?

—Proseguid.

—Posible es que acertéis, porque hay circunstancias... ¡Oh!—exclamó el vizconde, apretando los puños—, por descubrir á esa mujer y á sus protectores, por levantar un extremo del velo misterioso que les encubre, daría la mitad de mi vida.

—Cualquiera diría que os habéis enamorado de esa mujer.

—No la he visto más que un instante y medio oculta por los que la amparaban; pero os juro que no puede ser lo que parece, y aunque no me he enamorado...

—El retrato de esa mujer misteriosa ha quedado...

—No en mi corazón, no; pero si en mi cabeza para siempre.

—Decidísteis apoderaros de ella.

—Sí.

—Sobornásteis á la vieja...

—No.

—Ello es que entrásteis en la casa sin apelar á violencias.

—Apelamos á la astucia, llamamos, mandamos abrir en nombre del Santo Oficio y oímos un grito de terror, grito que seguramente no fué lanzado por la vieja.

—Eso es grave, muy grave, señor vizconde—repuso el alcalde, cuya frente se obscureció.

—Sí, es grave, porque los señores del Santo Oficio...

—No hablemos de la Inquisición.

—¡Diantre! á mi tampoco me gusta nombrarla; pero después de haber reflexionado, repito, empiezo á creer que los misteriosos personajes que han convertido en tragedia la comedia, tienen algo con el Santo Tribunal.

—Peor para vosotros entonces.

—Sin embargo, me tranquiliza que ahora no hablo al juez, sino al amigo, y que no haréis uso de lo que os estoy diciendo, sino para que os sirva de guía en vuestras investigaciones.

—Descuidad.
 —Tenéis precisamente una vieja beata, lo cual es ya sospechoso.
 —Es verdad.
 —Luego una mujer joven, bella y cuyo rostro, sin miedo de equivocarme, aseguro que es de una persona distinguida.

llamamos con mayores bríos, despertó la vieja, repetimos nuestra orden, abrió, y cayó en el lazo.

—Ya no necesitabais más que una amenaza y una bolsa.

—Por lo que pudiera suceder, sujetamos á la bruja, le tapamos la boca, y empezamos á registrar la casa. De un



Y se cruzaron instantáneamente las cuatro espadas (Fig. 82.)

—Y esa mujer, que indudablemente no es lo que os figurabais...

—No, caballero: ya os he dicho que no pude mirarla detenidamente; pero su semblante habla en su favor.

—Proseguid.

—¿Dónde estaba?

—Mandasteis abrir y oísteis un grito de terror.

—Luego, pasos precipitados y el ruido de una puerta que se cerraba y de una llave que daba vueltas en la cerradura.

—La joven que se refugiaba en la cocina.

—No os equivocáis.

—¿Seguisteis llamando?

—Yo no hago nunca las cosas á medias, ni mis amigos estaban tampoco dispuestos á retroceder. Dado el primer paso, el honor ó el amor propio, como mejor os parezca, nos mandaba imperiosamente dar el último, y por consiguiente

puntapié abrimos la puerta de la cocina, y cuando llegamos al corral sin haber encontrado á la hechicera rubia, comprendimos que ésta se había puesto á salvo por la tapia.

—Corristeis tras ella...

—Eso quise; pero mis compañeros fueron más prudentes, y antes interrogamos á la vieja.

—¿Qué os dijo?—preguntó el alcalde con vivo interés.

—Que en la casa inmediata no vivía más que un anciano á quien había visto una ó dos veces.

—¿Y el nombre de ese anciano?

—Ignoraba su nombre y sus circunstancias.

—Lo mismo que todos los vecinos.

—Dejamos á la vieja...

—Perdonad—interrumpió el juez.

—¿Qué queréis?

—¿No se os ocurrió preguntar á la beata quién era la joven?

—Sí, y nos respondió que se la había llevado allí para que la cuidase un amigo suyo.

—¿Y ese amigo?...

—Es un ladrón, un asesino, según se explicó la bruja.

—¿Su nombre?

—Simón.

—Simón—repitió el alcalde, como para retener este nombre en la memoria.

Y después de reflexionar un momento, añadió:

—Continuad.

—Saltamos la tapia, atravesamos un pasillo y penetramos en la habitación donde nos visteis... ¡Oh!... Os confieso que la sorpresa me dejó inmóvil.

—¿Qué visteis?

—Un anciano de noble aspecto; pero un anciano con tantos bríos como yo. ¡Vive el cielo!... A pesar de los años, su muñeca era de hierro.

—¿Y con el anciano?

—Había otro hombre, que podría tener unos treinta años, y tras ellos la rubia poseída de terror.

—Nada de eso es sorprendente.

—Nos recibieron con las espadas desnudas.

—Eso también es muy natural.

—Pero advertí otra cosa que no esperaba ver.

—Decid.

—Cada uno de aquellos hombres tenía bajo el brazo un talego que debía estar lleno de oro.

—¡Oro decís!

—Por el esfuerzo que hacían, conocíase que los talegos pesaban mucho, y á esta circunstancia se debió que mi espada se rompiese, imposibilitándome de seguir el combate, y teniendo que sustituirme uno de mis amigos, porque es preciso que sepáis que el viejo nos llamó bandidos, y además cobardes, porque éramos cinco contra dos, y nosotros no quisimos aprovecharnos de nuestras ventajas.

—¿Cómo, pues, el combate se hizo general?

—Láinez fué desarmado por el joven, y lo mismo que yo, sustituido por otro.

—Y á pesar de vuestro hidalgo proceder...

—No podemos quejarnos de ninguno de aquellos dos hombres, que se batian como valientes y como caballeros.

—Bien, vizconde, bien; sois imparcial y justo, porque no sois cobarde.

—Antes de que la sangre corriera llegó á nuestros oídos una voz que hizo retremblar las paredes, y por donde nosotros habíamos entrado, entró también un hombre que de una cuchillada dividió la cabeza al pobre Santibañez. Eso produjo el movimiento y confusión que era consiguiente; rodaron las linternas y se apagaron las luces, y como ya estábamos ciegos de coraje, sin darnos cuenta de lo que hacíamos, empezamos á descargar golpes en medio de las tinieblas.

—Yo llegué entonces...

—No sé más, caballero.

—Aprovechándose de la obscuridad huiría la mujer y sus dos primeros defensores, y el otro saldría por donde había entrado.

—Supongo que el aparecido era ese amigo de la vieja, ese Simón...

—Y yo lo creo.

—Ya sabéis la verdad.

El alcalde hizo un gesto de disgusto.

—¿Creéis que al fin podréis averiguar quienes son esos hombres?

—Lo dudo.

—La vieja...

—Ha desaparecido.

—¡Oh!...

—Lo cual no me sorprende, porque tendrá otros muchos pecados.

—Entonces...

—Nos queda ese Simón, á quien buscaré, y si puedo encontrarlo...

—¡Ah!—exclamó el vizconde dándose una palmada en la frente.

—¿Recordáis alguna otra circunstancia?

—Sí, todo lo sabremos, todo amigo mío.

—¿Cómo?

—Encontraréis á ese Simón.

—Hará lo que la vieja...

—No puede hacerlo.

—¿Por qué?

—Ahora recuerdo que la pícaro beata nos dijo que su amigo Simón había sido encerrado en las cárceles del Santo Oficio.

—Ya lo veis.

—Sí, sí, en todo esto tiene algo que entender la Inquisición.

—Pero si ese hombre está preso, no puede ser él quien se presentó.

—Sería otro.

—¿No dijo la beata si hacía mucho tiempo que estaba en la Inquisición su amigo?

—No, ni era menester que lo dijese, porque ese Simón había llevado allí á la rubia, y de esto no habían pasado más de cinco ó seis días.

—Pues en cinco ó seis días no puede haber salido de su encierro, aunque sea el más inocente del mundo, á menos que aprovechara como otros la confusión del incendio.

—No, porque una ó dos noches después fué cuando Láinez vió á ese hombre entrar con su protegida en la vivienda de la beata.

El alcalde quedó pensativo.

Lo que acababa de oír no podía ser más extraño.

¿Qué significaban los talegos que, según todas las probabilidades, estaban llenos de oro?

Aquellos dos hombres á quienes el vizconde reconocía como caballeros, ¿eran dos ladrones?

El misterio, en vez de aclararse, se hacía más impenetrable cada vez.

Lo único que parecía puesto en claro era la razón que el misterioso inquilino había tenido para forrar de hierro la puertecilla de la cueva.

Allí debían haberse guardado los talegos llenos de oro de que hablaba el vizconde.

Este rompió el silencio para decir:

—Supongo que como amigo me ayudaréis á descubrir á esos hombres, y sobre todo á la mujer.

—Os lo prometo.

—No tengo que advertiros que en la causa...

—Hemos convenido en que ahora no soy el juez.

—Perfectamente.

—En cuanto á ese Simón, haré averiguaciones extrajudicialmente, y para ello me valdré de la amistad del abate Florentín.

—Y por mi parte, desde este momento me pongo en campaña.

—Os comunicaré todo lo que llegue á descubrir.

—Y yo me apresuraré á daros cuantas noticias adquiera.

—Muchos medios tenéis, señor vizconde.

—Y á vos no os faltan.

—No.

—Creo que no trabajaremos en balde.

—Yo os aseguro que trabajaré pero no abrigo risueñas esperanzas, porque esa gente, según voy viendo, sabe lo que se hace; obra con tanta previsión, con tanta astucia, que no deja suelto un solo hilo de su trama.

El alcalde, que al parecer daba mucha importancia á conquistarse la voluntad del vizconde, le enseñó todo lo que se había escrito en la causa, dándole algunos consejos para cuando llegase el caso de prestar nuevas declaraciones.

Esta prueba de amistad produjo su efecto.

El joven calavera dió la mano al alcalde, diciéndole:

—Nada temáis, mi buen amigo.

—Nada temo mientras me honréis con vuestra amistad y me apoyéis con vuestra influencia.

—Contad con ella.

—Gracias.

—Ya me conocéis y sabéis que lo que prometo lo cumplo.

Cruzaron algunas frases más de cortesía, y el alcalde salió diciendo para sí:

—Aquí no hay más criminales que estos nobles y locos mancebos; no puedo castigarlos y por consiguiente, ya que ha de quedar impune el abuso, aprovechémonos de lo mucho que puede valer la amistad del vizconde. Sí, sí, la amistad del vizconde significa la de su poderosa familia, y la protección de esa familia equivale al favor del rey. Por de pronto soy dueño de un secreto que es un arma terrible: este asunto es de la Inquisición, y con tal que la palabra Inquisición no se estampe en la causa, la familia del vizconde hará milagros por mí.

El mancebo había sido un poco imprudente.

Todo lo que le sobraba de audacia y de valor, le faltaba de juicio y de previsión.

Su afán de descubrir el misterio que rodeaba á la encantadora rubia, pudo en el vizconde más que todo.

¿Se había enamorado?

No lo creemos así, pero un hombre como él acostumbrado á vencer todos los inconvenientes, no podía sufrir con paciencia que una mujer se le escapase de entre las manos, como se había escapado Isabel.

Además, ésta tenía dobles encantos para el joven, tenía los encantos de lo misterioso y de lo imposible.

El vizconde la había visto un momento, medio oculta por sus defensores y envuelta en la sombra que estos proyectaban.

Un momento no más había visto aquella rubia cabellera, aquel rostro pálido y aquellos ojos negros, grandes y magníficos que brillaban como dos carbunclos.

Si hubiera visto más y por más tiempo, tal vez no se hubiera impresionado tan profundamente, á pesar de que la belleza de Isabel era más encantadora cuanto más se la contemplaba.

Otra circunstancia hubo que acabó de trastornar la cabeza al vizconde: Isabel, como ya vimos, cogió la espada de Láínes y la partió en dos pedazos, arrojándola lejos de sí.

Esto lo ejecutó con toda la energía y la fuerza que en aquellos momentos le comunicaba la fiebre, lo cual para el vizconde fué una prueba de que aquella mujer no se parecía á ninguna, no era una mujer vulgar, sino un espíritu grande, elevado y fuerte.

Otra en lugar de Isabel, en aquella crítica situación, perdida como estaba, puesto que contra sus dos defensores había cinco enemigos resueltos y valientes, otra, decimos, no habría podido resistir, y en el último grado del terror se habría desmayado.

Esto era, en concepto del vizconde, lo que debía esperarse de cualquiera mujer.

Verdad es que la hechicera rubia pareció al principio poseída de espanto; pero cuando el peligro se aumentó porque los acometedores mostraron su resolución firme de no retroceder, cuando las espadas se cruzaron y la sangre iba á correr, cuando se acercó el momento de quedar indefensa, el espanto, en vez de

aumentarse, convirtiéndose en ira, la debilidad en fuerzas y la natural cobardía femenil, en varonil valor, ó al menos así pareció suceder.

Aquella mujer era, pues, una mujer excepcional, y por esta razón ejerció mayor influencia en el ánimo del vizconde.

—No—dijo éste cuando se quedó solo, —una mujer así no puede desaparecer para siempre. Yo la encontraré, ¡vive el cielo! la encontraré ó dejaré de ser quien soy.

CAPITULO XXIX

EL ALCALDE FAVORECE LAS MIRAS DE FLORENTÍN LO MISMO QUE EL VIZCONDE HABÍA FAVORECIDO LAS MIRAS DEL ALCALDE

El alcalde, mostrando no menos afán que el vizconde, aunque por diferente motivo, no perdió un momento y se encaminó inmediatamente á la calle de la Inquisición, en busca de Florentín; pero cuando iba á entrar en el edificio ocupado por el Santo Tribunal, encontré con el abate, que salía acompañado de David.

Saludáronse los dos amigos y después dijo el alcalde:

—A buscaros venía.

—Pues ya veis—respondió Claudio— que si tardáis un minuto no me hubiérais encontrado aquí y hubiérais tenido que honrar mi pobre vivienda para verme, á menos que me hubiéseis enviado un aviso, lo cual hubiera sido bastante para que yo me apresurase á visitaros.

—Gracias, amigo mío; pero no me hubiera tomado esa libertad con una persona como vos, á menos de encontrarme postrado.

—Entrad, descansad y decidme á qué debo este placer...

—¿Ibais á vuestra casa, señor abate?

—Sí, caballero.

—Pues entonces os acompañaré y allí hablaremos despacio y con más libertad, porque el asunto es reservado y de alguna importancia para la justicia.

—Como gustéis.

—Vamos, pues.

Echaron á andar, y tras ellos David, como el perro que sigue á su amo.

La presencia del huérfano no podía llamar la atención del alcalde. Todos estaban acostumbrados á que David se encontrase siempre junto á su señor, como la sombra junto al cuerpo que la proyecta.

—¿Y qué tal?—dijo Claudio, con su dulzura y su sempiterna sonrisa—; tra-

—Ya lo sé, y por eso acudo á vos con la más completa confianza.

—Explicaos.

—¿Tenéis buena memoria?

—Así, así—respondió el abate, haciendo un gesto de fingida modestia.

—Por muchos que sean los presos que haya en las cárceles del Santo Oficio, no



—Decíais que la noche del incendio de la inquisición: (Pág: 98:)

bajáis mucho como siempre, ¿no es verdad?

—Bastante.

—Desgraciadamente se multiplican los criminales, como si el castigo de uno hiciese brotar otros ciento: las costumbres se relajan más cada vez, y será preciso que acabéis por tomar nuestro sistema, tratando con el más severo rigor á los delincuentes.

—Ahora me ocupa un asunto bastante grave y que no puedo poner en claro, por más que me esfuerzo.

—¿El asunto de que queríais hablar-me?

—Sí, el mismo, porque creo que vos podréis servirme de mucho, de lo cual me alegraré, porque si esta esperanza se me frustra, tendré que darme por vencido.

—Ya sabéis que podéis contar conmigo para todo, y mucho más cuando se trata de favorecer la justicia.

habréis olvidado el nombre de ninguno.

—Es probable que me acuerde de casi todos—repuso Florentín, que cuidaba de que no le comprometiesen sus respuestas.

—Sí, séguro estoy de que os acordaréis, no solamente de sus nombres, sino de las circunstancias de todos ellos.

—Las de muchos son de tal naturaleza, que no pueden olvidarse.

—Según tengo entendido, ó más bien, según informes ciertos, no hace muchos días que el Santo Oficio prendió á uno de esos criminales más depravados que desgraciadamente abunda en la corte.

—¿Cómo se llama?—dijo el abate, respondiendo con una pregunta, lo cual hacía muchas veces.

—No sé más que su nombre de pila.

—¿Y ese nombre?...

—Simón.

Claudio hizo un movimiento de sorpresa, y fijó su penetrante mirada en el alcalde.

David, que todo lo había oído, se estremeció y su frente se contrajo.

Desde aquel momento escuchó con indecible afán el infeliz jorobado.

—Simón, Simón—murmuró el abate como quien se esfuerza para recordar.

—Sí—repuso el alcalde.

—¿Decís que ignoráis el apellido?

—Lo ignoro.

—Simón, Simón—volvió á murmurar Florentín.

—¿No recordáis ese nombre?

—Esperad... ¡Ah!... Me parece que sí... Son muchos los presos, y no tengo seguridad...

—No lo dudéis; ese nombre está en las cárceles de la Inquisición.

—No lo dudo... Simón... Simón... Creo que sí... Continúa, que vuestras explicaciones ayudarán á mi memoria.

En esto llegaron á la vivienda de Florentín.

Entraron, y David se dirigió á su dormitorio; pero un segundo después volvió á salir para colocarse en sitio desde donde pudiera escuchar la conversación.

Florentín y el alcalde se sentaron.

El primero dijo:

—Vamos á ver: ese Simón... ¿no decís que se llamaba Simón?

—Sí.

—Continúa, pues.

—Hace cinco ó seis días, todo lo más siete, es decir, después del incendio, ese hombre fué á casa de cierta mujer de sospechosos antecedentes, y le llevó para que la cuidase á otra, joven y bella, cuyo nombre ignoro, y que debía ser lo que parecía.

La mirada del abate, más intensa cada vez, parecía querer penetrar hasta el fondo del alma del alcalde.

—Pero—replicó—, si no sabéis el nombre de esa mujer joven y bella, de esa mujer á quien podríamos llamar misteriosa...

—Sí, una mujer misteriosa.

—Si no podéis decir el nombre, podréis dar las señas.

—Pocas, pero algunas—respondió el alcalde sin caer en la cuenta de que no era de la mujer de quien debía tratarse en aquel momento, sino del llamado Simón.

—Sepamos.

—Esa mujer tiene los cabellos rubios como el oro.

—¡Rubios!...

—Esto no es sorprendente.

—No—repuso el abate, disimulando lo que sentía—, no es sorprendente, porque hay muchas mujeres rubias.

—Pero no todas las rubias, sino muy pocas, tienen los ojos negros.

—¡Negros!...

—Lo encontraréis raro, ¿no es verdad?

—Sí, es raro... Cabellos rubios, ojos negros...

—Rostro blanco...

—Pálido tal vez...

—Pálido estaba cuando la vieron los que me han dado los informes.

—¡Oh!...

—El aspecto de esa mujer...

—Debía ser distinguido.

—¿Cómo lo sabéis?

—Es muy sencillo—respondió Florentín, entreabriendo sus delgados labios para sonreír dulcemente—; si no fuese distinguido su aspecto, no diríais que debía ser otra cosa de lo que aparentaba, no convendríais en llamarla mujer misteriosa.

—La deducción no tiene réplica, señor abate, y me doy por vencido.

—Decíais que la noche del incendio en la Inquisición...

—No sé si la misma noche.

—O la siguiente, que para el caso es igual.

—Sí.

—Decíais que ese Simón se había presentado en la vivienda de una mujer de sospechosos antecedentes, digna amiga suya.

—Una beata que debe estar mejor con el diablo que con Dios.

—Y á Simón le acompañaba...

—La joven rubia.

—Y la llevó allí para que la beata la ocultase...

—Ese debió ser su objeto, porque los vecinos no sabían que semejante mujer estaba en la morada de la vieja.

—¿Y aún se encuentra allí?

—No.

—¡Ah!—exclamó el abate sin poder contenerse.

—¿Qué os sucede?—preguntó el alcalde sorprendido.

—¿Qué queréis que me suceda?—repuso Florentín, sonriéndose otra vez—. Me referís una historia extraña.

—Lo es en verdad.

—Estábamos en que la joven rubia ha desaparecido...

—Sí.

—Y la beata...

—También.

—¿Y cuando?

—Anoche.

—¡Anoche!...

—Sí.

—Picáis mi curiosidad, y si lo sabéis decidme porque Simón se llevó á la joven.

—No se la llevó Simón, puesto que lo tenéis encerrado.

—¿Quién se la llevó, pues?

—Eso es lo que me falta averiguar.

—Entonces sabéis bien poco; tan poco; que no es nada.

—Sigo las huellas de la mujer y sus protectores.

—¿Sus protectores decís?

—Eso he dicho.

—¿Acaso tiene más de uno?

—Otros dos que le deparó la casualidad, según he podido entender.

—¿Son de la misma clase que el primero?

—No.

—¿Los conocéis?

—Únicamente sé que tienen el aspecto de dos hidalgos honrados, anciano uno y joven el otro.

—¿Y esos se la llevaron?

—Sí.

Florentín guardó silencio y meditó.

Forzoso es que reconozcamos su habilidad.

El alcalde quería saber si efectivamente Simón estaba preso, y sobre este punto no había recibido más que contestaciones vagas.

Tampoco tenía intención de descubrir la verdad sobre el suceso de la noche anterior, y poco á poco iba descubriéndola y colocándose en tal situación, que tendría que concluir por decirlo todo.

—Amigo mío—dijo el abate después de algunos segundos—habéis acabado por aturdirme.

—¡Aturdiros!

—Ni más ni menos, porque me habláis como si yo estuviera al corriente de ciertas intrigas, os referís primero á una persona, después á otra, á otras luego, y me es imposible comprender lo que queréis decir, me es imposible adivinar el fin que os proponéis.

—Pues es muy sencillo.

—Debe serlo; pero si quisierais amoldaros á mi torpe comprensión, os lo agradecería.

—Principiaré por manifestaros con franqueza el fin que me propongo.

—Bien, bien.

—¿Quién es esa joven misteriosa que nos ha ocupado hace un momento?

—¿Y á mí me lo preguntáis?

—No os lo pregunto; pero os digo que necesito saberlo.

—¿Puedo acaso averiguarlo?

—Creo que sí.

—¿Cómo he de hacerlo?

—Interrogando á Simón ó permitiéndome que le interrogue.

—Ya.

—¿Entendéis ahora?

—Entiendo.

—¿Y me complaceréis?

—No encuentro más que una dificultad.

—Decidme cuál es.

—No conozco á ese hombre.

—Pero está preso...

—Es posible.

—Y en semejante caso...

—Concluyamos—interrumpió el abate—; nada perdemos por suponer, y en la suposición de que ese hombre está en las cárceles del Santo Oficio trazaremos nuestro plan; después iremos al tribunal, os enseñaré los registros, y si está allí Simón...

—Perfectamente.

—Entonces, y como suele decirse, empezad por el principio—repuso Florentín sonriéndose y cambiando de postura.

El alcalde dudó; pero al fin le sucedió lo mismo que le había sucedido al vizconde, es decir, que su afán de hacer descubrimientos fué mayor que su prudencia.

—En este momento—dijo—hablo con el amigo, no con el inquisidor, y al amigo le revelaré un secreto que á nadie puedo revelar.

—Si soy digno de tanta confianza...

—La merecéis.

—Aunque os advierto que para mí la carga más pesada es un secreto, y si he de hablaros con franqueza, os diré que siento que me hagáis ninguna revelación.

—Lo que acabáis de decir, prueba que sois hombre discreto.

—El que guarda un secreto tiene un deber más que cumplir, y ese deber es el más penoso de todos, porque no lleva consigo derecho alguno.

—He apelado á vuestra amistad, señor abate.

—Y á la amistad haré el sacrificio—repuso Florentín, levantando al cielo los ojos.

—Sois un santo...

—Caballero, ya estoy decidido...

—Os escucho.

¿Para qué hemos de repetir las palabras del alcalde?

Nada ocultó de cuanto le había dicho el vizconde.

Se necesitaba toda la fuerza de voluntad, toda la astucia, y más que nada, la costumbre de fingir del abate, para escuchar aquel relato con la frialdad que lo escuchó, á pesar de que en aquellos momentos sentía lo que es imposible hacer comprender.

Ya no podía dudar: la mujer misteriosa era la esposa de Jacobo de Tordesillas.

Nada se ocultó á su refinada astucia.

—Simón me ha engañado — dijo para sí.

Pero como no era hombre que se dejase arrebatar fácilmente, entró en seguida en reflexiones sobre los dos hidalgos, los talegos llenos de oro y la ferrada puerta.

Después de pensar en todo esto, volvió á decirse:

—Simón me ha engañado; pero no sé si en todo. Simón ha protegido á Isabel; pero quizá no ha mentado al acusar á Crispín, aunque ahora me parece más probable que Crispín, sea inocente.

Y luego añadió:

—¿Y ese tesoro en manos de dos hombres que parecían tan pobres como honrados?

Por la mente del abate atravesó una sospecha.

Sin saber por qué pensó en el depósito confiado al franciscano por Gil Pérez pocos días antes de la fatal batalla de Villalar.

Florentín era, pues, el más interesado en descubrir no solamente á la rubia de ojos negros sino á los dos misteriosos hidalgos.

Hizo algunas observaciones al alcalde sobre los medios de averiguar el paradero de aquellas tres personas; pero el alcalde había apurado todos los medios imaginables, y no le quedaba más recurso que Simón.

La frente del abate se contrajo.

—¿Me ayudaréis?—preguntó el alcalde.

—De muy buena gana—repuso Florentín.

—Por supuesto, esto ha de ser cosa nuestra solamente, sin que la Inquisición entienda en ello.

—Ahora no soy el inquisidor.

—Si está preso Simón.

—Vos mismo le hablaréis.

—Gracias, amigo mío, gracias.

—Es cuanto puedo hacer.

—¿Pero no recordáis ese nombre?

—Haré con vos lo que con nadie se ha hecho ni se hará; lo que no se haría con el mismo rey.

—Explicaos.

—Vamos al tribunal, os enseñaré los registros.

—No es menester.

—Sí.

—Vos los veréis...

—Vos también.

—Tanto no quiero...

—Quiero yo.

—Señor abate...

—Venid—dijo Claudio, poniéndose en pie y tomando su sombrero.

El alcalde estaba encantado.

No aspiraba á tanta condescendencia, á tanta bondad.

Salieron del aposento.

Como si el ruido de sus pasos hubiera sido un llamamiento, se presentó David; pero Claudio le dijo con dulzura:

—Quédate, hijo mío, que pronto volveré.

—Siquiera por no aburrirme...

—Tienes razón... Ven.

A los cinco minutos se encontraban en el tribunal.

Florentín hojeó dos ó tres libros haciendo gestos de disgusto.

—¿No está?—preguntó afanosamente el alcalde.

—No.

—¡Oh!...

—Desde la noche del incendio...

—Tal vez la fecha esté equivocada.

—Veamos antes.

—Volvió á hojear los libros.

De pronto se detuvo y exclamó:

—¡Ah!...

—¿Lo habéis encontrado?

—No; pero...

—Decid.

—Mirad—repuso el abate, señalando con el dedo índice en una de las hojas del libro que se revisaba.

—¿Qué es eso?

—Leed.

Hízolo así el alcalde, leyó el nombre de Isabel y se encogió de hombros, diciendo:

—¿Y bién?...

—Esta debe ser—respondió el abate.

—¡Esta!...

—Las señas son las mismas.

—Pero...

—Desapareció la noche del incendio, y no podemos asegurar si fué una de las mujeres ahogadas.

—Aún no comprendo.

—Al fin mi memoria ha dejado de mostrarse rebelde.

—Explicaos.

—Ese hombre, que se llama Simón, fué encerrado en las cárceles del Santo Oficio; pero ayer se le puso en libertad, porque las sospechas que sobre él recaían se desvanecieron completamente.

—Sí, deben ser ellos.

—No lo dudéis.

—¿Y ahora?...

—Buscad, amigo mío, buscad, y entre tanto...

—¿Qué haréis vos?

—Buscaré también.

El alcalde entrevió un nuevo rayo de esperanza, preguntó por la vivienda del asesino y alargó la diestra al abate, disponiéndose á salir.

Florentín lo detuvo, diciéndole:

—Hemos de quedar de acuerdo en lo más importante.

—Decid.

—¿Hemos de ser el severo alcalde de casa y corte y el concienzudo inquisidor?

—No, no—se apresuró á decir el alcalde.

—Dos amigos, pues...

—Sí, dos amigos que trabajan, que se ayudan...

—¿Y después?

—Siempre dos amigos, porque hay de por medio cinco familias respetables, cinco familias muy poderosas á quienes no debemos comprometer.

—Soy de vuestra opinión.

—¿Nada más tenéis que decirme?

—Nada más.

—Vendré á veros ó vos vendréis á buscarme.

—Convenidos.

—Que el cielo os guarde...

—Y á vos os guíe.

El alcalde salió.

Claudio guardó los libros, llamó y dijo algunas palabras al portero que se presentó.

Pocos momentos después había en una antecámara diez alguaciles.

El rostro de David estaba lívido y descompuesto, y sus miembros temblaban convulsivamente.

No era menester que le dijeran lo que iba á suceder.

El abate, se presentó diciendo:

—Vamos, vamos.

El jorobado y los alguaciles lo siguieron sin pronunciar una palabra.

Cuando llegaron á Santa Catalina, Florentín dijo al huérfano:

—¿Sabes que empiezo á creer que Crispín no es el traídor que buscábamos? David no se alteró, porque estaba ya demasiado prevenido.

—Bien puede ser—respondió—, que no hayamos andado más que la mitad del camino.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, señor, que quizá sean dos los traídores.

—No olvidaré tu observación.

El pobre huérfano, siguió hablando, y con frecuencia se paraba con el fin de ganar tiempo, porque un minuto, no

más que un minuto, era bastante para que todo se perdiese.

—No hay que decir que iban en busca de Simón.

¿Qué sucedería si lo encontraban?

El gigante había buscado nueva vivienda: pero no era probable que ya hubiese dejado la antigua.

Si por segunda vez se le encerraba en la Inquisición, de nada le servirían ingeniosos cuentos para salvarse, y el tormento le obligaría á confesar la verdad, delatando á David, puesto que este era el único medio de conservar la existencia.

—No bastaba que Simón considerase aquel asunto como propio: su generosidad no podía ir hasta el punto de morir en una hoguera por favorecer al huérfano.

De un hombre como el gigante pueden esperarse ciertos rasgos de nobleza; pero estos son pasajeros, porque no reconocen por causa una verdadera grandeza de corazón, sino impresiones que terminan al producirse otras completamente opuestas.

No le espantaba al jorobado el peligro que su persona corría, sino el abandono en que iba á quedar la inocente hija de Isabel; y semejante idea era doblemente horrible después de haber arrullado la grata esperanza de proteger á la tierna criatura.

Llegaron á la vivienda de Simón, llamaron varias veces, y como nadie respondiera, sin consideración alguna violentaron la puerta y entraron.

A nadie encontraron allí; pero estaban en su lugar la miserable cama y los pocos muebles del asesino.

Este había, pues, salido; pero volvería.

El huérfano no se atrevió á pronunciar una pa'abra.

Florentín sonrió.

—Cuatro de vosotros—dijo á los alguaciles—, aquí, y los demás á la calle, porque tarde ó temprano volverá el delincuente.

Cumplióse esta orden y esperaron.

Pasó una hora sin que Simón pareciese.

David no hacía el menor movimiento. Miraba á la puerta y escuchaba con

mortal angustia, que muy difícilmente podía disimular.

El sol empezaba á ocultarse.

Luego las tinieblas empezaron á extenderse en el inmenso espacio.

Por fin cerró la noche.

La frente del abate se contrajo.

Empezaba á temer que Simón hubiese llegado por cualquier medio ó casualidad á tener noticias del peligro que le amenazaba.

A medida que el tiempo pasaba, David respiraba con más libertad.

Sin embargo, no acababa de tranquilizarse, ni se tranquilizaría aunque pasase toda la noche; porque nada tenía de particular que un hombre que llevaba la clase de vida que Simón, no volviese á su casa hasta el amanecer.

No le era posible á Florentín esperar allí el nuevo día.

Meditó y combinó su plan, que fué puesto en ejecución inmediatamente.

Uno de los alguaciles fué en busca de un cerrajero y antes de media hora quedaba arregada la cerradura que habían arrancado.

Hecho esto, el abate preguntó á David:

—¿Cómo te encuentras de fuerzas, hijo mío?

—Bien, señor, bien—respondió el huérfano.

—Entonces vas á quedarte aquí con toda la gente. Si quieres dormir, puedes hacerlo en ese jergón, y entre tanto ellos velarán.

—Creo—se atrevió á decir el jorobado—, que vamos á perder el tiempo.

—Te equivocas, porque ese miserable, que nada teme porque no puede sospechar como se ha descubierto su traición, no ha cambiado de vivienda, según lo dicen todos estos objetos.

—¿Y qué hemos de hacer?

—Esperaréis, lo dejaréis entrar, ocultándoos en los rincones apenas suene la llave en la cerradura, y como sois diez hombres prevenidos contra uno que nada teme, caeréis sobre él y lo sujetaréis con facilidad.

—¿Y si hace resistencia?

—Repito que sois diez, ó más bien once, puesto que tu algo puedes ayudar. Nos interesa mucho que no muera, y por consiguiente haréis todo lo posible para sujetarlo sin herirlo.

A esto no podía replicarse nada sin hacerse sospechoso.

El jorobado tuvo, pues, que callar.

Salió el abate, cerraron con la nueva llave y se dispusieron á cenar con algunas provisiones que había llevado uno de los alguaciles mientras componían la cerradura.

El pobre huérfano, jefe en aquellos momentos de los esbirros, caviló inútilmente, buscando medios para hacer inútiles las persecuciones de Florentín.

Ocurrióle proponer á los alguaciles echar un trago para pasar más alegremente el tiempo, con el fin de emborracharlos y que no se aperciesen de la llegada de Simón, dando así lugar á que éste huyese.

Pero no era probable que el asesino volviera en toda la noche, y por consiguiente cuando esto sucediera, la embriaguez habría pasado.

No le quedaba á David más que un recurso, que consistía en cometer la torpeza de tropezar con un mueble y hacer ruido cuando Simón abriese la puerta, haciéndole así retroceder, ó por lo menos entrar con precaución, pudiendo defenderse del primer ataque y huir.

No hubiera podido decir el huérfano si las horas le parecían demasiado largas ó breves, porque tanto temía que pasase la noche como afanaba que llegase el día.

Le fué imposible dormir, lo cual hicieron por él algunos de los alguaciles; pero otros permanecieron despiertos y sobre aviso, porque la presencia del jorobado equivalía para ellos la del abate.

Por fin alumbió el sol.

—Creo señor David—dijo uno de los esbirros—, que no os habéis equivocado, y que todo lo que hemos conseguido es pasar una mala noche.

No tardó Florentín en presentarse.

Su mirada era sombría.

—¿Hay novedad?—preguntó.

—Ni el aire ha penetrado en este nido.

—¿Estáis seguros de que nadie se ha acercado á la puerta?

—No se ha oído en toda la noche el menor ruido.

—¿Habéis guardado silencio?

—El más profundo, señor.

—¡Oh!... Si hubiéseis cometido una torpeza...

—No—replicó David—, porque yo tampoco he dormido.

—Esto es muy extraño...

—Mucho; pero ello es que Simón no vuelve.

—Ni volverá.

—Esperaremos.

A Florentín le costaba mucho trabajo renunciar á su esperanza.

Aguardó y transcurrieron cerca de tres horas.

Ya era forzoso darse por vencido.

A medida que se nublaba su semblante, se despejaba el de David.

Por lo que pudiera suceder, dispuso Claudio que quedasen allí cuatro alguaciles, y él salió seguido de los demás y del huérfano.

¿Debemos de considerar en salvo á Simón?

Sí, porque había resuelto no volver á su antigua vivienda y como tenía mucho dinero, dejó abandonado su miserable ajuar, que sobre no valer nada, era prudente dejar allí, para evitar observaciones y comentarios de los vecinos curiosos.

Los alguaciles esperaron en vano todo aquel día y el siguiente.

Al fin se convenció el abate de que Simón había desaparecido.

Todos habían, pues, trabajado inútilmente; lo mismo Florentín, que el alcalde y el vizconde.

CAPITULO XXX

DE LO QUE SUPO JACOBO Y DE LO QUE HIZO

¿Qué había sido de Jacobo?

No lo hemos olvidado; pero es bien poco lo que de él tenemos que decir.

En su situación no podía suceder más que una de dos cosas; que fuese conocido y preso; ó que aburrido saliera otra vez de la corte para buscar un refugio en tierra extraña.

Su propia casa, de la que parecían haberse olvidado los inquisidores, le servía de abrigo durante el día, y cuando llegaba la noche, empezaba el infeliz á recorrer las calles, entrando en las tabernas y hosterías, procurando escuchar las conversaciones de los que comían ó be-

bían cerca de él, y entablándola muchas veces con los habladores que se prestaban á ello.

Así pudo llegar á saber con certeza que su esposa había sido encerrada en las cárceles del Santo Oficio; pero nada logró averiguar con respecto de su hija.

¿Pero se había salvado Isabel la noche del incendio, ó había perecido en la inundación?

No es menester decir que por espacio de muchos días se habló á todas horas en Madrid de lo sucedido aquella memorable noche, y cada cual refería distintos episodios y daba noticias de los que se habían salvado y habían perecido.

Estas noticias, como suceden en tales casos, eran contradictorias, exageradas muchas, y otras completamente falsas.

Jacobo no pudo, pues, saber nada cierto sobre el número de víctimas, ni mucho menos de los que habían logrado escapar, y ya desesperaba averiguarlo, cuando la fortuna lo favoreció, ó al menos pareció que lo favorecía.

Una noche, la sexta precisamente de su llegada á Madrid, entró en una taberna ó más bien bodegón que por entonces había en el ángulo ó rincón que formaba la calle del Cofre, taberna que aunque transformada cien veces, se ha conservado hasta nuestros días, no desapareciendo sino porque también desapareció la calle, con su vecina la de la Zarza, cuando la piqueta de la reforma transformó el célebre sitio llamado puerta del Sol.

Entonces, lo mismo que después, aquella taberna, ó bodegón ó como quiera llamársele, era muy concurrido por toda clase de gente del pueblo, es decir, lo mismo por hombres que por mujeres; pues cerca de allí, en otra callejuela que desapareció también cuando la reforma, y que comunicaba desde la calle Mayor á la del Arenal, calleja que más que otra cosa era basurero asqueroso, porque se habían establecido allí últimamente retretes públicos; en esta calle, repetimos, se hallaba establecida una de las mancebías públicas de la corte, que en vano había tratado el municipio de trasladar á otro sitio más apartado del centro de la población.

No se sorprendan nuestros lectores: en aquella época de tan decantada moralidad, en aquella época de sentimientos tan profundamente religiosos, según sus panegiristas, y de tanta hipocresía según nosotros, no pudieron las autoridades conseguir que desapareciese de la parte más concurrida de la población, el inmundado establecimiento donde pública y descaradamente se ofendía con repugnante escándalo el pudor; no, no pudieron conseguirlo las autoridades, porque los dueños de la mancebía tuvieron bastante habilidad ó bastante prestigio para hacer valer sus derechos de propiedad.

Pero dejando esto á un lado, porque en este momento no nos importa, diremos otra vez que Jacobo entró en la taberna que nos ocupa, sentóse, pidió vino y una tortilla y se puso á comer y á beber entre una porción de personas de ambos sexos que hacían lo mismo.

Su mirada investigadora se dirigió á todos lados; pero no vió un solo rostro conocido:

Entonces, como siempre hacía, se puso á escuchar lo que hablaban unos cuantos hombres que estaban muy cerca de él, y fijando en ellos la atención, parecióle que uno, todo vestido de negro y que ceñía larga espada, debía ser alguacil ó esbirro de la Inquisición.

Pronto pudo convencerse de que no se equivocaba.

El fugitivo debió haber temblado; pero no solamente no tembló, sino que se alegró, empezando á entrever esperanzas de averiguar lo que tanto le interesaba.

Era el corchete un hombrecillo de cuarenta años, que tendría escasamente cuatro pies y medio; pero que en cambio era robusto, y en su rostro de abultados mofletes, blanco y colorado como una cereza, resplandecía la más completa felicidad.

Hay criaturas que no pueden quejarse de su destino, que en vano llorarían y hablarían sin cesar de sus desdichas y penas, porque su semblante los desmiente. Sí, lector, examina un poco y verás, hay rostros, que aunque estén cubiertos de lágrimas, parece que van diciendo á gritos: «Soy feliz, completamente feliz.»

Una de las cosas que contribuían á la felicidad de nuestro alguacil, era su buen apetito, su estómago de buitre.

Como todo el que come mucho, ó lo que es igual, como todo el que digiere cuanto come y á cualquier hora, el corchete estaba siempre contento, y lo que para otro hubiera sido amargas penas, sufrimientos horribles, no eran para él más que leves emociones, alternativas que daban doble valor á sus goces favoritos.

Comía como siete, bebía como diez y hablaba como ciento.

A pesar de su volúmen y de su temperamento, su voz era atiplada, chillona y desagradable, y aun cuando no hiciese ningún esfuerzo, cuando hablaba se le oía á larga distancia.

Cenaba en compañía de algunos amigos, y empezaba á animarse cuando entró Jacobo.

Para este no ofrecía entonces ningún interés la conversación; pero bien pronto recayó ésta sobre los últimos sucesos, lo cual no era extraño, puesto que, según hemos dicho por espacio de muchos días no se habló de otra cosa en la corte.

Jacobo prestó la atención que el caso requería.

—Véamos, señor Antón Colín—dijo uno de aquellos hombres al esbirro.

—¿Qué queréis, señor Colás?—replicó el alguacil, mientras llenaba su vaso y se disponía á beber.

—Quiero saber de una vez la verdad de lo sucedido, porque se cuentan muchas cosas y no sabe uno á que debe atenerse.

—¿Y á mí me lo preguntáis?

A vos os lo pregunto, puesto que tenéis motivo para saberlo.

—¡Voto al diablo!...

—Jesús—replicó el alguacil, dejando una sardina que iba á llevarse á la boca, quitándose el sombrero y santiguándose.

—¿Qué os sucede, maese Antón?

—No juréis, señor Colás, os lo suplico; no juréis, según vuestra costumbre, si queréis que os haga compañía.

—No juraré, pero sed complaciente y responded á nuestras preguntas.

Jacobo creyó que la ocasión era favorable, y quitándose también el sombrero y santiguándose, murmuró:

—¡San Juan mi patrón me asista!

—Ya lo veis, señor Colás, escandalizáis, y este buen hombre que también os ha oído, parece dispuesto á separarse de nosotros.

—No soy beato—dijo entonces Tordesillas, dirigiéndose al alguacil—; pero me desagrada oír ciertas frases, porque soy buen católico, soy cristiano viejo, y antes que á la dicha de este mundo, aspiro á la gloria en el otro.

—Tenéis razón.

—Perdonad, pues, si os he distraído...

—No tenemos nada que perdonar, buen hombre.

—Empezábais una conversación muy interesante, tan interesante, como que se refería á esos pícaros herejes á quienes Satanás ha protegido con el incendio y la inundación, porque obra de Satanás debe ser todo eso.

—No os equivocáis—dijo el alguacil llenando su vaso.

—¿Cómo de otro modo se comprende que mientras ardían los tejados se convirtiesen en lagunas los calabozos.

—No, esto no es una casualidad.

—La mano de algún hereje anda en todo eso, tal vez alguno de los que estaban encerrados allí.

—Os digo que no os equivocáis—repuso el corchete con entusiasmo.

—¡Bah!—dijo Jacobo como hombre que presume de astuto y perspicaz—. Yo sé de alguna persona que á pesar de estar encerrada allí era peligrosa.

—¡Oh!—murmuró Colín, mirando á Tordesillas con profunda atención—; parece que estáis bien enterado.

—No mucho; pero... en fin, yo sé lo que me digo, señor Antón.

—¿Me conocéis acaso?

—Honrárame mucho en conoceros.

—Sabéis mi nombre...

—Hace poco lo pronunció vuestro amigo...

—Es verdad es verdad.

—En cuanto al mío, si queréis saberlo...

—El nombre de un buen católico es siempre interesante.

—Me llamo Juan Ledesma, y mi oficio es curtidor.

—No me sorprende.

—¿El qué?

—Que seais tan buen cristiano.
 —¿Por qué?
 —Porque todavía no ha ido á las cárceles del Santo Oficio un individuo del gremio de curtidores.
 —Tenemos á gala ser honrados.
 —Ya sabéis que se os distingue...
 —Y á nuestra honradez debemos los privilegios de que gozamos.
 —Y decid, señor Juan Ledesma, ¿qué os parece del incendio y de la inundación?
 —Antes os lo he dicho—repuso Jacobo, acercándose al alguacil.
 —Hablásteis—dijo entonces el llamado Colás—, de lo temible que era alguno de los presos.
 —Y según dísteis á entender—añadió otro—, estábais bien seguro de lo que decíais.
 —Pues bien; eso he dicho y lo sostengo.
 —Vamos á ver—dijo el alguacil entusiasmado.
 —¿No teníais en los calabozos ninguna bruja, hechicera ó cosa parecida?
 —Más de una.
 —Entonces...
 —Pero eso no es decir nada.
 —¿Queréis que me explique más claramente?
 —Sí, sí—respondieron todos.
 —Estos son asuntos muy delicados.
 —Habláis con gente honrada.
 —No lo dudo, puesto que de otro modo no veríamos aquí al señor Antón.
 —Bien dicho.
 —Porque todos sabemos aquel refrán de «dime con quien andas y te diré quien eres.»
 —Habláis como un sabio.
 —Pero en fin, sepamos vuestra opinión sobre el incendio.
 Jacobo miró á todos lados como si temiese ser oído.
 —No tengáis cuidado—le dijo el alguacil.
 —Pues bien, supongo que sabréis, y si no lo sabéis todos, lo sabrá el señor Antón que en los calabozos del Santo Oficio se encontraba la mujer de un famoso nigromántico que vivía en el arrabal de San Ginés.
 —Cierto.

—A ella la prendieron; pero el marido se escapó.
 Antón Colín bebió, se puso las manos en las caderas, contoneóse orgullosamente y luego dijo:
 —Y á mí, solamente á mí, se debe la prisión de esa mujer...
 —¡A vos!—exclamó Jacobo sin poder contenerse y fijando una mirada terrible en el esbirro.
 —¿Qué os sorprende, señor Juan Ledesma?
 —Nada—murmuró Tordesillas—, nada, porque bien mirado...
 —Voy á deciros como sucedió.
 —Sí, sí.
 Lo que en aquel momento sufría Jacobo, es imposible hacerlo comprender; pero tuvo fuerzas y valor para dominarse, y disimuló.
 Volvió á beber Antón Colín, y después de toser dos ó tres veces, dijo:
 —Voy á referiros un caso bien extraño.
 —Os escuchamos ya.
 —Habéis de saber que ese nigromántico tomó las de Villadiego y no encontramos en su casa más que á su mujer, ó para hablar con más exactitud, quien la encontró fué el santo abate Florentín, porque nosotros nos quedamos en la puerta.
 —¿Y por qué no entrasteis todos?—preguntó Tordesillas.
 —Porque el señor abate quiso ver si con buenas razones sacaba algún partido de la mujer y averiguaba el paradero de su marido.
 —Entiendo.
 —Esperábamos, como he dicho, cuando sobre nosotros resonó un ruido, y levantando la cabeza vimos un bulto negro que cayó á nuestros pies.
 —¿Y qué era?—preguntó un algunos.
 —Era el señor abate, á quien acababan de echar por la ventana.
 —¡Ah!...
 —Sí, lo echó por la ventana un hombre que se apareció, dando así lugar á que huyese la mujer del hechicero.
 —¿Y qué hicisteis?
 —Lo primero que hicimos fué socorrer al señor abate, luego entramos en la casa...
 —¿Y los encontrásteis?

—Al pié de la escalera nos recibió un esqueleto.

—¡Un esqueleto!..

—Los criminales habían desaparecido.

—¿Pero cómo si estabais á la puerta?

—Por otra que hay en la tapia de un corral.

—Ya.

—Se destacaron varias partidas en su persecución, y yo formaba parte de la que mandaba un compañero mío llamado Crispín. Corrimos cerca de dos leguas, y yo, sintiéndome inspirado, dije: «Miremos por aquí.»

—¿Por donde?

—Por entre las quebraduras de una roca.

—¿Y qué visteis?

—A la fugitiva con un niño en brazos, que estaba para caer en un precipicio. Jacobo no pudo articular una sílaba. Sentíase trastornado.

—Ya veis—añadió Colín—, que si no hubiéramos mirado, no la hubiéramos visto.

—¿Y le echasteis el guante?

—¡Ya lo creo!

—¿Y el niño?—preguntó Jacobo, haciendo un esfuerzo sobrehumano.

—Engañando á la madre se lo quitó Crispín, y supongo que los señores lo habrán puesto en parte segura.

—¿Pero esa mujer?...

—Era una de las que estaban en los calabozos inundados.

—¿Logró fugarse?

—Unos creen que sí, y otros que no.

—Eso es incomprensible.

—Es muy fácil de entender.

—Explicaos.

—Se han ahogado tres mujeres.

—¡Oh!...

—Una de ellas rubia.

—¡Rubia!...

—Lo mismo que la mujer del nigromántico.

—Pero fácil m'ne se reconoce fá...

—Tenía la cara medio deshecha.

—Por el calabozo en que estaba...

—Las tres se encontraban fuera de sus calabozos. Había dos rubias presas, las dos jóvenes y hermosas, la mujer del hechicero y una luterana que debía salir en el primer auto de fe para morir en la hoguera. Una de esas dos rubias

ha desaparecido, y la otra murió ahogada. ¿Cuál de las dos era la bruja del arrabal de San Ginés? Todos creen que la que estaba muerta, y yo también lo creo.

—¿Y en qué os fundáis?

—En que su cuerpo estaba casi á la puerta del calabozo de la mujer del nigromántico, mientras que á la otra la teníamos encerrada al final de la galería.

—¿Y nada habéis podido deducir por la ropa?

—Las dos estaban vestidas de negro.

—Rara coincidencia.

—Bien—dijo el señor Colás—; pero no es eso lo que más nos interesa, sino saber quien fué el autor del incendio.

—Sobre ese punto no puedo explicarme ni deciros más, sino que el señor Juan Ledesma no anda descaminado al creer que todo fué obra del nigromántico del arrabal, de su mujer ó de sus amigos.

—Eso quiere decir que se ha conseguido hacer algún descubrimiento importante...

—Esto no quiere decir nada—replicó vivamente el alguacil.

—Ya sabéis que somos discretos.

—Lo sé, pero tampoco ignoro mis deberes.

—Señor Antón...

—No hablemos más de este asunto. Y con una firmeza admirable, Antón Colín se negó á continuar aquella conversación.

Un cuarto de hora después se despidió y se fué, á pesar de que Jacobo le proponía una segunda cena.

El desdichado esposo sentía perder las fuerzas, y salió pocos minutos después que el alguacil.

¿Había muerto Isabel?

¿Qué era de su hija?

En su desesperación acusóse Jacobo de cobarde por haber huído, abandonando á su familia.

Aquella noche fué horrible para él.

Momentos hubo en que pensó poner fin á su existencia; pero si Isabel había muerto, quedaba su hija, su inocente hija, á quien tarde ó temprano podría encontrar y proteger.

Tres días pasó como un loco.

Las noches siguientes fué á la taberna con esperanzas de encontrar al alguacil.

cil; pero ni en la taberna ni en ninguna otra parte volvió á verlo.

Jacobo no podía hacer lo que hubiera hecho en otra situación, porque le era preciso ocultarse.

El dinero se le acababa, su casa sería invadida nuevamente por los inquisidores, y le era forzoso huir y buscar la protección del padre Fulgencio.

¿Qué había de hacer?

Tránsito de dolor, decidióse al fin y partió.

¿Sería esta vez tan afortunado como la primera?

Sí, puesto que al cabo de ocho días se encontraba en la aldea donde ya lo vimos salvar la existencia de la anciana madre de María.

¿No se interesa el lector por la suerte de esa joven?

Suponemos que sí; pero preciso es que tenga paciencia, porque antes de ocuparnos del casamiento de María y Juanillo, tenemos que volver á Madrid para averiguar el paradero de Isabel y sus misteriosos protectores.

CAPITULO XXXI

LO QUE HABÍA SIDO DE ISABEL

Hemos de volver á la noche del combate para reunirnos con Isabel y sus dos protectores en el momento en que favorecidos por la obscuridad salieron de la casa.

Cuando estuvieron en la calle, precisamente cuando el peligro desaparecía, Isabel empezó á perder las fuerzas que hasta entonces la habían sostenido.

Detuviéronse algunos momentos ~~para~~ mirar á su alrededor.

Los ojos de los dos hidalgos relumbraban como centellas; pero los de la infeliz madre empezaban á perder el brillo que poco antes los animaba.

—¡Dios mío, Dios mío!—murmuró con voz débil la fugitiva.

Y elevó al cielo una mirada de angustia mortal.

Apenas podía sostenerse.

Sentíase en aquellos momentos completamente aturdida.

¿Qué le había sucedido? ¿Cuál era su situación?

No lo sabía.

Parecía que era presa de una pesadilla horrible.

Las fuerzas humanas tienen su límite, y por grandes que fuesen las de Isabel, ya no podían resistir más.

Aquellos dos hombres la habían defendido; pero una vez terminada la lucha, una vez pasado aquel peligro, ¿qué harían?

¿Habían hecho frente á los cinco jóvenes por defender á la perseguida ó porque llevaban consigo un tesoro?

A esto no podía responderse en aquellos momentos, y para Isabel, aturdida como estaba, era todo mucho más obscuro, más inexplicable, más inconcebible.

Después de invocar al Omnipotente exhaló la infeliz un gemido.

—El último esfuerzo, señora, el último, y nos habremos salvado—le dijo uno de sus protectores.

—¡Ah!... ¿Qué va ser de mí?... ¿A dónde me lleváis?

—Venid, que si el cielo nos protege, nada tenéis que temer.

La desdichada hizo instintivamente un esfuerzo sobrehumano, el esfuerzo de la desesperación, y repuso:

—Vamos, pues.

El más joven le ofreció su brazo, en el cual se apoyó Isabel.

—Tenemos que andar bastante, señora—dijo el anciano—: quiera Dios que no os falten las fuerzas, porque á pesar de nuestros buenos deseos, á pesar del deber de protegeros que nos imponen las leyes de la humanidad y los preceptos divinos, tendríamos que abandonaros; sí, os abandonaríamos, porque hay otro deber más imperioso, más sagrado, que esclaviza nuestra voluntad.

Isabel miró con asombro á sus protectores, y replicó:

—Aún me sobran fuerzas.

—Con tal que no os engañe vuestro deseo...

—Pronto lo veréis—repuso ella, como si la fiebre le devolviera la energía que hasta entonces la había sostenido.

Y efectivamente, siguió á los hidalgos con paso firme.

Hubiérase dicho al verlos que ella era

la más fuerte y la que daba ejemplo de valor.

Los tres guardaron silencio.

Brillaba la luna; pero ellos buscaban la sombra, para evitar las miradas indiscretas.

A aquellas horas estaban las calles desiertas y solitarias.

Subieron por la de Toledo, y á los pocos minutos llegaron á la del Arrabal.

Este sitio era muy peligroso en aquella época.

Detuviéronse allí para mirar y escuchar.

Ni vieron á nadie ni percibieron el más leve ruido.

—Vamos—dijo á media voz el joven.

—Sí, vamos—respondió el otro.

De vez en cuando los miraba Isabel, como si á través del rostro quisiese escudriñar el alma.

¿Quiénes eran aquellos dos hombres?

¿Qué significaba el tesoro que llevaban consigo?

Porque no podía dudarse ya de que los talegos, estaban llenos de oro.

Era imposible penetrar semejante misterio.

Atravesaron la plaza, que todavía no era más que un gran espacio, rodeado de edificios, en su mayor número de aspecto miserable.

Cada vez con más precipitación, dejaron atrás la calle de la Almudena, San Miguel, y la Puerta de Guadalajara, y se encontraron al fin en los derrumbaderos que terminaban en los barrancos y Caños del Peral.

—Aún falta bastante—dijo el anciano.

—Descuidad—respondió Isabel, mientras hacía dolorosos esfuerzos para sostenerse.

Si no hubiera pensado en su hija, á quien siempre esperaba encontrar, si el amor maternal no la hubiese alentado, la desdichada se hubiera dado por vencida, y con la resignación del martir se habría dejado morir.

Empero era madre, repetimos, y tenía que cumplir sagrados deberes.

La desdichada era madre y tenía que satisfacer su maternal anhelo.

Era también esposa, amaba con infinita ternura, y su corazón le mandaba sufrir y le imponía la obligación de sal-

varse, para volver algún día á los brazos del esposo querido.

Diez minutos después atravesaban las tortuosas y estrechas calles que rodeaban los conventos de Santa Catalina y Santo Domingo, y se encontraban junto á San Martín.

Más de una vez hemos hecho la descripción de estos sitios, y creemos que si no podemos omitirla enteramente ahora, nos es al menos permitido excusar muchos detalles que ya debe conocer el lector.

La iglesia de San Martín, unida al convento del mismo nombre, cerraba por aquel lado la plazuela que hoy conocemos con el nombre de las Descalzas Reales, y que era el centro, puede decirse, ó la parte principal del arrabal que se extendía por aquel lado de la corte.

Al otro lado de la iglesia, y entre ésta y la calle de Trujillo, había y aún existe una manzana de casas, sin más defecia que la de ser entonces edificios de un solo cuerpo, en cuyo lugar se levantaron después grandes casas.

Todo pertenecía en aquel barrio á los monjes de San Martín, cuyo abad conservaba sus antiguos privilegios, y puede decirse que era un señor feudal, pues nadie sin su consentimiento podía establecerse allí, y á él solo en muchos casos correspondía administrar justicia.

De lo que era la comunidad de San Martín, nos ocuparemos oportunamente, dando así, en cuanto es posible, la idea más exacta de aquel siglo.

A las miserables casas de que hemos hecho mención se acercaron los hidalgos.

Para los que hayan leído nuestra novela titulada *El Tribunal de la Sangre*, estas casas son un recuerdo de sucesos bien extraños y de bastante importancia.

El padre y el hijo miraron cuidadosamente á todos lados, y convencidos de que nadie los observaba, abrieron la puertecilla de una de aquellas casas.

—Demos gracias á Dios—dijo el anciano mientras entraban.

Y cerró, en tanto que el joven, sacando eslabón, pedernal y yesca, hacía fuego y encendía una mecha de azufre, con la cual hizo arder la de un velón que había en el suelo.

Isabel miraba y callaba.

Debía creer que ya no corría ningún peligro; pero cada vez estaba más aturdida.

Dejaron atrás un pasillo, y entraron en un aposento de regulares dimensiones y amueblado con decencia.

—Sentaos y descansad—dijo el anciano á Isabel—, porque necesitamos algunos minutos, antes de ocuparnos de vos.

—Estoy bien—replicó ella, dejándose caer en una silla—. Lo que habéis hecho por mí es más de lo que puedo desear, y por consiguiente...

—Señora, hemos cumplido con nuestro deber de cristianos y caballeros.

—Más, mucho más.

—Perdonad, pero tenemos que dejaros.

Leandro encendió otra luz, y ambos salieron de la habitación.

Cuando Isabel quedó sola, se pasó las manos por la frente, que sentía abrasada, y miró á su alrededor.

—¿Dónde estoy?—se preguntó—. ¿Qué me ha sucedido? ¿Qué suerte me aguarda?

No acababa de convencerse de que estaba despierta.

Parecíale imposible de que fuese una realidad lo que en el espacio de dos horas había visto.

No, no era posible que en aquellos momentos se explicase su situación, no era posible porque la fiebre trastornaba su razón.

Los negros ojos de la infeliz estaban animados con extraño brillo.

Sus miradas eran inciertas y vagaban sin cesar.

Su rostro estaba cadavéricamente pálido y desfigurado, y sus miembros se agitaban convulsivamente.

—Tengo frío—murmuró.

Y apoyándose en el respaldo de la silla, dejó caer sobre el pecho la cabeza, cruzó los brazos y quedó inmóvil.

¡Infeliz!

En aquellos momentos podían haber llegado sus perseguidores sin temor de que la desdichada hiciese resistencia.

Media hora pasó.

Isabel no hubiera podido decir cuánto tiempo había transcurrido desde que la dejaron sola.

Se encontraba en ese estado en que sin estar dormidos, ni se ve, ni se siente, ni se piensa, ó por lo menos las ideas son tan vagas, tan confusas y se suceden con tal rapidez, que no se puede dar forma ni valor al pensamiento.

La puerta se abrió, apareciendo el anciano.

Isabel de nada se apercibió.

Dió él unos cuantos pasos y se detuvo.

Ya no llevaba el talego y había dejado también el sombrero, la capa y la espada.

Sus negros ojos se fijaron en la fugitiva con una expresión de ternura y de compasión indefinibles.

Hubiérase dicho que era un padre que contemplaba á su hija.

Transcurrieron algunos segundos.

Ella permaneció inmóvil como una estatua.

No hubiera podido concebirse una imagen más perfecta y expresiva del dolor; pero no de ese dolor que solamente nos inspira lástima, y despierta el deseo noble de calmarlo, sino ese dolor silencioso, melancólico y triste, que parece comunicarse, que conmueve profundamente, que interesa de una manera poderosa, entenece y nos hace amar más bien que compadecer.

Ya fuese porque en el rostro y en la actitud de Isabel se pintase su sufrimiento con rara verdad, se revelase con desgarradora exactitud el estado de su alma ó ya que á tales efectos contribuyese su encantadora belleza, ello es que el anciano dejaba ver en sus ojos cómo el sentimiento de su ternura se graduaba y elevaba por instantes, haciéndose cada vez más intenso y como si avanzara rápidamente en lo infinito.

Bien pronto los ojos de aquel hombre, que antes habían despedido centellas aterradoras se humedecieron en el llanto; pero debió luego pensar que en la situación en que se encontraba era más útil la cabeza que el corazón, ó al menos que éste por sí sólo no era bastante; así debió pensarlo, decimos, puesto que se le vió esforzarse y su rostro volvió á tomar la expresión tranquila y bondadosa, pero grave, que siempre tenía, y

acercándose á Isabel le dijo con ternura:

—Señora...

La infeliz se estremeció tan violentamente como si el estampido de un cañón la hubiese despertado del más pesado sueño.

Levantó la cabeza, abriéronse sus ojos como si fueran á saltar de sus órbitas y fijó en el hidalgo una mirada que lo mismo podía ser de sorpresa que de terror.

—Os sentís muy fatigada y sufrís mucho—dijo el anciano con el mismo cariñoso tono que antes.

Isabel se pasó las manos por la frente, separando los mechones de cabellos que por ella caían en desorden y volvió á mirar al anciano como si quisiese recordar quién era éste.

—¡Ah!—exclamó después de algunos momentos.

Y se puso en pie como impulsada por un resorte, y asiendo y estrechando con fuerza convulsiva las manos de su protector, dijo mientras miraba recelosamente á todos lados:

—¡Protegedme, protegedme!... Necesito vivir para mi hija, para la hija de de mis entrañas, vivir para mi esposo...

Soy inocente, os lo juro por Dios que nos escucha, por mi alma, por mi hija, por mi esposo infeliz... Yo os lo diré todo, yo arrancaré la máscara con que se cubre ese hipócrita miserable.

—Sosegaos...

—¡Protegedme, amparadme!...

—Nada tenéis que temer, porque estáis en lugar seguro.

—Me persiguen—replicó Isabel con acento que revelaba el extravío de la fiebre.

—¡Dios mío!—exclamó el anciano estremeciéndose.

Y fijó en la pobre madre una mirada de temor y angustioso afán.

—Quieren mi honra... ¡Oh! Y me han arrebatado á mi hija... ¿Dónde está mi hija, dónde?... ¡Miserable!... ¡Me has destrozado el corazón!... ¡Maldito seas, mil veces maldito!... Sí, maldito, y que tu hijo, sea el instrumento de la justicia Omnipotente; sí, tu hijo, para que sientas despedazado el corazón de padre como despedazas el mío.

—Pierde la razón... ¡Ah!... Esto es horrible...

—Defendedme...

—¡Desdichada!...

—¡Me persiguen!...

—Tranquilizaos... Vuestros perseguidores no saben dónde estáis, no pueden llegar aquí... Yo os ampararé, yo buscaré á vuestra hija y os la devolveré.

—¿Me devolveréis á mi hija?... ¡Ah!... ¡Bendito seáis, bendito seáis!

Y la infeliz madre besó con frenesí las temblorosas manos de su generoso protector.

—Llorad, hija mía, llorad...

—¡Qué llore!... ¿Y por qué?...

—Llorad...

—¿No vais á traerme á mi hija?...

Soy feliz, no debo llorar, porque voy á estrecharla entre mis brazos, no habrá poder bastante para separarla de mi corazón; no, no la separarán, porque desconfiaré de todo el mundo... ¡Ah!... ¡Bendito seáis!

Isabel volvió á besar las manos del hidalgo.

—Sí—dijo éste—, yo buscaré á vuestra hija y os la devolveré, pero es preciso que descanséis, que os tranquilicéis.

—Ya estoy tranquila.

—Venid.

—¿A dónde me lleváis?

—Ya os he dicho que es menester reposar.

—Estoy bien... Mirad... Me sobran fuerzas...

—Pero hemos de esperar á que venga el día, y entretanto...

—Esperaré.

—En la cama, venid.

—No necesito acostarme.

—Si no os acostáis, tampoco yo podré hacerlo, y necesito recuperar las fuerzas que he gastado en la lucha...

—¡La lucha!...

—Sí, la lucha que hemos tenido que sostener para defendernos, y que me ha fatigado mucho.

—Es verdad... ¡Dios mío!... ¿No estáis herido?

—Dios ha querido protegerme...

—Pero... ¡Ah!... ¿Y el otro?... ¿Y nuestros enemigos?

—Están lejos, muy lejos.

—¡Oh!...

—Sí, ya me acuerdo, un combate horrible, imprecaciones, sangre, tinieblas...

—Callad, esos recuerdos...

—Vamos, vamos... ¿Adónde queríais llevarme?

—A descansar—respondió el noble anciano—; me habéis prometido hacerlo...

—Sí, sí, voy á ser dichosa...

—Apoyaos en mi brazo...

—¡Ah!...

Isabel empezó á languidecer nuevamente.

El anciano lo observó y se sintió algo más tranquilo.

Si aquella horrible crisis hubiera continuado, probablemente la infeliz habría concluído por perder para siempre la razón; pero si debía esperarse que su razón se salvara, no podía tenerse seguridad de que sucediera lo mismo con su existencia.

Había sufrido mucho desde que se separó de su esposo, y antes de que recu-

perara las perdidas fuerzas, antes de que se templara su dolor, había experimentado nuevas y grandes conmociones, tan violentas, tan espantosas como las anteriores.

No era posible que una criatura resistiese tanto sin sucumbir, era ya demasiado para la delicada organización de una mujer.

El hidalgo llevó á Isabel á otro aposento donde había una cama modesta, pero bien arreglada y limpia.

Tiempo era ya, porque la desdichada había perdido las últimas fuerzas, y dejándose caer pesadamente en el lecho, quedó inmóvil.

La fiebre era por momentos más intensa.

No tardó en presentarse nuevamente el delirio.

Los nombres de su hija y de su esposo se escapaban con frecuencia de sus labios.

¡Infeliz!

FIN

